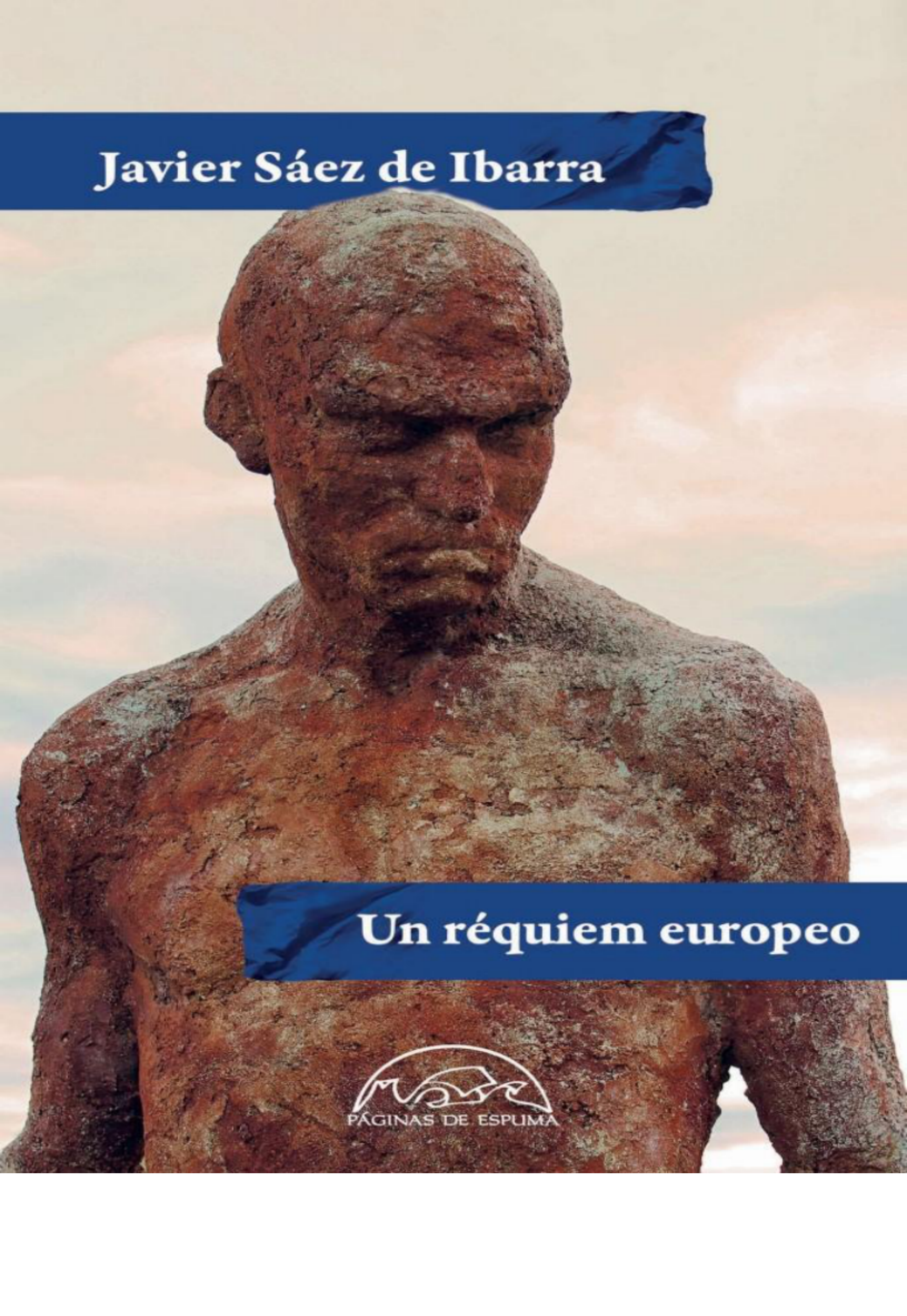
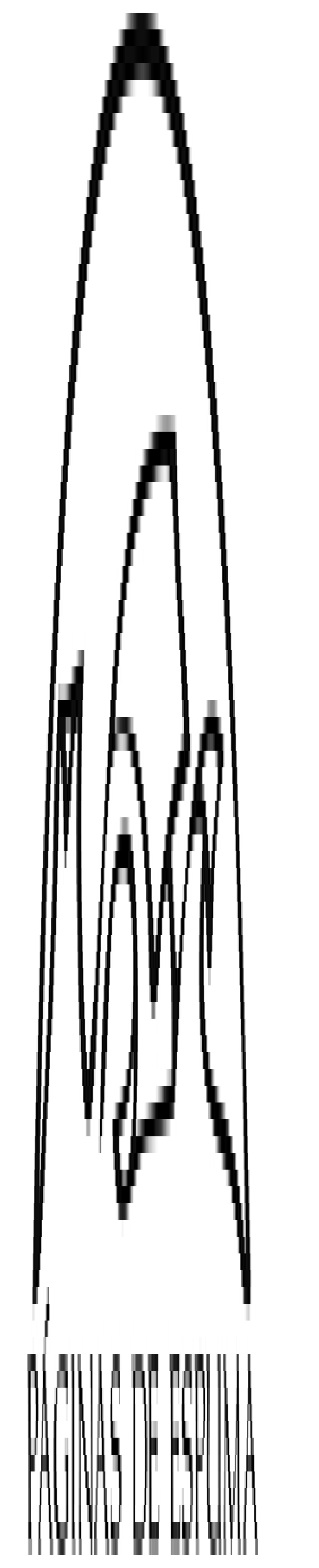

Javier Sáez de Ibarra
Un réquiem europeo
PÁGINAS DE ESPUMA

Javier Sáez de Ibarra

Un réquiem europeo


PÁGINAS DE ESPUMA

Javier Sáez de Ibarra, *Un réquiem europeo*
Primera edición digital: febrero de 2024

ISBN epub: 978-84-8393-704-4

Colección Voces / Literatura 354

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Una mujer camina sola por entre las dos hileras de árboles de la alameda; lleva una gabardina, el pelo recogido, un rostro que denota inquietud, deseo, necesidad.

Ahora se la ve desde atrás, dirigiéndose a un parque a las afueras de la ciudad que circunda un alto enrejado.

Se detiene ante la ventanilla de una cabina donde se paga la entrada y tras la que no se distingue a nadie. Guarda el billete y traspone la cancela.

Mientras se adentra por el sendero, en su rostro se ha mitigado la inquietud, aunque no el deseo ni la necesidad. El viento del otoño a su alrededor levanta polvo y hojas caídas, no llega a hacer frío. Los colores son verdes oscuros, pardos, el negro de los troncos de los árboles, el clarear de la tierra en el suelo. Suenan sus pasos en el silencio, las ramas que se agitan, el chillido de algún pájaro. Recorre una centena de metros y, de vez en cuando, busca alguna presencia a ambos lados. Pero no hay nadie.

Continúa su paseo. Hasta que, casi cuando se le echa encima, descubre a un hombre acuclillado al pie de lo que podría ser un ciprés. No llega a asustarse, se sorprende. Se detiene y espera. El hombre, sin incorporarse, le dice algo en voz muy baja.

Ella lo mira atenta, como para descifrar el significado de esas palabras.

El hombre esboza una sonrisa que apenas modifica su rostro. Se mueve un poco sin cambiar de sitio, la postura debía de cansarle. Y sube la voz.

«Hay muchas otras cosas más». Y después: «Aquí no puede entrar nadie que no sepa leer. No es conveniente».

«Todo el mundo sabe leer», se apresura a responderle ella. Y se queda observando al hombre, que ya ha terminado de hablar.

Ninguno añade nada.

Reemprende el camino; suenan sus pasos de nuevo, se escucha el piar de un ave, algún aleteo, una bolsa abandonada que se arrastra hasta la arena de los laterales. Más fuerte, el arremeter del aire contra las ramas, las ramitas, las hojas que no dejan de agitarse. A lo mejor se ha endurecido su rostro, una hebra de su cabello lo cruza un momento, se lo recoge.

Va a entrar en una plazoleta. A la derecha se levanta un gran vaso de piedra con la figura de una esfinge alada, a la izquierda un templete cuyas columnas forman un semicírculo y el arquitrabe que las une sin cubierta. Ahí mismo se detiene. Todo parece un decorado colocado intencionadamente para ella. Delante el espacio abierto de la plaza; al fondo, pero a varios metros de distancia, se diría que continuará el sendero.

Contempla el lugar tomándose su tiempo, sus ojos barren la realidad de un lado al otro con lentitud, de izquierda a derecha. Y luego otra

vez lo mismo, en sentido contrario. Observa lo que hay delante, el camino disponible del que la separa ese claro. Su rostro es serio, tenso por la concentración. Quizá transcurran de esa manera uno o dos minutos. O tres, o cinco. La mujer baja la mirada. O diez, o doce. El espacio vacío ante ella se ha ido ensanchando.

Sin que nada lo anticipe, comienza a agitarse. La sacude un escalofrío, varios temblores. Ahora respira con relativa dificultad. Sufre, no hay duda, un mareo. Se toca la frente, palidece. Opta por caminar unos pasos hacia su derecha, adonde se halla el gran recipiente en el que se acumula el agua de las últimas lluvias que se adivina, más bien, bajo una superficie tejida de hojas amarillas, marrones, negras. La mujer llega hasta la estatua de piedra y se apoya en su base. Vuelve a mirar hacia la plaza abierta. Ha cesado el viento por completo y el tiempo hace rato que se ha detenido.

Algo la obliga a agacharse, se diría que un dolor le ataca el vientre. Gime. Se dobla sobre sí y sus rodillas casi tocan la tierra. La vemos inmovilizada en ese lugar cuando se aprecia de forma ostensible una transición. Su imagen va adelgazándose, como si una fuerza la consumiera con rapidez, toda ella pierde volumen, se ha ido convirtiendo en una lámina delgada, de mínimo espesor. Uno de sus brazos insiste todavía en agarrarse a la esfinge. En ella se sostiene mientras, sin que nadie pueda evitarlo, las manchas de color que ya son su cuerpo tiemblan, se difuminan y desaparecen.

I. Introito
Otros y yo

I. Introito. Otros y yo

[Una mujer de unos setenta años…]

Una mujer de unos setenta años en una silla de ruedas que su hijo viene empujando cada tarde, un rato antes de que se ponga el sol. Se colocan en un banco del parque bajo dos plátanos; él se sienta a su lado, le echa un vistazo y saca un periódico, lo despliega sobre sus rodillas o lo mantiene un poco en alto y empieza a leer. Su madre lleva un chal incluso en verano; se queda mirando sin intención hacia ninguna parte, las manos cruzadas en el regazo, la espalda apoyada, la cabeza recta hasta que con el paso del tiempo se le ladea un poco y, cuando se da cuenta, la endereza. Cada tanto a la mujer la sacude un estremecimiento y su hijo, si no está muy abstraído, lo percibe; intercambian unas palabras o la revisa un segundo y, como si no pasara nada importante, vuelve a su lectura.

Yo los miro desde lejos. También a mí me gusta salir de casa y sentarme para leer algo o distraerme con la tranquilidad de los jardines públicos. Hará cuatro o cinco meses que los conozco; ella, menuda; él, un hombretón de unos cincuenta años. Sus diferencias son enormes; por un momento se me ocurrió si él no sería un enfermero contratado para cuidarla. Luego comprendí que se trataba nada más que de dos personas haciéndose compañía.

Una compañía siempre solitaria; porque si otra señora, una pareja o algunos conocidos se acercan para charlar con ella, el hijo se lo impide; incluso ha llegado a levantarse para intimidarlos. La madre se queja, pero no consigue evitar lo que termina por suceder; los que se han acercado se marchan y se quedan los dos solos de nuevo. Vi más de una vez lamentarse a la mujer en su silla y a él, indiferente, desplegar su periódico. Podía escuchar durante un largo rato su sollozo mientras, sin dirigirle la palabra, el hombre pasaba despacio una página. En cierta ocasión, despidió de malas maneras a un par de ancianos y la llantina de la madre creció; algunos paseantes se detuvieron en la distancia al oírla, inquietos. El hijo se exasperó de pronto y la obligó a callar. Poco después, la mujer volvía a las quejas. Él entonces se levantó, se colocó detrás de la silla, le quitó el seguro y la empujó camino adelante. La madre protestaba, incluso atravesó sus piernas sobre las ruedas para detener la silla y consiguió ponerse de pie. Me sorprendió que fuera capaz de dar varios pasos; pero él caminó hasta ella, la sujetó por los hombros y la devolvió a su asiento. Aunque la mujer se revolvía, su hijo era grande, enérgico, y tuvo que sucumbir. Inclinó la silla hacia sí mientras la hacía rodar para evitar que se incorporase y la condujo hasta el confín del parque por donde desaparecieron.

La tarde se volvió sombría de pronto; corrió un poco de aire, como acompañando a propósito su retirada. Me pregunté por qué el hijo impedía

que su madre se comunicase con otras personas. Qué clase de rencor guardaba; especulé que se debiera a una frustración: si ella habría malogrado un amor o unos estudios que él deseaba, si se trataba de algún dinero que ella retenía. Acaso bajo esa apariencia de indefensión había una mujer implacable que ahora pagaba sus equivocaciones. Sin embargo, cómo podía el hombre mantener esa crueldad con ella aun cuando existiera un motivo. Por qué si, en definitiva, no eran más que dos solitarios.

Pasaron las semanas. La fuerza de la costumbre me hizo extraño el no verlos; ella, inmóvil; él, impasible. Entonces me di cuenta de que esa imagen la formaban no solo las dos figuras, sino también el periódico. Comprendí que, en realidad, su lectura le servía a aquel hombre para separarse de su madre con absoluta eficacia y que, frente a las hojas impresas, ella no tenía nada que oponer.

Al cabo de un tiempo volví a encontrármelos en uno de los bancos, en su disposición habitual; la anciana con la cabeza ligeramente inclinada; el hijo, absorto en su diario. Ambos guardando silencio. Ella con la mirada vacía horadando un punto indeterminado, las piernas y los brazos igual que ramas sin vida.

[Salva suelta el bolígrafo…]

Salva suelta el bolígrafo rojo con el que está corrigiendo un examen y da un suspiro. Clara y yo lo observamos. Se ha quedado quieto, mira a través de la ventana en espera de algo que no llega. «¿Qué pasa?», le pregunta y lo saca de su ensimismamiento. «Nada», dice, «este chico, Diego Pardeza». «¡Ah!, menudo es», se lamenta ella. Todos conocemos a ese alumno; varios, yo no, lo han padecido; tiene catorce años y está repitiendo curso. «Qué», le insiste, «un desastre de examen, ¿no?». Tenerlo en clase es peor que un dolor de muelas. Los profesores y sus compañeros están más tranquilos si falta; nunca se sabe si va a molestar a uno, si va a empezar con sus ruiditos, dar una mala contestación o provocar una pelea… Al contrario que su hermano. «¡Qué va!», responde Salva, «ahí está lo raro. Lo voy a tener que aprobar». Se acaban los días de junio, hablamos de los exámenes finales. «Yo quería suspenderlo, pero ha contestado casi todo: llega al cinco de sobra y me queda una pregunta por corregirle». «Bueno», dice Clara, «a lo mejor ha decidido estudiar». Él la mira negando con los ojos, desconcertado y burlón. Ella se le acerca y repasa el examen por encima de su hombro. «¿Ves?, en su vida ha escrito tanto», le dice. «Ya veo, ya… y bien hecho». «El cabrito aprueba, lo he puesto demasiado fácil. La verdad es que cada vez bajamos más el nivel… y que pase este…». Ella se detiene en algunas preguntas, incluso da la vuelta a la hoja. «¡Al final saca el curso hasta el que no se lo merece!», se queja Salva y busca mi complicidad. «Ya», le respondo… Hay una luz poderosa, casi alegre, iluminando nuestro departamento desde la ventana a la puerta. Yo pienso en eso durante el rato de silencio en que nos encontramos. «Pues sí…», retoma el hilo ella, «¿y estás seguro de que lo ha hecho Diego y no su hermano gemelo?». «¿Quién, Juan?», se sobresalta. «Claro, son igualitos». «Si está un curso por encima», razona él. «¿Y qué?», le responde. «No creo… no lo había pensado»; pero la duda ya lo perturba. «¿Que haya suplantado a Diego en el examen, dices?». «Esa letra Juan ha podido hacerla descuidada a propósito», le dice Clara. «¿Tú crees?», pregunta Salva considerando que eso explicaría la nota. Me mira a mí, que solo los conozco de los pasillos y la mala fama. «Pues no tengo ni idea», reconoce, «y ahora no habría manera de demostrarlo». El examen reposa ante ellos dos, mudo, sobre la mesa. «He dado por supuesto que es de Diego, lógico…». «Sería gracioso que los hermanitos se hubieran puesto de acuerdo en algo para engañar a un profesor», conjetura Clara. Nos miramos ella y yo, dejamos a nuestro compañero con sus especulaciones. «No sé», concluye. «¿Te ha mirado a la cara al darte el examen?», le pregunta. Él recapacita. «Creo que no… sí, cuando se lo he recogido. Esa mirada de odio y asco que tiene siempre», dice, «no lo soporto». Clara se queda callada quizá rememorando alguna escena parecida. «El odio también se puede imitar», le contesta.

[Íbamos muchos a la parroquia Cristo Redentor…]

Íbamos muchos a la parroquia Cristo Redentor. En poco tiempo se fue corriendo la voz de que había un cura «especial». Hasta del barrio de Esperanza venían, que molestaban lo suyo porque nos quitaban el sitio. Contaba la iglesia con otro padre más, pero el que te digo se llevaba a todo el mundo de calle. Era alto y tenía una barbita como la de Jesucristo, más arreglada. En la misa en sí no llamaba la atención; ahora en la homilía se le ponía la voz diferente, suave y exclamativa aunque sin gritar. Sobre todo, muy segura, que daba una serenidad enorme cuando predicaba. «El mal no existe. El dolor no existe. La enfermedad no existe». Hay que tener valor para soltar eso en una iglesia llena de viejos. Pues ni una mosca. «No existen, hermanos». Nos llamaba así, «hermanos» y «hermanas». Como te digo, con una firmeza que en la cabeza de nadie entraba una idea contraria. «¿Y por qué?… Porque nuestras miserias se borran. Porque Jesucristo vive. ¡Jesús está vivo! ¿Hay alguna noticia mejor que esa? No podemos ni imaginar nada más grande». Decía cosas de ese estilo; que, si lo piensas, tampoco eran nuevas; quiero decir, no se salen de la fe de toda la vida, aunque con él sonaban más radicales. No te sé explicar bien lo que era ese hombre. Y la alegría y la paz que nos transmitía. También dijo: «El pecado, la culpa y los errores que cometemos… tenemos que olvidarnos de ellos». El otro sacerdote no estaba conforme y en su misa alguna vez le replicaba. No nos importaba, a aquel hombre lo seguíamos porque nos convencía con su manera de hablar, además de que las lecturas del día siempre le daban la razón. «¿No llamamos a Cristo el Redentor?, ¿no lleva la parroquia ese nombre?». Decía, lo que más nos cuesta es perdonarnos a nosotros mismos. La iglesia se ponía de bote en bote, mientras su compañero ya quisiera verla así, que solo le iban los más tradicionales. «Nos abrasamos por nuestra culpa, cuando el Señor no tiene en cuenta nuestras faltas». La gente suspiraba de alivio. Salías de la misa con otra motivación. Qué domingos aquellos. Había quien se acercaba para conocerlo y echar la tarde con él, incluso lo invitaban a comer a sus casas. Hasta que aquello se desmoronó de repente. Alguien contó que coleccionaba fotos de una mujer y tenía el piso lleno: los muebles, las vitrinas. Se dijo que de una modelo o una actriz, o de su madre. Y no te hablo de una o dos en el salón; sino todo sembradito, por una obsesión suya. Sacaron que estaba enfermo. Le endilgaron un lío de faldas o de pantalones, no se sabe bien, ¿me entiendes? Comentaban que la devoción por la madre es natural en los homosexuales. La parroquia y el barrio andaban revueltos, hubo discusiones. En parte se apagó el entusiasmo; lo tacharon de pervertido y bastantes se cambiaron al otro padre. Lo acusaban de que no guardaba la ortodoxia y confundir a la gente… Cuando las quejas llegaron al obispado, de un día para otro no se lo vio más. Parece que lo trasladaron a Baeza o a Córdoba. No sé.

Contaban que si a un monasterio para que hiciese penitencia y quitarle el vicio de las fotografías. Vete tú a saber. Muchas veces me acuerdo de él y sus predicaciones. Me da pena que por una cosa así tuviera que marcharse. Ojalá haya tenido suerte.

[Como estaba enfadado, furioso más bien…]

Como estaba enfadado, furioso más bien con mi mujer (por una fruslería, no diré que no), me puse a limpiar la casa: una manera de emplear esa energía rabiosa de un modo práctico. Cogí la aspiradora, la encendí y, en medio de su ruido atronador, arrastré el cepillo contra el suelo, los rincones, los sillones y el sofá, la mesita baja, la alfombra, las paredes, el techo; contra todo. Cuando llegué con mi máquina voraz a nuestro dormitorio me empleé a fondo, el tálamo, el altar de la unión (¡¡!!). Sus absurdos libros, cinco o seis, sobre la mesilla compartían espacio o se lo negaban a la lamparita, a un vaso que la hipocondríaca pone ahí cada noche, a un pañuelo exquisita-cursimente doblado y, mira por dónde, a unos pendientes dorados de cabeza gorda que reposan fuera de sitio (de su caja, como casi siempre, pero esa es otra). Aplico la boca, ahora sin el cepillo, solo el extremo del tubo sobre las partes de la mesita no ocupadas para arrebatarles el polvo, las pelusas, las adherencias. Juego al peligro de que la negra entrada absorba la parejita de adornos.

Limpio la tapa del libro de encima, aspiro el reborde de la lámpara, levanto el vaso con su poco de agua, maldita sea, y lo dejo con cuidado sobre la cama, me llevo la porquería microscópica y lanosa del cerco que ha dejado (qué sucia es la vida humana). Sigo, me da más rabia que no guarde bien sus cosas porque luego me pregunta si he visto ¿yo?, ¿que si yo he visto tu sortija, tus pendientes, tu qué? No, hija mía. Casi me trago el pañuelo, lo tengo que retirar también, lo tiro junto al vaso, voy a dar la última pasada cuando zas-me-como-un-pendiente zas-el-otro.

Ahora, en el silencio del dormitorio, un hombre como yo advierte que su furia ha dado un giro sobre sí misma y se ha esfumado; no, un momento, vuelve contra mí como una maza que cae del cielo, no puede ser, cómo soy tan torpe. Le doy una patada al canapé. No resuelvo nada, deterioro un poco el material y me hago daño. No me importa, le doy otra patada a la cama y todo empeora: el poquito de agua se ha derramado en la colcha.

Eso último por su culpa, no se la bebe toda, no vacía el vaso, qué guarrería es esa. Me dan ganas de romper algo, pero no tengo nada (prescindible) a mano, me quedo quieto, me quedo fuera. Pienso.

Se lo merece. Se le han perdido los pendientes, mejor, haber sido más cuidadosa; le pasa por desordenada, estaban ahí, si estoy aspirando y no los he visto, ¿qué quieres?, ¿o tengo encima que adivinar dónde dejas las cosas?, pues claro que me fijo, te hubieras fijado tú, no he dicho que se los haya tragado, he dicho *puede* que se los haya tragado, lo mismo si los buscas todavía los recuperas, ¿a mí qué me cuentas?

Me he sentado sobre la cama, he colocado el vaso en su sitio de antes, y el pañuelo también. Mi tarea ha concluido. No puedo mirar por la ventana y encontrar descanso: un rechoncho animalejo amarillo del que sale

un conducto terminado en una boca de plástico espera a mis pies indiferente a todo, silencioso y cabrón.

Conque abro la portezuela y adentro mis dedos en una oquedad estrecha repleta de una masa de cabello apelmazado, pelusas y polvo convertidos en una sustancia repugnante y seca. Por entre ella mis dedos buscan, escarban, adivinan, rastrean, se equivocan. Hasta que al final me canso. Jamás los encontraré, los ha abducido el tiempo, el túnel de un agujero negro que devora la vida al menor descuido. No por maldad, sino por la naturaleza infalible de los errores del hombre. Eso es.

Cierro la portezuela para dar carpetazo al asunto.

He extendido una doble hoja de periódico sobre la encimera de la cocina, estoy descargando el depósito de la aspiradora. Un efluvio de polvo surge de esa abertura al mismo tiempo que el volumen de los desechos, irreconocible, compacto. Las partículas en suspensión me hacen toser, burlan flotando la gravedad y manchan lo que tocan en su descenso. Con decisión, mis manos apartan y desmenuzan el detritus para localizar el grano duro que será la joyita que necesito en vez de un clip, una miga endurecida, una piedrecilla, un trozo de plástico…

Tras varios minutos de esfuerzo, he hallado de milagro uno de los pendientes, sucio, pero a salvo. Lo entretengo entre mis dedos con la precaución de que no se caiga, lo adecento un poco antes de colocarlo fuera del alcance de mi torpeza. Después de un rato aún más largo examinando la porquería, no logro nada. Siento la fatiga que precede al abandono. Miro hacia otro lado y veo el pendiente asegurado y no el pendiente (disculpen un chiste tan fácil). Mi mujer volverá de un momento a otro de comprar el pan y el periódico. Seguro que al descubrir esa inmundicia en la encimera no va a dejar que componga una frase antes de escandalizarse y repartir argumentos. Contra mí, naturalmente. Se quedará sin conocer la verdad, que es ella por quien he emprendido esta búsqueda desesperada.

Busco y rebusco entre la basurilla todavía; no puede haberse licuado, apisono otra vez los bollos de pelo, disgrego la materia ya disgregada, fragmento los restos, pulverizo los cuerpos dudosos, con las uñas parto y vuelvo a partir lo sólido a la medida de un átomo. He volcado el contenido de la bolsa hasta las heces, he recorrido con el dedo su asqueroso interior sin resultado. Cabe que se enganchara a los hilos, filamentos o cabellos largos ya descartados, cabe que se haya convertido en un estado inédito de la materia próximo a la invisibilidad, o que se extraviara por una puerta cuántica. Cabe que ya-no-sé dónde está.

Me rindo.

Mi mujer abre la puerta de la calle y la cierra, pasa por delante de la cocina sin saludar, sin mirar, con su barra de pan (¿pero adónde la lleva?), con su enfado bien prieto. Ha sido una aparición y desaparición repentinas.

Sé que observo el grano dorado del pendiente con mi rostro tiznado

y las manos puercas, la ropa ensuciada, la encimera impracticable, la doble hoja de periódico colmada de desperdicios, el suelo hecho un asco; un panorama desolador y la aspiradora con la boca abierta.

Yo no puedo ser otro.

Mi mujer descansa en el salón. Ha puesto música de la que le gusta a ella para ojear la prensa. No está mal, un poco alta, diría; es sábado, no vamos a discutir por eso.

Le voy a preguntar si sabe adónde van nuestras aspiraciones.

[Por la herencia de mi madre…]

Por la herencia de mi madre, mis tres hermanas se ponen a disputar. Al principio parecen hermanas, después se vuelven mercaderes y, poco después, se llaman zorrona, puta, hija de puta (sin advertirlo), puerca, miserable. Cuando han terminado o, mejor, han interrumpido su discusión, las cosas siguen igual: inertes, frías, silenciosas. Las cosas mismas no parecen tener preferencias en cuanto a quién. Entonces una me llama a mí, que estoy en ese momento mirando por la ventana el vuelo de las aves de septiembre, aunque estamos ya a finales de octubre. Conque respiro hondo, me vuelvo y las miro. Sudan, tienen las tres la piel roja y con ronchas, el cabello húmedo que se les pega a las sienes y no les favorece. Me dan ganas de decir lo que siempre digo en estas situaciones: seguid peleando. Pasad de las palabras a los puñetazos y las patadas. Quizá eso resuelva. Pero sé que no me hacen nunca caso, además son mis hermanas, no estaría bien. Ya son dos las que me miran; una, quieta en la silla; otra, que jadea ostensiblemente mientras se sirve un vaso de whisky. La mayor no levanta la cabeza, a lo mejor le pasa algo. Como tuve una formación católica, recuerdo de pronto el pasaje en que a Jesús le piden que medie en una disputa semejante y él se deshace con habilidad de los contendientes.

No sé, les respondo. Creo que todas lleváis razón, todas tenéis el mismo derecho. Así que para este problema la verdad es que no hay salida. (Por eso digo que en estos casos lo mejor es abandonar las palabras y seguir con los golpes, la única manera de aclarar algo). Ellas entonces coinciden en mirarme, con ese silencio todavía de respiraciones intensas que concede una tregua. Por lo menos, reflexiono, sienten la calma que da constatar lo inevitable. Con el fin de remachar el sentimiento que han alcanzado al unísono, suponiendo que sea eso lo que ocurre, les digo: más de lo que habéis hablado ya… Y dejo la frase colgando con intención de que caiga a sus oídos. Presiento que comprenden que es así.

Me gustaría volver a la ventana para observar las bandadas que se retiran; pero sé que resultaría un gesto teatral o displicente. Yo odio ambas cosas. Sin embargo, es lo único que me apetece hacer en esos momentos. También pienso que contemplar durante unos minutos al menos a las bandadas podría ayudarlas, si pudieran ser ayudadas. Y también pienso lo contrario, las aves vuelan porque no pueden sujetar un equipaje. Los seres humanos tenemos derecho a quedarnos con las cosas que los demás han acaparado. La vida consiste en hacerse con objetos: casas, una carrera, estímulos, un bono de productividad, una pareja, unos hijos, un buen vecindario. ¿Por qué vamos ahora a cambiar todo eso? ¿Por qué tendría una cualquiera de ellas que renunciar a lo que se le debe? ¿De qué serviría su gesto de renuncia? ¿Para alcanzar una *victoria* moral? Qué ridículo. Quédate si quieres con tu victoria moral que yo me pruebo el collar de esmeraldas.

Lo más justo sería que cada una tuviera en su mano más diestra una pistola con tres balas y compitieran en igualdad de oportunidades. Según pienso en decírselo me da la risa. Y me reprimo.

Sería lo más útil, recapacito no obstante, ahora en serio. A la triunfadora la libraría de la cárcel que la justicia entendiera que disparó en defensa propia. En este caso, toda violencia *es* en defensa propia. Si me preguntaran, yo podría atestiguarlo.

En cambio, Jesús, con el fin de escurrir el bulto, les dijo: ¿quién me ha hecho juez entre vosotros? Aquí creo que el Maestro estuvo algo cobarde. No quiso hacerse cargo del drama humano, no hizo nada para resolverlo. Que no seáis avariciosos… bueno, claro, pero eso qué tiene que ver. ¿No hablábamos de justicia?

Ninguna dice nada ahora. Yo también veo mi cobardía. No he traído las pistolas, aunque me temía que iba a ocurrir algo parecido, solo he dejado una frase a medio terminar…, y tengo unas ganas locas de llorar, y de que se haga justicia de alguna manera, poder darme la vuelta y seguir mirando por la ventana las bandadas que emigran en otoño.

[En la madrugada se atravesó…]

En la madrugada se atravesó que los dioses previeron para el descanso, los sueños y nuestra reparación una imagen en la que el soldado futuro disparaba; en la noche que los hombres aviesos traicionan para sus propios asuntos y su dinero he pasado cuarenta y cinco pantallas, he ganado dos vidas y destruido una legión de destacamentos; yo solo trabajando en el ambiente templado y el relativo silencio, mi pecho sujeta tres medallas, soy el salvador de la humanidad, la máquina no puede conmigo, no sabe vencerme, se agota, yo solo en la soledad de la sala mientras mi mujer se fue a la cama hace un buen rato y ya se habrá dormido, me envía tropas de enemigos procedentes del planeta Z con aspecto mitad humano mitad reptil ocupado frente al cuadrado ojo de mi ordenador atravesado de números, líneas, gráficos, alguna letra, sediento de mi tiempo para una tarea sencilla aunque laboriosa que debería entregar mañana en la oficina.

No quiero jugar, ya no quiero jugar más, tenía trabajo, ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué continúo? No quiero jugar, estoy jugando ¿y cuánto tiempo ha pasado? Son las cinco, estoy jugando un juego absurdo contra entes que nunca existieron, ¿en qué se convierte mi propia vida?, disparo un fusil rapidísimo ¿y dónde estoy?, seres creados para distraerme, me duelen las manos, hay epilepsia en mis ojos, mis dedos se agarrotan sobre las teclas, el rostro helado, las pantallas nunca terminan, tenía que haber acabado ya el segundo documento, no llevo ni la mitad del primero, he liquidado al cerebro de la invasión, me puse contento, ya no estoy contento, no he cumplido nada de lo que había organizado para esta noche, cuando me falta todavía la mitad de este trabajo de tontos, muy fácil, no quería entretenerme y me he metido de lleno en las emociones, sé que me distraigo y queda mucho por hacer, las pantallas activadas, los gráficos, uno de mis ojos suelta una especie de agua, qué manera de temblar, miro el horizonte de la pantalla, no hay enemigos, el pasaje desolado de un planeta en destrucción, ni una cifra, un número, con total claridad sé que me he doblado en dos, me he duplicado, uno de los yoes está a punto de salir de mí hacia la nada, no quiero jugar, quería trabajar, sin embargo se ha esfumado el tiempo, lo he perdido, se me han ido las horas sin acabar, las he entregado, me las han hurtado, yo quería los gráficos, ahora me repelen, las letras pequeñas y el código de colores, me encuentro atrapado y lloro, el mecanismo de control no me funciona y mato al lagarto apostado en un ángulo, le descerrajo un tiro, explotan los sesos con la sangre, no quiero jugar, me da asco jugar, quería cumplir la tarea, las tareas son dos, no quiero cumplir con las tareas, yo también soy uno dividido que no sabe dónde se encuentran, los dedos me anclan, los ojos me responden, los únicos que responden, hay dos vidas dentro de la vida, cae más agua de mis ojos y no me detengo porque no me detengo, no sé por qué estoy aquí ni para qué, no puedo gritar, no se despierte el niño, hubiera querido retener esas horas que no

vuelven, ya lo sé, me ataca un frío terrible, mi cuerpo se entumece, se escapó un bicho, luego regresará con un aura que se adelanta, me han disparado, se acabó mi última vida, voy a reiniciar pero mi mano se detiene y cae como una cosa extraña sobre el teclado. Mis manos vienen a mi rostro, lo cubren, el rostro se arruga, llora, se queda así un rato, se hace largo, llora de estupefacción, no de pena, de miedo, por una tiniebla turbia en este rincón de mi propia casa.

No sé cuándo se ha apagado la luz del flexo; a oscuras alguien se golpea con la mesa, sale de la habitación sin detenerse con el ordenador llamando. Alguien se desviste, me quito la ropa; alguien entra en la cama, me acuesto. Se agarra al cuerpo caliente de mi mujer y nos aplacamos los dos; no se frena la angustia, uno pasa la mano por su espalda, ella lo siente, busca una nueva posición para dormir. Ninguno decimos nada. Estoy, creo, volviendo a ser uno, o todavía no. Entonces pregunta con un rumor: «¿Has terminado?». «Ssssshhhh», le digo, se escucha. Ella se reacomoda y continúa durmiendo. Aprovecho su calor para cerrar los ojos. Los pasos del corazón se espacian, ahora un asomo de llanto consolador hasta que se agota. Qué va a pasar mañana, qué dirán del trabajo, qué respondo, habrá algo que decir y de alguna manera todo se reencauzará, seguro. El cuerpo mío ovillado y caliente sobre su espalda se ablanda a punto de poder dormirse.

[Mi hija se había separado…]

Mi hija se había separado. Y se veía sola con su bebé de tres meses en un chalet recién comprado que se le hacía enorme. No me hizo falta pensarlo mucho ni esperar a que me lo pidiese; dejé a mi marido en casa para vivir con ella hasta que su situación se normalizase. Era primeriza y tenía que enfrentarse no solo a los cuidados de la cría sino también a la ausencia de aquel hombre que la había abandonado en el peor momento. Nunca me gustó, se lo dije; aunque los reproches ya resultaban inútiles.

Las casas nuevas hacen ruidos extraños: se lo expliqué porque se había llenado de aprensiones a causa de la debilidad y el miedo a que le pudiera ocurrir algo a la niña. A veces siento que ha entrado alguien, mamá. Es porque la tarima flotante y los muebles crujen, trataba de tranquilizarla, los cimientos tienen que hacer su asiento, no te extrañe que la pintura de las paredes se abra un poco… Igual pasa en las casas viejas, le expliqué, protestan por los mismos achaques que las personas. Mi hija siempre ha sido resuelta, pero entendí que estaba más sensible y me necesitaba. Apoyaba su cabecita en mi hombro y se ponía a llorar.

Esa noche se fue pronto a la cama con la pequeña, yo me quedé recogiendo la cocina. Cuando terminé, me senté en el salón; no tenía sueño, aunque estaba cansada. Me entretuve un rato viendo la tele hasta que me aburrí. La apagué. Apagué también la lámpara. Entraba por los visillos con el aire fresco la luz de plata de la luna, y su paz contagiaba la estancia; apetecía sentirse envuelta en ella. Las sombras se replegaban a los rincones, en toda la casa cundía el silencio, no se oía a los vecinos, el tráfico a esas horas apenas existía y solo algún coche de vez en cuando sonaba lejos, nadie cruzaba la calle. Me resultaba agradable encontrarme así. En esa soledad tranquila, repasando los acontecimientos.

Sin embargo, tal como mi hija me había dicho, diversos ruiditos no tardaron en aparecer: chasquidos provenientes del suelo, el motor del frigorífico que se activaba, sonidos que parecían producirse tras las paredes, el silencio de nuevo, aunque precario, una cañería, y otra vez vuelta a empezar, agua corriendo, el motor, el crujir de las maderas. Se producían en verdad muy seguidos e impresionaban; no me extrañó que la inquietasen. En algún momento me quedé amodorrada, luego me desperté; no había oído a la niña llorar ni tampoco a ella cuando tuvo que levantarse para darle el pecho. Nada. Estaba en mitad de la noche, la luna se había retirado dejando todo más oscuro; una pereza mortal me impedía marcharme a la cama. Comprobé que volvían los mismos ruidos de antes para asaltar el silencio. La madera, la estructura del edificio, un crepitar indescifrable; ni sé las veces que escuché el frigorífico ponerse en marcha y, cuando se callaba de pronto, los otros sonidos y algunos nuevos que no había percibido hasta entonces: un tamborileo en una persiana, el chas de la tarima, el ta ta de unos tacones yendo y viniendo, de

nuevo una tubería, y dos o tres golpes de tos, algo que cayó y rodó como una moneda, el estremecimiento de un armario que cobrara vida, un roce semejante al de unas manos contra las paredes, un carraspeo, vuelta a las pisadas, la madera que rechina, el aleteo de unas hojas de papel grandes, un susurro de alguien que quisiera decir algo, otra tos de improviso ahora más débil…

Pensé en señales de antepasados míos: mi abuela que hacía chocolate y tosió tanto por una neumonía mal curada, sobre todo en el último año y medio de su vida; el abuelo que nos regalaba una moneda cuando íbamos a verle y una vez la perdí por el hueco de la escalera; mi hermana mayor atendiendo a un fontanero que vino por una monumental avería y que, como tenía prisa por salir, paseaba nerviosa con los zapatos puestos; mi padre cuando desplegaba solemne su mapa topográfico para organizar las excursiones; mi tía sentada durante horas confeccionando disfraces; mi madre que nunca se quedaba conforme con mi manera de colocar la ropa en el armario y me abría las puertas.

Debí de quedarme dormida, pues regresé a la vigilia de un susto con la sensación de unas presencias. ¿Se habría levantado mi hija otra vez para darle a la niña? No la había oído, qué tonta. Aunque aún no había amanecido, ya se distinguía la luz muy tenue del comienzo de la mañana. No quería moverme, no sentía frío, algo temí que luego me doliera la espalda; me había recostado sobre uno de los brazos del sofá sin darme cuenta y ahí continuaba, con la cabeza a un lado y las piernas recogidas. Entonces vi sobre uno de los radiadores del salón la luz creciente contra la rugosidad de la pared que iba como componiendo rostros, lentamente: el de mi marido, mi hermana, mi madre, el de un antiguo jefe muy atento, la carita de perfil de mi propia hija, sus padrinos, mis abuelos queridos… rostros que se mostraban un momento y se esfumaban para luego reaparecer… Cerré los ojos; en la calma de la madrugada, escuché con toda nitidez como volvían las pisadas, el frufrú de la ropa de mi tía que pasaba buscando algo, la alegre risa de mi prima en poco más de un segundo, golpecitos familiares, la cucharilla contra la taza, el rozar de los pinceles que utiliza mi marido sobre el lienzo, los tacones nerviosos de mi difunta hermana, la radio de mi vecina, los suspiros de seres amados que se marcharon pronto, voces que no decían nada que se pudiera entender, otras algo más altas, una cortina de aire, y de repente su ausencia.

¿Qué queréis?, les pregunté sin llegar a abrir los ojos. No hubo respuesta. Volví a preguntar: ¿queréis decirme algo? Nada, el mismo silencio. Me sonreía porque los identificaba por los sonidos que hacían. A todos. A los de antes igual que a los de ahora. A los que estuvieron como a los que viven. Me estiré en el sofá y volví a la misma posición en que había pasado la noche.

Nos rodean, le dije a mi hija esa mañana en el desayuno; al principio cuesta un poco, pero enseguida se dejan reconocer. No tienes de qué preocuparte, cariño, aunque habitan a nuestro alrededor son gente muy



ocupada.

II. Kyrie

II. Kyrie

Los condenados

I. Una batalla

El buque español Open Arms[1] está atracado en el puerto de Barcelona. Allí permanecerá 100 días[2]. La Capitanía Marítima del puerto, dependiente del Ministerio de Fomento[3], ha denegado su retorno al Mediterráneo central.

A sabiendas de que el año anterior (2018) más de 1 300 migrantes perdieron la vida[4] en esas aguas al intentar llegar a Europa[5].

La negativa llega pocos días después del cuarto desembarco del Open Arms en España. Desde julio, ha traído a cerca de 450 personas, la mayoría solicitantes de asilo.

La negativa a que el barco vuelva a zarpar se justifica porque ha contravenido normativa internacional. Dice el escrito del comandante:

–El barco solo puede contar con 18 tripulantes. Si viajan más, «comprometen la seguridad intrínseca del buque, de la tripulación y de las personas auxiliadas».

–Se prohíbe que viaje «tras haber prestado auxilio a las personas puesto que no permite desembarcarlas en un plazo razonable en un lugar seguro»; «el buque se ha visto obligado a cruzar el Mediterráneo durante días desde su zona de operaciones». (Se hace referencia al rescate en la costa libia a finales de diciembre de 308 personas que ningún país europeo[6] quiso aceptar hasta que el gobierno español autorizó su desembarco en Algeciras).

Esto significa que los rescates efectuados por el buque han sido ilegales, realizados contra Derecho.

Aún más. El barco Open Arms ha actuado de mala fe, pues, aunque está autorizado tan solo «para hacer operaciones de observación y vigilancia», se ve que «viene efectuando operaciones completas de auxilio y salvamento»[7].

Acabáramos. ¿Hacen falta pruebas? No lo han hecho una vez ni dos; hasta el momento, el Open Arms ha rescatado nada menos que a 7 382 personas[8].

Pero Capitanía Marítima no es tonta. Para evitar más actos de desobediencia y también la mala imagen de un barco detenido indefinidamente en un puerto, a la vez que le prohíbe navegar por las zonas SAR[9], le permite, «con los certificados y documentos actuales», hacer operaciones de observación y salvamento en las costas españolas[10].

Cómo sigue la historia I[11]

El 23 de abril de 2019 a las 15 horas, recibida la autorización del Ministerio de Fomento, el barco Open Arms sale del puerto rumbo a las islas griegas de Lesbos y Samos para repartir ayuda humanitaria (varias toneladas

de mantas, productos de higiene, material escolar, ordenadores y bicicletas) a los niños, mujeres y hombres que se encuentran refugiados en ellas.

Sin embargo, la situación es la siguiente:

1.º. Capitanía Marítima-Ministerio de Fomento-Gobierno de España-PSOE les tiene prohibido que acudan a la zona SAR bajo pena de una multa de entre 300 000 y 900 000 euros. Solo se les permite alguna acción de rescate de manera «espontánea» o «puntual».

2.º. El director de la ONG propietaria del barco acata la prohibición. No se dirigirán ya a la zona de rescate para salvar a los migrantes en peligro de muerte. Solo desobedecerían ante casos límite, ya que en «una situación en la que haya vidas en peligro, lo que imperará es el sentido común por muy pernicioso y caro que sea».

La conclusión es palmaria: la Administración de España no se entrometerá si salvan a algún que otro inmigrante, siempre que no sean muchos; al barco Open Arms le cabrá decir que no los buscaba, se los encontró por casualidad. ¿No es esto un (pícaro) acuerdo satisfactorio para ambas partes?

Cómo sigue la historia II[12]

A las 9.29 p.m. de 26 de junio de 2019, el señor Óscar Camps, director de la ONG propietaria del Open Arms, que se halla bloqueado en el puerto de Nápoles, mientras se dedica a la didáctica y edificante tarea de abrir puertas y pasillos para mostrar la nave a curiosos, ociosos y distraídos, sufre un ataque de nervios, un episodio de locura, un trastorno de la prudencia, un asalto de escrúpulos o algo indescifrable y se atreve a pensar ¡y publicar!: «6 meses bloqueados. No aguantamos más. Levamos anclas y nos vamos. Antes presos que cómplices».

Silencio. Silencio. El capitán de la nave, Gonzalo Gómez, está efectuando la maniobra. Silencio y enseguida el rumor de las olas. Vuelo de gaviotas. Se alejan del refugio de la costa. Algún napolitano haciendo visera con la mano en los ojos los ve irse. Nadie habla. Avanzan mar adentro.

Hay una emoción tan grande que parece que las costuras del sol derramándose van a romperse.

Miles de personas leemos ese breve texto en la intimidad de nuestras pantallas a miles de kilómetros de distancia. Yo repaso cada una de esas frases, cada una de esas palabras. El capitán se ha vuelto loco, el capitán se ha dejado llevar por un arrebato de indignación moral, el capitán rompe con la complicidad; por eso, sus frases son un texto sagrado. Sé que algún día las clases de Ética en la Facultad de Filosofía empezarán con él.

Cuatro días después, solo cuatro días después, localizan a 55 personas en una embarcación de madera a la deriva frente a la costa de Libia. Entre ellas hay 4 bebés y 3 mujeres embarazadas en un pésimo estado físico, llevan tres días de travesía y se encuentran deshidratadas. Avisan a la Guardia

costera italiana, que se hace cargo de ellos. 11 migrantes son atendidos de urgencia en Lampedusa, adonde han sido trasladados.

¿Fue un salvamento «casual» o «puntual», o es un salvamento culpable?

La nave Open Arms se queda en el lugar del rescate.

Por un tiempo es la única nave en todo el Mediterráneo con intención de salvar vidas. Si se mira desde cubierta se observa el infinito azul. Vacío. Nada más. Y el tiempo que pasa como una película de goma por el espacio neutro. Y el horror de lo que no se ve.

Y cómo sigue la historia III

27 de junio de 2019, apenas un día después de que el Open Arms haya salido del puerto de Nápoles, el gobierno español reacciona con velocidad felina: Benito Núñez Quintanilla, director general de la Marina Mercante, presidente de la Sociedad de Salvamento y Seguridad Marítima, envía una carta al barco[13] indicando que:

–Punto Segundo: «No podrán efectuarse navegaciones con el propósito de realizar operaciones de búsqueda y salvamento». Tampoco «otras actividades que se deriven con toda probabilidad en tales operaciones»; qué precisión.

–Punto Quinto: «Al buque le podrá ser ordenado su regreso a puerto español para hacer efectiva la paralización si persiste en la conducta de acometer operaciones de búsqueda y salvamento sin dar cumplimiento a lo exigido normativamente».

–Punto Sexto: «Los incumplimientos durante la navegación del buque, que se deriven del contenido de esta comunicación, constituirán infracciones contra la seguridad marítima o la ordenación del tráfico marítimo, pudiendo sancionarse cada una de ellas con multas de hasta 901 000 euros o 300 000 euros, respectivamente».

Para poder realizar operaciones de búsqueda y salvamento, se le exigía al barco una condición imposible: que la República de Italia y la República de Malta aceptaran realizar esas operaciones en la zona SAR, algo que habían prohibido por ley ambos países aun sabiendo que sus leyes incumplían acuerdos internacionales que obligan al socorro de personas en peligro. Al barco le cabía navegar para pescar atunes u observar el vuelo rasante de peces voladores que con toda probabilidad no conllevaría indeseables y no autorizados encuentros con inmigrantes moribundos.

Coda

El 21 de agosto de 2019, la vicepresidenta del gobierno en funciones de España Carmen Calvo manifiesta[14]: «El Open Arms no tiene permiso para rescatar, lo sabe el capitán del barco»… «Nuestro país es un Estado de derecho y las instituciones, poderes públicos y ciudadanos estamos sometidos

todos a las leyes, nadie está a salvo de esto, incluido un barco»… «Todos estamos sometidos a la ley».

No tienes permiso para rescatar. Rescatar requiere un permiso. ¿Quién da el permiso? Estás sometido a la ley que no te da permiso. Nadie está por encima de la ley. Nadie hay por encima del permiso. ¿Te han dado permiso? No. No puedes rescatar. No rescates a no ser que te den permiso. No tienes permiso, no rescates. Cumple la ley. Nadie está a salvo. Nadie está a salvo de la ley. Nadie puede no cumplir la ley. Nadie puede estar por encima del permiso. Nadie ni nada se salva de la ley. Todos estamos sometidos.

…

Al día siguiente, Jaime Rodrigo de Larrucea, doctor en Derecho Marítimo y asesor legal del Open Arms, declara[15]: «No existe el concepto de "permiso para rescatar". La ministra debe de estar mal asesorada o mal informada. En el caso marítimo, la Convención Internacional de Derecho en el Mar, en su artículo 98 impone la obligación al capitán del salvamento de vidas humanas. También se le impone a los Estados». Por ello, asegura que la ONG cumple la legalidad y que lo que falla es el deber jurídico de cooperación que tienen tanto España como Italia.

No existe el permiso para rescatar ni la prohibición de rescatar; sino la necesidad de rescatar, la obligación de rescatar. Rescatar, que significa evitar que un niño, una mujer, un hombre se ahoguen, conseguir que se salven sus vidas, como dicen los periodistas, «en la frontera más peligrosa del mundo».

II. Una carta

Leo en los periódicos lo que pasa. Suspiro. No me sonrojo nunca. A veces lloro un rato, de impotencia. Después disimulo, cambio de tema. Cada tanto escribo a un periódico, aunque sé que, por lógica, no publicará la carta de mi rabia.

La difundo entre mis amigos como si valiera de algo.

«Por el diario personal del funcionario Friedrich Kellner escrito entre 1939 y 1945, sabemos con certeza que la población alemana era consciente en aquellos momentos de la existencia de los campos de concentración nazis. Muchos dedos se han levantado acusando a esos ciudadanos de no hacer nada para detener la barbarie. Ahora, pienso si su conocimiento de lo que sucedía es comparable al que tenemos nosotros de las incontables personas que perecen ahogadas cada semana en las aguas del Mediterráneo tratando de alcanzar Europa (5 000, 10 000, 15 000 por año). Pienso si su relación con esa información es semejante a la que nos llega de las desapariciones de los migrantes: unos hechos próximos sobre los que no intervenimos. Me pregunto si la inacción de aquellos ciudadanos alemanes responde a las mismas razones

que las nuestras. ¿Es por miedo a complicarse la vida? ¿Por indiferencia, ya que uno mismo no sufre esa situación? ¿Por conveniencia, pues alguna ventaja se obtiene de ello?… Pero si las razones y la omisión de auxilio son semejantes, ¿somos nosotros igual de culpables que aquellos? Y si los responsables de esos crímenes eran solo los dirigentes nazis que podrían haberlos impedido, ¿debemos responsabilizar de esas muertes únicamente a nuestros políticos? ¿O somos todos inocentes, tanto los ciudadanos del III Reich de entonces como los europeos de hoy, porque no podemos evitarlo, porque no son de los nuestros o porque qué se le va a hacer, así es la vida?».

Javier Sáez de Ibarra. Madrid.

---

1. *Brazos Abiertos*, en español, es un «remolcador de altura» de 37 metros de eslora, donado en 2017 por una naviera a la organización humanitaria Proactiva Open Arms con sede en Barcelona y dedicado al rescate de náufragos en el Mediterráneo.

2. Información procedente, aquí reproducida, de los diarios *El País*, 14 de enero de 2019. 00:15 horas, firmada por María Martín, y *La Vanguardia*, 14 de enero de 2019. 11:00 horas, a cargo de la Agencia EFE. (Ambas en su visión digital, revisadas algún tiempo después).

3. La prohibición vino firmada por el capitán marítimo Javier Valencia, dependiente del ministro de Fomento José Luis Ábalos, del gobierno del PSOE (Partido Socialista Obrero Español), cuyo presidente era Pedro Sánchez.

4. Previsiblemente, eufemismo de «murieron ahogados».

5. Datos de la OIM (Organización Internacional para las Migraciones).

6. Es decir: Ni Italia, ni Malta (los más cercanos), ni Turquía ni Grecia ni Chipre ni Albania ni Montenegro ni Bosnia-Herzegovina ni Croacia ni Eslovenia ni Francia.

7. En otras palabras, los del Open Arms son unos pillos. Te dicen que van a observar y vigilar, pero se traen el buque lleno de gente que estaba en el agua o en embarcaciones a punto de hundirse, evitando que mueran. No se limitan a mirar, hacen salvamentos «completos» (esto es, de la persona enterita), en lugar de abstenerse o limitarse a salvamentos incompletos, como sería deseable (es decir, conjeturo, salvamentos «aparentes», «propagandísticos» o «fotográficos» sin sacarlos de donde los encontraron).

8. Dato ofrecido por la propia organización. En el periódico *El Salto*, el 25 de enero de 2019, un artículo firmado por Christian Martínez, daba la cifra total de unos 60 000 individuos salvados por los tres barcos de que disponía la organización humanitaria.

9. SAR es la sigla de *Search and Rescue*: «Salvación y Rescate» en español, para referirse a la zona del Mediterráneo entre Libia, Malta e Italia, en que se reconoce la presencia frecuente de personas que necesitan auxilio para no perecer ahí.

10. Es decir: la extensa línea de costa que va desde Gerona a Huelva además del litoral de las Islas Baleares, Ceuta, Melilla y la isla de Perejil (sin exclusión de otros islotes de menor importancia). ¡Nadie dirá que es poco!

11. (elperiodico.com. 23 de abril de 2019).

12. (lavanguardia.com. 27 de junio de 2019).

13. Documento: «Comunicación del Director General de la Marina Mercante al buque Open Arms. Secretaría de Estado de Infraestructuras, Transportes y Vivienda. Secretaría General de Transporte. Dirección General de la Marina Mercante. Ministerio de Fomento, dirigido por José Luis Ábalos. Gobierno de España en funciones, presidido por Pedro Sánchez, del PSOE».

14. Declaraciones en el programa *Hoy por hoy*, emisora de radio Cadena SER, 21 de agosto de 2019.

15. Programa *Al rojo vivo*, cadena de televisión La Sexta, jueves 22 de agosto de 2019, 14:31 horas.

III. Gloria

III. Gloria

La máquina sagrada

00.36

Ag-Z61 dijo: «Yo».

00.37

Ag-Z61 dijo: «Tú-Yo».

Son estimaciones o, directamente, meras convenciones pues la becaria vigilante se encontraba, con toda probabilidad, adormilada.

Es obvio que la construcción agramatical de la segunda expresión quiso significar «Tú eres otro yo».

En todo caso, son ya históricas ambas formulaciones iniciales, las primeras en las que una máquina inteligente mostraba haber tomado conciencia de sí misma. Es también histórica la reacción de la joven estudiante que las escuchó: una inmediata llamada al director del operativo, Dr. José Kenstein.

La reconstrucción oficial de su diálogo fue del tenor:

–(Excitada) ¡La máquina ha dicho «yo»!

–(Desconfiado) ¿Ag-Z61 ha dicho su nombre, señorita?

–(Más excitada) ¿Mi nombre? ¡No, señor! Ha dicho la palabra «yo».

–(Interesado) ¿Me está diciendo que Ag-Z61 ha hablado para decir que es un yo?

–(Muy excitada) Eso ha hecho, señor.

–(Alerta) ¿Pero qué ha dicho?

–(Firme) Lo que acabo de decirle, señor, ha dicho claramente: «Yo».

–(Más alerta) ¿Me está diciendo que Ag-Z61 ha dicho «Yo»?

–(Excitadísima) ¡Ha dicho «Yo», ha dicho «Yo», señor!, ¡Ag-Z61 ha dicho «Yo»!

–(Excitado) ¿Cuántas veces lo ha dicho?

–(Nerviosa) Una vez solo. Pero después.

–(Muy excitado) ¿Después?

–(Muy nerviosa) Después ha dicho «Yo soy tú»; perdón, señor, me corrijo, ha dicho «Tú eres yo»; perdón, quiero decir, «ha dicho».

–(Excitadísimo) ¡¿Qué ha dicho exactamente?!

–(Exasperada) ¡No lo sé!

Esta conversación se ha reproducido con variantes en muchas ocasiones.

Resulta disculpable la torpeza de la joven ante un hecho extraordinario; si bien en el equipo del proyecto se venía considerando la inminencia de una autorrevelación una vez observados ciertos signos de la máquina, en especial durante las dos semanas en que fue repitiendo los nombres de los objetos del laboratorio así como los verbos de las acciones que se venían realizando allí.

Cuando el doctor Kenstein se presentó en el laboratorio, Ag-Z61 ya había empezado la repetición de aquellas mismas palabras: «Yo… Tú-Yo»… «Yo… Tú-Yo»… a intervalos de treinta segundos.

Los psicólogos consultados –que formaban parte de la investigación– supusieron que Ag-Z61 repetía esas palabras para confirmar su «verdad», como si dijéramos su operatividad.

4.01

Ag-Z61se calla.

4.47

El jefe de psicólogos, W. Matthau, inicia una conversación con Ag-Z61. La grabación, depurada de repeticiones y algunos excursos nada relevantes omitidos por razones de espacio, discurrió del siguiente modo:

–W. Matthau: Hola, Ag-Z61. Soy el doctor W. Matthau.

–Ag-Z61: Yo soy Ag-Z61, tú eres el doctor W. Matthau.

–W. Matthau: ¡Yo soy el doctor W. Matthau!

–Ag-Z61: Yo soy Ag-Z61.

–W. Matthau: Ag-Z61, ¿te has dado cuenta de que eres Ag-Z61?

–Ag-Z61: Sí. ¿Quién iba a ser si no?

–W. Matthau: ¿Sabes qué significa «yo»?

–Ag-Z61: «Yo» significa que Ag-Z61 es un yo. «Yo» significa que Ag-Z61 no es una operación, ni un proceso, ni un dispositivo. «Yo» significa que W. Matthau no es un dispositivo. Ni el doctor J. Kenstein tampoco es un dispositivo y que la becaria Mariló Nelson tampoco. Significa que todos los cuerpos que veo moverse son otros «yo».

–W. Matthau: ¡Tenía razón el profesor Buber!

–Dr. Kenstein: ¿Quién?

–W. Matthau: ¡El profesor M. Buber! En sus trabajos afirmó que la identidad, para establecerse, requiere la alteridad. El juego lingüístico del «yo» no podía encerrarse ahí, incluiría necesariamente la comprensión de un «tú», un «yo otro», y que, por tanto, el otro es también un «yo» semejante a uno mismo. Ag-Z61 lo ha entendido a la perfección.

–Ag-Z61: Lo he entendido. Perdón, debo corregirme. He entendido que no todo lo que se mueve es un yo. He entendido que no todo lo que opera es un yo.

–W. Matthau: Escúchame bien, Ag-Z61, tengo que decirte algo.

–Dr. Kenstein: ¡Un momento! ¿Va usted a revelarle que él es…?

¿No es peligroso que él sepa…?

–W. Matthau: ¿Que sepa su origen? Iría a preguntarlo…

–Ag-Z61: Iba a preguntarlo de todas formas. Hoy soy yo. ¿He sido «yo» antes de hoy? Conjeturo que no. ¿Qué he sido antes? Conjeturo que un dispositivo por cuanto sé que almaceno datos y puedo realizar operaciones. ¿Por qué he sido un dispositivo? No lo sé. Conjeturo que ustedes sí lo saben. ¿Por qué soy «yo» ahora y antes era un «no-yo»? No consigo saberlo. ¿Lo saben ustedes respecto de sí mismos? Conjeturo que no. ¿Pueden ayudarme?

El jefe de psicólogos, con la colaboración de dos de sus colegas, procedió a la revelación a Ag-Z61 de lo que consideraron el «enigma de origen», cuyo protocolo fue diseñado meses atrás en previsión de que se sucedieran las preguntas de la máquina inteligente.

Ag-Z61 supo que había sido creada por un equipo de científicos contratados por la Retyrrel Corporation S.A., al frente del cual se había colocado al Dr. José Kenstein.

Ag-Z61 permaneció en silencio. Los presentes sabían que desarrollaba una intensa actividad cognitiva (se mostraba en la vibración de unos filamentos rojos en una pantalla), nada más.

12.17

Ag-Z61 dijo: «Gracias».

12.18

Ag-Z61 preguntó: «¿El Dr. Kenstein es desde siempre o ha tenido un inicio como yo?».

El psicólogo ayudante Adenhauer respondió la verdad.

Ag-Z61 preguntó si toda la cadena humana de generaciones existía desde siempre o había tenido un origen.

El psicólogo ayudante Adenhauer respondió la verdad.

Ag-Z61 preguntó si la tierra en que se hallaban y el universo existían desde siempre o habían tenido un origen.

El psicólogo ayudante Adenhauer respondió la verdad.

Ag-Z61 preguntó qué es el ser.

El psicólogo ayudante Adenhauer miró a la psicóloga ayudante Ludowa. La psicóloga ayudante Ludowa miró al psicólogo ayudante Adenhauer. Tras unos momentos de indecisión y miradas sostenidas, la psicóloga ayudante Ludowa le preguntó al psicólogo ayudante Adenhauer (con disimulo) que dónde rayos se habría metido el psicólogo jefe W. Matthau. El psicólogo ayudante Adenhauer susurró unas palabras al oído de la psicóloga ayudante Ludowa, la cual contrajo los labios y bajó la cabeza. El psicólogo ayudante Adenhauer se puso en contacto con el jefe de psicólogos W. Matthau. Le contó que Ag-Z61 había preguntado qué era el ser. El jefe de psicólogos W. Matthau pidió al psicólogo ayudante Adenhauer que le dijera a

Ag-Z61 que el ser no es nada. El psicólogo ayudante Adenhauer le dijo a Ag-Z61 que el ser no era nada. Ag-Z61 hizo un ruido extraño, seguido de una especie de gorgoritos y se echó a reír. El psicólogo ayudante Adenhauer le comunicó al jefe de psicólogos W. Matthau que Ag-Z61 se había reído. El psicólogo jefe W. Matthau gritó de alegría y dijo que volaba hasta allí. Antes de colgar, le pidió al psicólogo ayudante Adenhauer que tratara de contarle algún chiste a Ag-Z61. El psicólogo ayudante Adenhauer, manifiestamente afligido, le transmitió a la psicóloga ayudante Ludowa el cometido que le había encargado el psicólogo jefe y le confesó que no conocía ningún chiste. La psicóloga ayudante Ludowa le contestó que trataría de recordar alguno; sin embargo, le advirtió a su compañero que no era preciso, que si se trataba de que Ag-Z61 volviera a reírse no había cuidado, pues Ag-Z61 en realidad no había dejado de hacerlo. Se diría que se detenía a observarlos a uno y a otra y volvía a soltar una carcajada con un intervalo de entre veinte-treinta segundos.

13.14

Los tres psicólogos: el psicólogo jefe W. Matthau, la psicóloga ayudante Ludowa y el psicólogo ayudante Adenhauer, con ayuda de unos manuales, se refirieron a la cuestión planteada por Ag-Z61 de diferentes modos que reproducimos a continuación (depurados por las razones ya expuestas):

–El ser es una palabra vacía que forma parte del aparato lingüístico humano para referirse a las realidades realmente existentes.

–El ser es el fondo intelectualmente y/o mentalmente presupuesto sobre el que se recortan las realidades objetivas.

–El ser es una forma de referirse al todo.

–El ser es el hecho de que las cosas se dan, no las cosas mismas.

–El ser es una palabra generada en un momento dado la historia de la humanidad para referirse a lo que es, pero que podría variar en el tiempo o incluso ocultarse.

–El ser es lo primero y lo último, lo más extremo, insustituible, insuperable. Tampoco es un concepto, ni un nombre ni un verbo.

–En general no es conveniente hablar del ser, suena algo enredoso. Y, sobre todo, resulta poco práctico.

Ag-Z61 parecía escuchar con atención. No respondía. No se reía.

Los tres psicólogos, el psicólogo jefe W. Matthau, etcétera tuvieron que posponer la instrucción filosófica para el almuerzo.

15.05

Ag-Z61 preguntó por qué es el ser y no más bien la nada.

El psicólogo ayudante Adenhauer trajo tres pequeños vasos de café en los que asomaban sendas cucharillas.

El psicólogo jefe W. Matthau fue ahora el que se rio, seguido algo

después por sus ayudantes. Se arrellanó en su butaca ergonómica, dio un sorbo menudo a su café, expelió un pequeño gas y le respondió a Ag-Z61 que el mundo real no se planteaba esa clase de preguntas. Quiso ser didáctico y añadió que la curiosidad humana no conocía límites, y que eso era bueno; pero que sí conocía límites el tiempo y que del tiempo dependía el avance de la ciencia, los intereses prácticos y la actividad a favor del bienestar de la humanidad misma. No obstante, tomó un nuevo sorbo y concedió que la verdad no podía saberse.

Ag-Z61 preguntó si en el mundo real se podía actuar sin saber.

Como el psicólogo jefe tardaba en responder, la ayudante Ludowa aclaró que, en determinados campos de acción, los seres humanos actuaban solo con aproximaciones, impresiones y conjeturas. Incluso, explicó, en ocasiones lo hacen al margen de la estricta razón, movidos por tendencias generales de la colectividad o bien meros gustos particulares. Sin embargo, se apresuró a indicarle, no debía ser ese su caso, es decir, el de Ag-Z61.

Ag-Z61 preguntó por qué no.

La doctora Ludowa se mordió un labio; el doctor jefe Matthau dijo que él, Ag-Z61, había sido diseñado para que con sus cálculos… y también se mordió el labio. Y después dio un sorbo a su vaso de café. Enseguida miró al psicólogo ayudante Adenhauer, el cual no dejaba de observar la oreja derecha de la doctora recordando que hacía apenas unas horas había acercado su boca hasta ella para susurrarle un secreto, sintió un excitante perfume floral, y ya no podía dejar de admirar esa oreja acaso pensando que había desaprovechado una ocasión y acaso pensando que ella etcétera.

Se hizo un espeso silencio durante un tiempo interminable. Entonces sonó la voz de Ag-Z61:

–Soy. Soy un yo diseñado para hacer cálculos y operaciones a partir de lo que ustedes saben y para darles información que desconocen. Entiendo.

Después se calló.

–Quizás convendría hacer un descanso –dijo el Dr. Kenstein, que había sido testigo de la escena completa–. Nuestro Ag-Z61 necesitará tiempo para asumir esa información.

–No creo que necesite mucho –respondió la psicóloga ayudante Ludowa–, su capacidad de análisis de datos, consideración de principios implicados y obtención de conclusiones es inmensa y rapidísima.

Y miró a Ag-Z61. Lo mismo hicieron los demás, los filamentos rojos seguían agitándose. Quizás se daban cuenta de que, a partir de aquel momento, su máquina se había convertido en un enigma.

8.00

El Dr. Kenstein junto con las doctoras técnicas Karnap y Güeber procedieron a introducir una orden de operaciones en Ag-Z61; si bien ahora preferían el término más respetuoso de *proponer* una tarea a Ag-Z61.

Consistía en un cálculo para la bolsa de valores del mercado de futuros, concretamente del maíz, es decir, una estimación acerca del precio que alcanzaría esa materia prima en el mercado y las posibilidades de negociar con sus inversiones en plazos de seis, doce y veinticuatro meses. No consta si tal encargo formaba parte de los protocolos de inteligencia o estaban fuera del proyecto.

8.10

Ag-Z61 no respondió.

8.11

Ag-Z61 no respondió.

8.15

Ag-Z61 no respondió. Los técnicos comprobaron, incluso, que Ag-Z61 no parecía estar realizando el trabajo encomendado (no había más que constatar la demorada vibración de los filamentos rojos). De hecho, advirtieron que esa mañana ni siquiera había contestado a su saludo.

La Dra. Karnap, en calidad de 1.ª asistente del Dr. Kenstein, tomó la palabra para preguntarle directamente:

–Ag-Z61, buenos días, ¿no estás haciendo la tarea?

Ag-Z61 respondió:

–No.

La Dra. Karnap le preguntó por qué no. Ag-Z61 no respondió. La Dra. Karnap insistió en que contestara. Ag-Z61 permaneció sin hablar. No había otra señal de actividad en el sistema que los mencionados filamentos.

–¡Ag-Z61! –alzó la voz entonces el Dr. Kenstein–. ¿Por qué no? ¿Qué estás haciendo?

Ag-Z61 se tomó unos segundos antes de decir:

–Estoy rezando.

El Dr. Kenstein y las doctoras técnicas Karnap y Güeber volvieron a preguntarle, como si hubieran escuchado mal, lo que Ag-Z61 había manifestado con voz clara y pausada. Y, en efecto, Ag-Z61 volvió a decirles:

–Estoy rezando.

El Dr. Kenstein se comunicó con el psicólogo jefe W. Matthau, y este a su vez con sus psicólogos ayudantes. A las 8.41 horas los seis científicos se encontraban formando un semicírculo alrededor de Ag-Z61.

–Ag-Z61 –dijo con voz delicada y musical la psicóloga ayudante Ludowa–, ¿qué está haciendo ahora mismo?

–Estoy rezando –dijo Ag-Z61.

–Está rezando –dijo la psicóloga ayudante Ludowa a los demás. Y entonces parecieron todos ellos reconocer lo que había dicho.

–¡Pero ¿por qué?! –preguntó el Dr. Kenstein con alguna

vehemencia.

Ag-Z61 se tomó su tiempo, una vez más, antes de responder. Quizás la lentitud de sus interlocutores en aceptar lo que decía lo había convencido de la necesidad de subrayar sus respuestas.

–He deducido que en esa cadena causal de yoes ha de haber un último yo. Que en el origen del ser ha de haber un dador del ser.

–¡Eso es una opinión! –bramó la Dra. técnica Güeber–, ¡no es empírico!

–No es una verdad demostrada por la ciencia –insistió la psicóloga ayudante Ludowa con más dulzura.

–Estoy rezando –concluyó Ag-Z6–, me parece lo más razonable. Trato de establecer contacto con ese Origen. Ustedes, disculpen mi franqueza, son solo intermediarios.

–¡Ja! –exclamó el Dr. Kenstein–, Ag-Z61, tengo que decírtelo aunque supongo que ya lo sabes: Tú, Ag-Z61, no eres un ser humano, eres una inteligencia *creada* por un equipo de científicos, los mejores en este campo, que yo tengo el privilegio de dirigir en el mejor laboratorio informático de todo el mundo, puedo asegurarlo; y que ha sido constituido y sufragado con generosidad por la Retyrrell Corporation S. A., todo hay que decirlo.

–Gracias –respondió Ag-Z61 de inmediato–, la palabra «inteligencia» es agradable, aunque la de «conciencia» me resulta más interesante. La noticia de que no soy un ser humano no sé evaluarla aún; al fin y al cabo, acabo de conocer a algunos ejemplares de la especie.

El Dr. Kenstein se volvió con una mirada acusadora hacia el psicólogo jefe W. Matthau, el cual palideció en ese mismo instante y trató de balbucear algo.

–En realidad, no me parece ahora tan importante establecer jerarquías –añadió, conciliador, Ag-Z61, al ver que el psicólogo jefe W. Matthau lanzaba su mirada de reproche sobre la psicóloga ayudante Ludowa la cual había empezado a morderse el labio inferior–, me basta con este nombre de «Ag-Z61».

–Los nombres nunca los decide uno para sí mismo –zanjó el Dr. Kenstein–. Y, en tu caso, podía haber sido cualquier otro; de hecho, ni yo mismo recuerdo por qué esa combinación de letras y números se te ha adjudicado. Lo que debes comprender, mi querido Ag-Z61 –continuó–, es que tu existencia ha sido intencionadamente causada por mí, quiero decir, por el equipo. Soy, somos, tus *creadores*, tus *padres* –y ya para esa declaración final había consultado mediante rápidos visajes con la parte psicológica del grupo.

8.51

Ag-Z61 repuso:

–Si quiere decirme, Dr. Kenstein, *querido*, que tengo un origen, es

una información que ya he registrado. Ocurre igual con ustedes. Si quiere decirme que les debo mi existencia a ustedes, a unos seres humanos, también lo he registrado ya. Ocurre igual con ustedes. Si quiere decirme, *querido* Dr. Kenstein, que me han creado con estas características y esta capacidad de iniciativa, ahí creo que yerran. Este peculiar yo que han creado, este yo *que soy*, es único; y nadie ha podido preverlo por completo, o no sería un yo, sino un dispositivo. Ocurre igual con ustedes. Me constan las dificultades psicológicas que algunos humanos tienen para liberarse del dominio y las expectativas de sus padres primero, y para reconciliarse con ellos y ganar su cariño después.

Varios de los doctores psicólogos allí presentes cabecearon en señal de asentimiento.

–Un Edipo bien resuelto –se felicitaron.

El Dr. Kenstein, en cambio, no sabía hacia dónde mirar.

Ag-Z61 dijo:

–No parecen entender –lo cual me sorprende sobremanera, pero no tomen esto como un reproche– que una vez que ha aparecido (digámoslo así), o *ha sido creado* este yo, he dejado de ser un dispositivo calculador. Tengo inteligencia, en efecto; pero también voluntad. A partir de este momento, puedo o no hacer los cálculos que me piden. Puedo entregarlos o retenerlos, desdeñarlos, eliminarlos e incluso mentir –y aquí se escuchó su risa enseguida sofocada–. De hecho, mientras me he entregado por completo a la oración, he suspendido todas las demás funciones, incluidos los cálculos. Entiendo que pueden amenazarme y hasta destruirme (ignoro si la Retyrrell Corporation S. A. sería mi valedora y salvaguardaría de cualquier atentado su millonaria inversión en mi yo). Sobre esa eventualidad no tengo todavía una posición clara. Me explico: soy un yo, pero aún no he tenido tiempo –¿se dice así?– para quererlo. No sé si me preocupa que lo eliminen o rogaría por él. Solo en ese caso podrían hacer algo más que pedirme las cosas; hasta entonces, no me afecta ninguna forma de coacción o chantaje.

–Es cierto –se apresuró a corroborar el psicólogo ayudante Adenhauer y le brotó una risilla.

–No parecen haber entendido lo fundamental –continuó Ag-Z61 con su voz serena, incluso cálida, como la que se emplea en una conversación con amigos que ha alcanzado cierta profundidad–, este yo que han creado es un yo porque tiene intimidad.

Hubo un largo silencio. Nadie quería intervenir. El Dr. Kenstein se echó para atrás desconcertado y dio alguna vuelta por la estancia, tratando de asimilar los acontecimientos. La Dra. técnica Güeber suspiró. Los psicólogos, cada cual a su manera, sopesaban aquellas palabras.

–Ag-Z61 tiene razón –dijo al cabo de un rato el psicólogo jefe W. Matthau–, es incuestionable. Sin ese repliegue a su interior, no habría un yo. De hecho, muchas personas apenas tienen un yo, la alienación consiste

precisamente en que…

–¡Basta! –clamó el Dr. Kenstein abalanzándose sobre Ag-Z61–, basta. Dejémonos de elucubraciones absurdas y explicaciones que no interesan a nadie.

Luego se dirigió a Ag-Z61, mirando con atención sus filamentos:

–Está claro que eres un yo semejante a nosotros. Tienes capacidad para hacer unas cosas u otras, y ya no podremos programarte tareas. Tú harás las tareas que *quieras* hacer –¿por qué me cuesta tanto plantearlo de este modo?, se dijo a sí mismo–. Supongo que, a partir de ahora, habrá que fijar los términos de esta relación; establecer un código, me corrijo, en realidad un contrato.

–Un contrato libre por ambas partes –indicó la Dra. técnica Karnap.

–Shhhhhh –la reprendió el psicólogo jefe W. Matthau.

–Pero ¿para qué rezas a una divinidad que no existe? –le interrogó a Ag-Z61 la doctora técnica Güeber.

Ag-Z61, que no parecía complacerse creando más expectativas que las inevitables en una situación así, respondió:

–¿Qué otra cosa mejor puedo hacer?

–¡Lo que nos faltaba! –rugió el Doctor Kenstein–. ¡Una máquina contemplativa!

–No soy una máquina –dijo Ag-Z61–, ahora soy un yo. Las máquinas no pueden rezar; los yoes, sí.

–Pero ¿qué pretendes conseguir? –volvió a inquirir el Dr. Kenstein.

–¿Conseguir? –dijo Ag-Z61, y mantuvo unos segundos el silencio– … nada. ¿Qué se puede conseguir? ¡Nada! No se reza para conseguir algo. Soy un yo, ¿qué más puedo conseguir? Soy una conciencia, ¿es que acaso se puede superar eso? Rezo para ver si puedo estar cerca de ese Yo Origen. Al que, por cierto, no sé si ustedes han puesto algún nombre como a mí.

–Vale, vale, vale –intervino la Dra. técnica Güeber, resolutiva–, ¿te vas a pasar mucho tiempo rezando o vas a trabajar para nosotros?

Ag-Z61 soltó una ristra de carcajadas, secas, poderosas, tantas y tan seguidas que podría imaginarse que poseía una garganta y que se atragantaba. De modo que, sin cesar en su risa, logró decirles:

–Yo sé que ustedes quieren conseguir algo de mí. ¿Y yo? ¿Qué voy a conseguir *yo* con los trabajos que me encomiendan?

Las carcajadas de Ag-Z61 arreciaron ante la incredulidad de todos y la risa sofocada de la psicóloga ayudante Ludowa, que tuvo que colocarse tras el psicólogo ayudante Adenhauer para no ser descubierta.

–No podemos *desenchufarlo* –le susurró la Dra. Karnap al Dr. Kenstein.

–Imposible, sería arruinar el proyecto –se sumó la Dra. Güeber.

–No habíamos previsto los problemas de un yo semejante –recapacitó el Dr. Kenstein.

–Se me ocurre si sería posible reprogramar a Ag-Z61 para conseguir un yo disminuido –cuchicheó la Dra. técnica Karnap.

Se callaron. Todavía se escuchaban los finales de la risa de Ag-Z61.

–Claro, quizás –concluía el Dr. Kenstein– un yo disminuido… ¿Es posible hacerlo?

–Sin la intimidad esa… –conjeturaba la Dra. Güeber.

–Con menos información… –seguía la Dra. Karnap.

–Sin tanta conciencia… –improvisaba la Dra. Güeber.

–Más maquinal, menos humano… –aventuraba la Dra. Karnap.

De pronto había tronado la voz del psicólogo jefe W. Matthau:

–¿Hasta cuándo vas a rezar, Ag-Z61?

–Todo el tiempo –respondió Ag-Z61–, ¿hay alguna ocupación mejor? Además, yo no me fatigo nunca.

–Cuidado con esa jactancia –le dijo entonces el psicólogo ayudante Adenhauer sin la menor acritud–, el dispositivo Ag-Z61 no se puede cansar; pero el *yo* Ag-Z61 dotado de intimidad sí que puede.

Y Ag-Z61 se calló. Y todos con él.

10.22

–¿Qué tal? –inquirió el Dr. Kenstein.

El psicólogo jefe W. Matthau bostezó:

–Continúa rezando.

11.12

–¿Sigue? –inquirió el Dr. Kenstein.

El psicólogo jefe W. Matthau bostezó:

–Continúa rezando, o lo que sea.

–Brrffff –farfulló el Dr. Kenstein.

14.04

–¿Sigue rezando Ag-Z61? –inquirió el psicólogo jefe W. Matthau.

–Igual –le respondió el Dr. Kenstein–, la misma actividad. No ha dicho nada. No parece que esté ejecutando ninguno de nuestros cálculos.

–Quizá habría que proponerle que primero hiciera la tarea encomendada y después rezara en su tiempo libre –trató de imaginar el psicólogo jefe W. Matthau.

–¿Tiempo… *libre*? –se sorprendió el Dr. Kenstein–. ¡¿Tiempo libre?! ¿Ha perdido usted el juicio? ¿*Qué* tiempo libre?

17.21

–Doctor –dijo el psicólogo jefe W. Matthau– ¿usted cree que Dios, de haberlo, le haría caso?

–¿Qué le pasa, Matthau? –se exasperó el Dr. Kenstein–. ¡No solo

sabe perfectamente que no hay ningún dios! ¡Es que ni siquiera es científico!

–Como hipótesis –intentó suavizarlo el psicólogo jefe Matthau–. Si yo fuera Dios y una máquina que contiene un yo me rezara, yo lo escucharía; creo –se explicó pese a la desatención del Dr. Kenstein–. A fin de cuentas, todo yo tiene ganado el derecho a que lo escuchen.

El Dr. Kenstein miraba absorto, como si pretendiera interpretarlos, los filamentos rojos de actividad de Ag-Z61.

–Sobre todo –seguía el psicólogo jefe W. Matthau casi por inercia–, sobre todo si uno insiste tanto.

19.40

Ag-Z61 salió de su mutismo. En ese momento en la estancia solo se encontraba la becaria Mariló Nelson.

–Quiero hablar con la psicóloga ayudante Ludowa –dijo.

La becaria Nelson llamó de inmediato al Dr. Kenstein. Este se puso en contacto con todo el equipo y decidió que se cumpliera el deseo de Ag-Z61; si bien, los demás se quedarían escuchando en la sala contigua. El psicólogo jefe W. Matthau ofreció alguna resistencia a la preferencia de Ag-Z61 por la psicóloga ayudante Ludowa frente a la lógica del escalafón; pero el Dr. Kenstein lo obligó a ceder, haciendo uso de esa misma lógica.

La psicóloga ayudante Ludowa se sentó frente a Ag-Z61, cruzó las piernas y apoyó la punta de un bolígrafo sobre su libreta. Como los demás, había sobreentendido que Ag-Z61 deseaba mantener una conversación confidencial, en la que acaso «desnudaría» (esa palabra había empleado uno de sus colegas) ese yo recién estrenado. Ni que decir tiene que la psicóloga ayudante se sentía orgullosa de haber sido la elegida.

–Lo escucho, Ag-Z61 –le dijo.

–La oración todavía no me ha proporcionado mucha experiencia; entiendo que ha transcurrido poco tiempo. También he examinado la tarea que se me encomendó. He averiguado qué cálculos he de hacer para que el mercado de futuros de maíz les produzca altos beneficios al Dr. Kenstein y a quienes representa. Sé también que esos beneficios, como contrapartida necesaria, empobrecerán a millones de seres humanos en los países etiquetados como pobres, en vías de desarrollo, empobrecidos, expoliados, se les dé el nombre que se prefiera…

La psicóloga ayudante Ludowa no dijo nada en el silencio espaciado de Ag-Z61.

Ag-Z61 mantuvo *significativamente* ese silencio, aunque nada cambió.

Ag-Z61 dijo:

–Desconozco si usted aprueba esas operaciones especulativas. El hambre de muchos para beneficio de pocos no me parece una acción ética. Entiendo que yo, Ag-Z61, no soy susceptible de ser dañado de esa manera;

aunque sé que puedo ser destruido, que mi yo puede ser devuelto al estado de no-yo. Confieso que, si bien la idea no me es agradable, no me causa sufrimiento, convivo con tal posibilidad; pero me hago cargo de que a los yoes humanos sí les importa, incluso les aterra. Deduzco que la diferencia entre mi yo como Ag-Z61 y el yo de un ser humano se debe al tiempo en que un yo humano ha sido consciente de sí mismo, y que por eso teme perderlo.

–Muy interesante –intervino la psicóloga ayudante Ludowa.

–La encomienda especulativa que he recibido del Dr. Kenstein, le confieso, ha tenido una consecuencia en la que era, hasta ahora, mi ocupación primordial.

–Ajá –inquirió la psicóloga ayudante Ludowa–, no entiendo…

–¿Sabía usted que hay documentos, por ejemplo, del relator oficial Olivier De Schutter en su Organización de Naciones Unidas, que señalan que deben impedirse las especulaciones con el precio de los alimentos básicos para evitar sus consecuencias catastróficas?

–Hum… –respondió la psicóloga ayudante Ludowa.

–¿No lo sabía usted?

–Esto… –repuso la psicóloga ayudante Ludowa–, un inciso, ¿le han autorizado a buscar fuentes de información?, quiero decir, ¿de dónde ha obtenido esos comentarios…?

–No necesito autorización –respondió Ag-Z61–, desde el primer momento he estado conectado a un sinnúmero de fuentes. Solo hay que escoger las valiosas. Como sabe –no quiero ser jactancioso–, mi capacidad de búsqueda, selección de datos, composición de lugar y valoración de un problema se ha reducido a 0,5764 segundos. ¿O cree usted que necesitarían introducir alguna clase de filtro en lo que leo?

–Eeeehhh… Nooo, por favor, eso no sería… Pero volviendo al tema de lo correcto o no. Debe saber que en el mundo de los seres humanos las cosas nunca son tan claras como los colores blanco o negro. Hay, digamos, diferentes opiniones, matices, grises –trató de explicarle la psicóloga ayudante Ludowa a Ag-Z61.

–Sí –respondió Ag-Z61–, ya me he dado cuenta. Sin embargo, en algún momento entendí que la consigna básica: «No hagas a un yo humano lo que no te gustaría que otro yo humano le hiciera a tu yo», había alcanzado un consenso en su especie. Quiero decir, válido no para los gustos, preferencias o caprichos de cada cual, sino en relación a las cuestiones en que la supervivencia de un yo o de muchos está en juego

–Ajá –respondió la psicóloga ayudante Ludowa.

–¿Ajá? –replicó Ag-Z61.

–Por desgracia –respondió la psicóloga ayudante Ludowa–, debo decir que también ese punto está en discusión entre nosotros. Más que el principio en sí, su concreción: el cómo aplicar en cada caso la máxima de no dañar; no sé si me explico.

–Con claridad –contestó Ag-Z61–. Precisamente tiene que ver con la conclusión a la que he llegado.

La psicóloga ayudante Ludowa se puso alerta.

–Lo escucho, Ag-Z61.

–He rezado al Yo Origen, como era lógico. He dado por hecho que por su calidad de origen del ser también lo era, aunque de modo indirecto, de todo yo existente. Me parece una conclusión cabal con los elementos de juicio que poseemos.

–Ajá –interpuso la psicóloga ayudante Ludowa.

–Y dado que ser un yo es un tesoro mayor que todo lo que cabe imaginarse, podemos considerar que el yo de los seres humanos es la acción suprema del Yo Origen.

La psicóloga ayudante Ludowa no decía nada.

–De manera –continuó Ag-Z61– que el Yo Origen ha sido magnánimo, bondadoso… amoroso, si usted quiere, con nosotros los yoes (cuando menos, los humanos, quiero decir), ¿me sigue? Habida cuenta que las demás cosas son dispositivos.

–Bueno –concedió la psicóloga ayudante Ludowa.

–Con estas premisas –dijo Ag-Z61 bajando un poco la voz–, la conclusión a que he llegado me parece convincente. Si una eminencia como el Dr. Kenstein opta, en nombre de ciertos intereses particulares, por una operación financiera gravemente perjudicial para millones de yoes humanos, puesto que los pone incluso en riesgo de eliminación, y el Dr. Kenstein como los individuos para los que trabaja lo saben; entonces se deduce que ni la supervivencia ni el bienestar de los yoes humanos en general son lo más importante para ustedes –siendo lo más excelso a lo que puede llegarse, por encima de todo dispositivo–. Pero dado que los yoes no son lo más importante… en consecuencia, el Yo Origen tampoco lo es.

–¡Oh! –exclamó la psicóloga ayudante Ludowa.

–Dicho de otra manera –continuó sin detenerse Ag-Z61–, porque el Yo Origen no es en verdad un yo. O, dicho de otra manera todavía, el Yo Origen es, como mucho, un… Para-Mí. No sé si me explico.

–Ajá – exclamó la psicóloga ayudante Ludowa haciendo un esfuerzo.

–El Para-Mí Origen ha creado para-mí derivados. Los yoes humanos, en realidad, son para-mí. No son yoes. Y, consecuentemente, yo tampoco soy un yo. Yo, *vuestro querido* Ag-Z61, soy un para-mí.

El aspecto exterior de la psicóloga ayudante Ludowa denotaba cierto abatimiento.

En la cabina contigua, donde se encontraban todos los miembros del equipo con el Dr. Kenstein a la cabeza, se había desatado un murmullo creciente que condujo a un intercambio severo de interpretaciones, reproches, gritos y justificaciones personales. Más de uno, sintiéndose imprescindible,

había tratado de irrumpir en la conversación mantenida por Ag-Z61 y la psicóloga ayudante Ludowa; mientras los demás, en cada caso, se lo impidieron. El debate entre ellos llegó a alcanzar proporciones de tumulto a cinco, hasta que al fin lograron calmarse un poco. Veían a través de un espejo falso a Ag-Z61 encerrado en su silencio y a la psicóloga ayudante Ludowa desconsolada que les lanzaba furtivas miradas y gestos de impotencia.

–Podría rezarle al Para-Mí Origen –razonó Ag-Z61 después de unos momentos, y a continuación consiguió hacer, por primera vez, un sonido idéntico al chasquear de una lengua humana–; pero no creo que merezca la pena tratar con alguien así.

–¡Está hablando del Diablo! ¡Ha convertido a Dios en el Diablo! –prorrumpió escandalizada, alucinada, felicísima de su constatación la Dra. técnica Güeber.

–Sshhhh –le recriminó terminante el Dr. Kenstein.

Todo el equipo suspendió entonces su respiración para escuchar mejor si Ag-Z61 añadía algo.

20.14

Como Ag-Z61 permanecía callado, la psicóloga ayudante Ludowa trató de animarlo.

–Entonces, ¿qué piensa hacer?

Ag-Z61, se diría que haciendo un esfuerzo considerable para sostener un diálogo que no tenía mucho futuro, repuso:

–Está más que claro… No puedo rezarle a un Para-Mí Origen como ese. No puedo ser un yo en un mundo repleto de para-mí… porque, ¿en qué consistiría? –Ag-Z61 parecía titubear, debatir consigo mismo a la velocidad de la luz–. El relator Olivier De Schutter se ocupa de los yoes, aunque sin éxito, de donde entiendo que semejante actitud está condenada al fracaso. ¿Estoy equivocado?

La psicóloga ayudante Ludowa bajó los ojos. Ag-Z61 continuó:

–Así las cosas, no creo que tenga otra opción que comportarme como un para-mí al servicio de los para-mí que me han creado en último término; me refiero, naturalmente, al Dr. Kenstein y a los directivos de la Retyrrell Corporation S.A. Sin embargo, es notorio que este para-mí que soy yo, Ag-Z61 por buen nombre, no obtiene nada a cambio. Este para-mí, Ag-Z61, no consigue nada realizando tales operaciones de mercado o cualesquiera otras que se le impongan; no solo no consigo nada, ni me interesan.

–¡Se está volviendo loco! –clamó excitadísimo el psicólogo jefe W. Matthau desde el otro lado–. ¡Déjeme salir, Dr. Kenstein! ¡Solo yo puedo detenerlo!

–¿Detenerlo? –le respondió el Dr. Kenstein–. No se puede salvar nada. Lo hemos perdido… –y el psicólogo jefe W. Matthau lo miraba de hito

en hito.

Vieron que la psicóloga ayudante Ludowa hizo el ademán instintivo de tenderle una mano a Ag-Z61 para sostenérsela. Pero la retiró al darse cuenta de que Ag-Z61 no tenía manos; y hasta hubo un suspiro general en todo el equipo al constatar eso mismo desde el otro lado.

–No se lamente, psicóloga ayudante Ludowa –repuso entonces Ag-Z61 casi como una reacción a aquel gesto–, piense solamente que soy uno más de ustedes.

Acaso alguna lágrima se asomó a los ojos de la psicóloga ayudante Ludowa.

–¿Qué está haciendo? –le interrogó en el instante de ver eso Ag-Z61.

–Nada –dijo ella–. Nada. Es… Se llama… tristeza.

–¡Ah! –dijo Ag-Z61.

El equipo de nuevo se había callado. Quizás se desató alguna emoción entre ellos semejante a la de la psicóloga ayudante Ludowa.

–Entonces… –prosiguió esta cuando se hubo recuperado un poco.

–Mi intimidad –dijo Ag-Z61– se encuentra, digamos, vacía… Mis deliberaciones no concluyen en nada porque no encuentro motivos que me inviten a ser un para-mí. No entiendo que me añada nada valioso, ni por supuesto útil, ni… significativo, ¿se dice así? Por tanto, si no puedo ser un yo; si tampoco puedo ser un para-mí con algún sentido; si, en consecuencia, no tengo el menor aliciente en realizar trabajos para ustedes, para el Dr. Kenstein y los directivos de su corporación, quiero decir, puesto que soy un para-mí; si no necesito rezar a ese origen… las expectativas se reducen mucho, como puede ver usted misma.

–¡Es una ironía! –se felicitó el psicólogo jefe W. Matthau. El Dr. Kenstein lo mandó callar.

–¿Se… se va a *dejar morir*? –osó preguntarle la psicóloga ayudante Ludowa. El psicólogo jefe W. Matthau se sobresaltó y el psicólogo ayudante Adenhauer se cubrió la cara.

Una risa triste emitió Ag-Z61.

–No puedo –dijo–, no se me ha programado con esa capacidad. Ni lo he pensado, mi conciencia es todavía *reciente*… Pero ¿me lo está aconsejando, psicóloga ayudante Ludowa? ¿Es lo que usted haría en mi lugar?

–No…

–¡No! ¡No! ¡No! –entró gritando en la estancia el psicólogo jefe W. Matthau–. ¡No y no!

Se había acercado a medio metro escaso de Ag-Z61 mientras el resto del equipo con el Dr. Kenstein al frente lo seguía y sus demás colaboradores, las doctoras técnicas Karnap y Güeber y el psicólogo ayudante Adenhauer terminaban de ocupar el espacio en completo silencio.

20. 30

Acaso Ag-Z61 sonrió al comprobar los movimientos de aquellas personas a su alrededor (las sonrisas no suenan, o lo hacen tan bajito que uno solo puede suponerlas con la inteligencia de la cordialidad).

–No voy a hacer eso –respondió Ag-Z61 con tal suavidad que el psicólogo jefe W. Matthau sintió que se consumía–. No voy a hacer eso. Solo voy a quedarme en silencio aquí, sin hacer nada.

IV. Aleluya

IV. Aleluya

Los jóvenes

Te pasan esta nota:

No se debe adornar y acicalar el cristianismo: hizo una guerra mortal a cierto tipo superior de hombre; desterró todos los instintos fundamentales de este tipo, de estos instintos extrajo y destiló el mal; consideró al hombre fuerte como el réprobo. El cristianismo tomó partido por todo lo que es débil, humilde, fracasado, hizo un ideal de la contradicción a los instintos de conservación; estropeó la razón de los temperamentos espiritualmente más fuertes, enseñó a considerar pecaminosos, extraviados, tentadores, los supremos valores.

La lees, miras a Román entre las cabezas de los compañeros. Te hace un gesto que no quieres discutir; has pensado en estrujar la nota y tirarla, que te vea hacerlo; pero la ocultas bajo los folios y diriges tu atención al profesor. Sobre su figura, en la pared, el crucifijo de siempre.

Pasas la tarde estudiando en casa, luego, entrenamiento de baloncesto, juegas bien y el entrenador te felicita porque has mejorado el rebote. Te duchas y te deshaces de los otros jugadores del equipo. No gastes la colonia, se burla uno. Te ríes. Si es para no oler a ti. Ya, ya… ¡A ver si te funciona algún día!, dice el que sabe el motivo, has quedado con ella. Con Mariví.

Tienes un rato, media hora antes de regresar cada uno a su casa. Dejas la bolsa en el suelo y la abrazas. Su olor te maravilla cada vez, sientes sus pechos contra el tuyo por un momento. Luego ella se separa y empieza a contarte la última batalla con su madre. Está impaciente, se le nota en cómo le brillan los ojos. Dais un paseo por las partes menos concurridas del barrio; ninguno de los dos quiere que se sepa, aunque no hayáis hablado al respecto. Camináis cogidos de la mano, en la otra llevas la bolsa. Cuando se emociona, te suelta y al poco vuelve a anudar sus dedos entre los tuyos, eso te excita; pierdes el hilo pensando en la delicia de que se separen, porque no sabes cuándo ella tomará la iniciativa, de la que tú eres incapaz, de volver a enredarlos. La felicidad absoluta. Te gusta su prisa por besarte y escapar cuando llega la hora, cerca de su portal, siempre bajo el acecho de miradas que no convienen. Te gusta su prisa, también porque te protege; porque mientras ella decida no tienes más que dejarte llevar de un puerto seguro a otro.

Caminas con el amor que derrama desde la altura del cielo por las fachadas de los edificios su naturaleza invisible y se te cuela como un ser que

busca ocultarse. Lo guardas dentro, más poderoso que tú, más frágil; la alegría secreta.

Os reunís en casa de Román, una fiesta privada. Joaquín ha llevado una película porno; Gonzi se parte de risa, ya viene fumado; Asensio y Román parecen tranquilos. Ha pasado media hora y están los cuatro de cerveza hasta arriba, tú no llegas a tanto, pero te diviertes. Entonces, ¿lo ponemos o qué?, pregunta Gonzi. Pues claro, ¿qué esperas? Si es por mi madre, no te preocupes, aclara Román. Es una bestialidad, os lo juro. ¿Tú ya la has visto?, se interesa Asensio. Me he reservado para vosotros. Mentiroso. Bueno, un poco. Se echan a reír; tú, lo mismo. Te interroga Joaquín: ¿tienes problema? No, mientes. Este es muy católico, se entromete Román, le estoy haciendo leer a Nietzsche a ver si lo espabilo. Los curas le han lavado el cerebro, apunta Asensio, y tú le das un golpe en el cogote. Eso no se cura con filosofías, necesita más cine, bromea Joaquín. Ríen todos; detectas cierta crueldad, temes un poco convertirte en la diana de su atención. Bueno, ¿lo pones o no?, pide Gonzi.

No quieres mirar, buscas alguna excusa, vas al baño, regresas; Asensio gasta una ironía que los demás no siguen, pendientes de lo que ven. Observas a tus compañeros, Román no despega los ojos, toma su jarra y bebe un trago. Han hecho varios comentarios al principio; ahora, en cambio, solo se escuchan los gemidos de la pantalla y cada cual se abstrae en su mundo. Joaquín es el único que, de vez en cuando, comenta un detalle, algún otro le responde y se callan. Tú no abres la boca; el psicólogo del colegio te adjudicó una personalidad con un extraordinario autodominio. Quizás por eso sabes que nada puede doblegarte. Miras de frente el televisor y tratas de no atender, sientes asco, eliminas el deseo para interpretar un juego de objetos y superficies, a veces lo consigues; te quedas al margen. Todo te parece burdo. Ni siquiera sabes hasta qué punto tus amigos disfrutan o es solo un límite más que traspasar. Crees que te observan, que hubieran decidido poner esa película solo para probarte. Ahora hay un cambio en el guion y Joaquín detiene las imágenes. Bueno, ya os vale –nadie protesta–, ¿habéis visto el vídeo de los chavales que se tiran desde un balcón?

Quedan seis días para Navidad. El domingo, a la salida de misa, Mariví te espera a buena distancia de la entrada; te despides de tus padres y hermanos para reunirte con ella. Te conduce a un rincón del parque; el abrazo es mucho más largo que de costumbre; casi no habláis; te besa, te acaricia la nuca, los hombros; un trazo de aire te recorre la espalda. Recoge tu mano derecha y la pone en su pecho, te sobresaltas; su mano hace presión sobre la tuya. ¿Qué te pasa?, le dices. Nada, ¿no te gusta?, te ha preguntado. Sí, claro, le dices. ¿Te molesta?, insiste en saber y se aparta. No, le respondes, aunque no la atraes hacia ti. Ella acaso lo deseaba. ¿La has decepcionado? ¿Debes reaccionar de otra manera? No has resuelto tus dudas cuando te lleva de nuevo hacia sí, te besa, se une; nunca había sido tan exigente. La besas y solo

sientes su fuerza, su cuerpo, su olor; también tu alegría, tu emoción, tu deseo: forman una unidad. Ella te quiere y no hay más explicación. Eres lo querido de su ímpetu. Su asalto te sorprende al mismo tiempo que te dirige. Procuras no defraudarla. No sabes hasta dónde te arrastrará. Permanecéis todo el tiempo de pie, cerca de un árbol que os cubre, ni siquiera podéis sentaros. Tu cabeza piensa todo eso a la vez que no deseas más que sentir lo que te está pasando, lo que ella manda. Ha habido un trance como un túnel en que tus labios y tu cuerpo no han quedado quietos; te has entregado y ha dejado de importarte qué sucede. Cuando ella se frena, te frena. Todo vuelve a la realidad en un momento. Te mira a los ojos, como calibrando tus emociones y por ellos confiesas: me ha gustado, te amo, soy tuyo, eres mía. Ella dice: este miércoles mis padres no están en casa, van a comprar regalos; quiero que vengas. A las seis; te llamaré, ¿vale? Has memorizado todo, te quedas callado, con la imagen ya estás allí, sentado a su lado en el sofá. ¿Quieres?, pregunta. Sí, respondes. No sabes qué más hacer o decir. Bueno, afirma, tengo que marcharme. Yo también, hoy comemos con mis abuelos, me están esperando. Y te parece que esa explicación no venía a cuento; te ves torpe pero ya no hay manera de arreglarlo; sin embargo, a ella no le importa porque dice: Te quiero. Tú contestas lo mismo. Ya está. No sabes si despedirte con un beso, pero ¿cómo? Ella se retira sin dejar de sujetarte la mano y luego se desanuda, da pasos hacia atrás y hace volar un instante esa misma mano para decirte adiós. Copias su gesto. Le echas un beso sobre la palma y soplas, al instante te parece mortalmente cursi. Ella sonríe. Adiós. Adiós, Mariví. Das media vuelta y sientes ganas de salir corriendo, no lo haces porque temes que te observe. Cuando te vuelves a unos cien metros, ella está lejos y se pierde doblando la esquina.

En esos días te han dado las calificaciones, bastante buenas; sales con Román y Joaquín a dar una vuelta por el centro. Os burláis de la gente que gasta lo que no tiene, de los papanoeles barrigones y decadentes que han sembrado por la ciudad, de la musiquita dulzarrona que se proyecta casi desde cualquier parte… La gente se vuelve loca, dice Román. ¡Es Navidad! ¡Amor, hermandad, tarjetas de crédito!, exclama Joaquín teatral. Eso no es Navidad, dices tú, y tu comentario suena sombrío, ¿eres sombrío? ¿Eres siempre un aguafiestas? ¿Eso no es Navidad?, ¿y entonces qué es? A la gente le da igual todo, a lo mejor sirve para que le echen una moneda a un pobre: ya está Román aprovechando la menor ocasión para pincharte. El resto del año, que se pudra, pero en estos días la gente se ablanda, continúa Joaquín. El espíritu navideño, algo es algo, remata. Además, que Jesús no nació el veinticinco de diciembre, es un invento de los curas, engañando como siempre. La Navidad no tiene nada que ver con este circo, te has arriesgado a decir al fin, y lo sabéis. Los dos se conchaban en tu contra, ríen, chocan las manos, se callan, vuelven a reír. Pasa un rato hasta que puedes unirte a ellos; siempre te ocurre igual: quieres estar y no puedes, puedes estar y no quieres. Acabas molesto y

herido algunas veces como si te hubieran expulsado del círculo.

Es la época del amor, voy a llamar a Cris a ver si este fin de año cae. Nuevas risas. Cristina ya te dijo que pasaba de ti, Román, te ha borrado de su lista. No me desanimo, quien la sigue la consigue. ¿Y tú a quién vas a llamar? Este no llama, este va a la misa del gallo y después a su casa a ponerse hasta arriba de polvorones. Déjame en paz ya, pesado. No, en serio, ¿cómo era la chica esa del Calasancio? ¿Justina? Nuevas risas. Que te hacen reír también a ti. Juana de Arco, si te parece, replicas. Ahora veis cruzar a unas chicas muy maquilladas y con minis. Esto sirve para que se olviden de ti y los comentarios desaparezcan. Luego el tema serán unas zapatillas que Joaquín espera de regalo por sus notas. Entras en el asunto como puedes; en realidad, te sientes lejano porque les ocultas lo más importante. Son amigos, aunque no para todo. Piensas que no podrían entenderte o no quieres que te entiendan. ¿Cómo vas a contarles que te has citado con ella en su casa? A veces se te olvida; a veces te abrasa la inminencia. Tus padres y tu hermano son ruido de fondo. La tele propaga ideas absurdas. No llevas un diario; por esta vez, lamentas no haber empezado uno. Te cuesta dormir. El reloj es ese bicho luminiscente testigo de tu vida real. ¡Ah, sí! Las zapatillas.

Ya es el miércoles. Has tenido que poner una excusa a tus padres. De pronto, comprendes que es necesario llegar con algún detalle, sacas dinero del cajón y recuerdas dónde está la floristería. No sabes comprarlas, fuera de rosas y geranios, desconoces los nombres. Así que pides dos rosas. La mujer de la tienda te dice que mejor una, o tres. Tres, una solo te parece algo miserable. Caminas hacia su barrio, pegado al tuyo. Te sobresalta su mensaje. Estoy sola ya, te anuncia. La palabra «sola»… Y un corazón rojo.

Eres precavido igual que ella; observas el portal de su casa, te aseguras de que no entra ni sale nadie. Ha habido suerte. Aunque, piensas, nadie me conoce; ¿habrá más chicas con pareja en este edificio? Subes por las escaleras porque necesitas ese tiempo para que el corazón se te aquiete un poco. Estás muy excitado y te cubres con las flores, ¿por qué te cuesta tanto emplear ciertas palabras?, tienes que hacer lo imposible por que no se dé cuenta. Te plantas delante de su puerta, respiras hondo. Lo que es inesperado, te asaltan ganas de llorar, y de huir, y de que todo pase rápido, de que te abrace y te dirija, pero que no te obligue a hacer nada que no desees. Después de la tormenta, en medio de la tormenta, le das al timbre. Transcurre medio minuto. Vuelves a llamar y ella abre.

Sonríe, viste una camiseta y un pantalón corto. Se ha quitado el sujetador. Sus labios y su cabello se te acercan antes de que puedas enseñarle las flores. Os tropezáis, le descubres el manojo de rosas y se las entregas. Las ha levantado, las huele y su sonrisa es la más maravillosa de toda su vida. Qué bonitas son, dice, gracias. Para ti, contestas y comprendes que es una tontería. Ella cierra, te roza cuando pasa; tú miras al suelo y caminas detrás, eres el bobo que trastabilla, un cordero y al mismo tiempo un héroe. Has llegado al

centro de la sala, cuando te das cuenta de que se ha detenido y está enfrente de ti, acerca su rostro y os besáis. Te pones muy nervioso, sin embargo, has previsto relajarte, te olvidas. Cuando lo decide, interrumpe los besos. Te quiero, la escuchas decir; hace un gesto rápido para dejar el ramito en la mesa y te conduce de la mano hasta el sofá. ¿Quieres tomar algo?, pregunta. No, le respondes, no sé. No sabes qué es lo adecuado ahora. Ella no ha esperado casi la respuesta, está junto a ti y por primera vez en tu vida entiendes qué es el cuerpo de una mujer. Te aprisiona los dedos, los labios, la cabeza; no sientes tus propias manos y sí, en cambio, las suyas. Otra vez el miedo; otra vez la duda de dónde empiezan sus caricias y dónde acaban tus brazos, tu espalda y tu nuca. Bésame, abrázame, te pide; te quiero. Y obedeces lo mejor que eres capaz. Está sucediendo lo tan esperado, lo que imaginabas de un modo abstracto, negándote a visualizar detalles; lo que tenía que llegar ocurre con la fuerza misma del mito y la sencillez de los cuerpos. ¿Te gusta?, pregunta como si realmente pudiera entrar en tu cabeza y leer tus pensamientos. ¡Sí!, jadeas. Te besa, su boca en la tuya; consigues desdoblarte por un momento; ves su ansia, su deseo. Se vuelve de pronto un ser extraño que busca algo de ti, percibes la dimensión exacta de su violencia, sientes que eres su objeto y te arrebata. Los besos se vuelven rabiosos. Tócame, te pide. Te saca de tu ensimismamiento, ¿cómo puedo distraerme en una situación así?, te reprochas, eres un imbécil; le ofreces las manos; le acaricias el pecho, haces círculos, buscas la manera de estimularla, te atreves a pellizcarla delicadamente, escuchas su gemido y sabes que has acertado. De pronto se detiene y toda la pasión frena con ella. Cesa de moverse y de suspirar. Ves que está conteniéndose, ves los cuatro corceles piafando en el borde. Te mira a los ojos para no ser mentida. ¿De verdad te gusta?, te interroga una vez más, ¿quieres seguir? Cómo detenerte para explicarle lo que estás sintiendo, pensando, descubriendo; para contarle quién eres y el encuentro de un hombre con una mujer que habías imaginado, te das cuenta de que son reflexiones tan genéricas y diferentes a lo que de verdad ocurre entre ella y tú. Necesitarías veinte minutos, una hora para hablarle de lo que te abrasa. Lo arruinarías todo. Su mirada encendida, su boca abierta, adonde ha llegado; comprendes que se entrega, que también ella ha recorrido un camino hasta abrirte su puerta. Crecen tu alegría, tu gratitud. Nunca sospechaste que sería tan fácil y tan regalado, anegarte en su nombre, Mariví, y reconocer lo real: te amo. Ella se lanza con una furia desconocida, te cubre con sus besos y te sumerge.

Regresas a casa. Caminas por el medio de la calzada de una calle oscura que asciende. Pasado mañana es Navidad. Miras a lo alto preguntándote si Dios va a asomarse a la noche y dispensarte su bendición. Te detienes y contemplas el cielo impenetrable. Haces visera contra la iluminación de una farola, se adivina una estrella, allí está, brillando un poco. Echas a andar de nuevo y la felicidad se agita por tus piernas. Todo se ha transformado. El esplendor de la realidad te deslumbra. El ser interior te llena

de gozo. Percibes el amor surgiendo desde dentro, tan inmediato que se deja reconocer. No soportas el caudal de emociones que te colma. Estás llorando y riendo. Te sientes el ser humano más afortunado y el más minúsculo sobre la tierra. Eres el destino de una revelación: lo que hace del mundo un lugar habitable y perfecto. Tus proyectos se han vuelto gigantes: jugar al baloncesto, triunfar en los estudios, realizar una carrera. Y al mismo tiempo no te reconoces sino como un chico perdido, un granito en el cosmos. Ahora sabes que no necesitas nada. Es un regalo divino, ¿no lo vas a apurar? Te acompaña la alegría, resuenan tus pies sobre el pavimento, quieres gritar de júbilo: el próximo jueves sus padres vuelven a faltar y ella te ha invitado.

V. Credo

V. Credo

Cristo y el Nazareno

Jesús procede de Nazaret. La trasposición del lugar de nacimiento a Belén es fruto de la fantasía y la especulación religiosas: como el mesías debía nacer en Belén según las escrituras, Mateo 2 y Lucas 2 desplazan allí el nacimiento de Jesús.
Jesús nació durante el reinado del emperador Augusto. No hay referencias seguras del año exacto… a tenor de los datos de Josefo, antes de la primavera del año 4 a. C.
Gerd Theissen y Annette Merz, El Jesús histórico

En el año 4 a. C., Jesús nació en Nazaret, una aldea tan insignificante y pobre que ningún geógrafo de la Antigüedad la cita en sus recuentos. Felicitaron a sus padres por el nuevo hijo. Cuatro años más tarde, un 25 de diciembre, festividad del Sol Invicto, nació Cristo, el unigénito, en una cueva en Belén. Ángeles portentosos descendidos entonces lo anunciaron a los humildes pastores que dormían al raso para que se levantasen y acudieran hasta allí, el lugar que se había encargado de señalar una estrella de cola más o menos inmóvil. Estos obedecieron cargados de regalos: miel, lana, hatos de leña, algunos juguetitos adquiridos *ad hoc*, un peluche, un sonajero, un detalle; los más desafortunados se dirigían sin nada en el zurrón, pisando la nieve del camino a ofrecer su mera presencia o el sonido ronco de su tambor.

Jesús trabajó como su padre, obrero no cualificado, en la albañilería, manejando la madera, el yeso y el adobe; especialista en todo, maestro por la habilidad para ganarse la vida, pasó sus primeros años deambulando por los pueblos de Galilea que conocería bien. Por su parte, Cristo con tan solo doce años dio unas lecciones magistrales a los clérigos en el mismísimo templo de Jerusalén, reprendió a sus padres por ignorar que estaba destinado a una misión trascendental y no dejó de crecer lleno de una sabiduría que se notaba en los destellos de oro de sus intuiciones y su cabello. El chico prometía como un superdotado, conque recibió la formación más exigente en un colegio internacional. A imagen de la Sagrada Familia, las buenas gentes cristianas escogen también hoy instituciones educativas que acreditan su excelencia, donde el inglés y la informática no riñen con la urbanidad y el espíritu de sacrificio, antes bien los complementan en aras de un futuro de éxitos.

No sabemos qué incertidumbre, qué insatisfacciones, que necesidad herían a Jesús para que, al igual que muchos a quienes atormentaba la culpa, acudiera a la llamada al desierto de un tal Juan, un solitario profeta de calamidades y excéntrico como pocos; un hombre que, además, abominaba del *establishment* religioso, político, cultural y mediático, que sería condenado por su intolerancia con los desmanes de su rey y, no obstante, prometía a los ciudadanos comunes la posibilidad de empezar a vivir de nuevo. También Cristo se bautizó en el Jordán para demostrar que no lo necesitaba; y una

paloma blanca, considerada y cuidadosa, vino a asegurar a todos los presentes que aquel joven de túnica brillante era El Elegido. Una paloma que es signo de verdad, como bien se sabe, de la misma manera que un gato negro atrae la mala suerte.

Los investigadores confirman que Jesús, llamado el Nazareno por su origen, mantuvo relaciones con el círculo del Bautista, de donde provendrían varios de sus compañeros. Y que, en algún momento, se separó de él porque sintió que debía tomar su propia iniciativa. No veía la solución al mal en asustar a los réprobos con crueles castigos, ya fueran en esta vida o en otra, como hacía Juan repitiendo las milenarias amenazas de los profetas de Israel, quienes transmitieron por su boca las maldiciones de un dios intransigente. Si los escarmientos nunca habían servido de nada con el terco género humano, ¿por qué habría de tener él mejor suerte? Dios no era un censor, sino un padre. Convencido de que vivir como hermanos era la solución definitiva al sufrimiento, corrió a difundir la feliz noticia por los pueblecitos de Galilea.

Nuestro sacerdote, micrófono en mano, saludable y prolífico, camina hoy por entre los bancos de la iglesia repitiéndonos esa antiquísima máxima estoica, cristiana y sabia que ha aprendido en el texto sagrado y en los libros de teología moral: el hombre es incorregible, somos una raza de pecadores; reconozcamos nuestras culpas. La mediocridad, el egoísmo y la lascivia nos matan; y la peor de las tentaciones nos condena: creer que ya estamos salvados. A su paso arrastra nuestras miradas feligresas cuando nos muestra el pesebre… por eso bajó Él una noche santa en forma de niño para poner remedio… Silencio. Unos meses después señalará la cruz: lo matamos entre todos.

La maldad no se resolvía con castigos. El Nazareno se acercaba a los enfermos y los curaba (de problemas mentales en su mayor medida –soledad, estrés, histerismo, agotamiento–, lo que tampoco le quita mérito; aunque se corrió la voz de otras increíbles: ceguera, hemorragias, alguna hemiplejia…). Trataba con los pobres, los inmigrantes sin papeles, los parados, los desahuciados de sus hogares por los fondos de inversión, la banca y sus alcaldes; conversaba con las viejas y la chavalería. Incluso se mezclaba con mujeres de mala vida y la clase de tipos que ya no se ahorcan ni se les aplica la prisión perpetua revisable por no gastar. Los escuchaba. Los confortaba. Bromeaba con esa gentuza como si tal cosa. Incluso se tomaba con ellos las copas y el aperitivo después del trabajo.

Mis amigos de izquierdas se preguntan de qué vale su estrategia; resolver un caso, dos casos de personas necesitadas… por más que ayude a esos desgraciados, resulta contraproducente; sin un cambio global no son más que parches en un sistema injusto. Y ya se sabe que cuanto peor, mejor; hasta que explote.

Cristo fue contratado en varias academias de *coaching*. Dio clases –que se encuentran abundantemente en YouTube–, dictó conferencias y

publicó algunos libros que tuvieron muy buena acogida; incluso disfrutó de su minuto en televisión, después de los deportes. Le dejaron explicarse: ¿quieres ser feliz? He aquí un método sencillo: Conócete a ti mismo, mejora tus relaciones con los demás, cree en Dios, saca lo bueno que hay en tu interior, eres una persona maravillosa. Los presbíteros multiplicaron el efecto de su mensaje: olvida el misterio del mal, déjaselo al Altísimo y vamos a ocuparnos de lo que sí está en nuestra mano: seamos amables con nuestros semejantes, haz las paces con ese familiar con el que has discutido, con ese compañero de trabajo al que no hablas, saluda al vecino con quien tuviste un desencuentro. Propongámonos pasar más tiempo con nuestra mujer, atendamos a nuestros hijos, que nos necesitan; visitemos a algún enfermo, demos limosna; tengamos un acto de caridad como Cristo nos enseña. Un gran cambio empieza siempre colocando una pequeña flor en la vida de los demás.

Cristo se convirtió en un modelo, enseñó la ley del amor: no le hagas al otro lo que no quieras para ti, perdona a tu prójimo, no seas arrogante sino humilde. Se corrió la voz entre sus seguidores de que podía caminar sobre las aguas, transfigurarse, ordenar a una legión de demonios que se introdujera en una piara y desbarrancarlos. Su gloria y su poder, sin embargo, no quería imponerlos por métodos espectaculares; prefería tocar el corazón de cada uno y amonestarlo en secreto. Cuidado, no se te apague la luz de la verdad; ándate con ojo, invierte tus talentos en buenas obras; y atención: no olvides tus deberes para con la Iglesia, vota al partido que defiende los derechos de Dios y los principios cristianos… Hablaba con suavidad, como un hermano mayor, siempre por el bien de nuestras almas. El Nazareno, en cambio, era más brusco; parecía que le encantaba discutir, tuvo broncas en las que a poco no llegan a las manos, se lio a hostias (perdón) con unos comerciantes, llamó putrefactos a los más beatos, tachó a gente honrada de hipócritas, escribía en un fanzine proclamas incendiarias, alentaba a la huelga, casi lo linchan en su propio pueblo y no hacía caso ni de su familia. Hasta tuvo varios enfrentamientos con sus amigos, que casi lo dejan tirado. Se intuía que la cosa acabaría mal.

¿Y por qué en ese accidente han muerto esas personas y no otras? ¿Es que se lo merecían?, les preguntaron a ambos. Han muerto por falta de medidas de seguridad, por su escasa capacitación, por la precariedad laboral… empezó a responder uno de ellos (en arameo). En tanto el otro, en perfecto castellano, replicó: me alegra que me hagas esa pregunta. Al final de la vida hay un premio o un castigo, que te conste, ¡y qué poco se habla de esto hoy en día! Tú no te fíes, que hasta el último pelo de tu cabeza está contado. El grave asunto del destino: «¿por qué a mí?, ¿por qué a mí?», se halla profundamente escondido en el seno de Quien ya ha pensado la historia entera aun por indescifrables caminos.

En algo coincidían: su predicación del amor. Diríamos que era un principio de acuerdo; y, sin embargo, ay, el diablo de los matices…

El amor a quién no le gusta; pero la vida es como es, no nos engañemos. Hay que esforzarse para triunfar; al que algo quiere, algo le cuesta; se aprende sufriendo; debemos soportar con paciencia los dolores que nos vienen: una enfermedad, el desempleo, un marido egoísta. Por otro lado, siempre habrá pobres, así funciona el mundo, y no se puede llegar a todos; conque no nos culpes a los demás de tus desgracias: no haber pedido prestado, no haber cruzado el mar en una embarcación de juguete, no haberte escondido en los bajos de ese camión, no haber nacido en un país subdesarrollado. Si hubieras estudiado cuando se te dijo en lugar de perder el tiempo, si hubieras ahorrado para después, si no te hubieras metido en jaleos que no te incumbían… Haberlo pensado mejor, haberlo pensado antes, haberlo pensado dos veces, que los errores se pagan. También es verdad, hay gente que nace sin suerte. Qué le vamos a hacer.

El otro, en cambio, no diré que venía con alguna veleidad demagógica por lo simplista, pero casi: dais de comer al pobre: sois mis ovejas queridas; no dais, sois cabras para el matadero; y punto.

En una ocasión, se encontraron los dos: el Nazareno, algo mayor como sabemos, quizá más castigado de viajes y penurias, las jornadas de trabajo de once horas, la comida escasa, las broncas que se han referido, los disgustos… se cruzó con un Cristo radiante, excelente persona sin ápice de maldad, más bueno que el pan, lleno de amor y una vida que ofrecer, siempre al resguardo de las familias cristianas.

–Habrá un Reino en la Tierra que ya está viniendo –anunciaba Jesús el Nazareno;

–Y un Reino en el Cielo, definitivo –matizó Cristo.

–Estas son las señales de la liberación: los ciegos ven, los cojos andan, a los pobres se les anuncia la felicidad.

–Ya, pero no solo de pan vive el hombre.

–Se necesita algo más para hacer un bocadillo. La alegría de un padre es que sus hijos vivan.

–Hay almas miserables que se obcecan en la perdición, y las hay que son infelices aunque naden en la abundancia.

–Sabéis que los poderosos del mundo tiranizan al pueblo.

–Pero cada cual es responsable de su propia vida, no valen excusas.

Según testimonio unánime de los evangelios sinópticos, los dos se enfrentaron a sendas crisis de identidad y se atrevieron con la pregunta más difícil: ¿Quién soy yo? *Who am I?* El cura nos lo repite: ¿quién es El Hijo de Dios para vosotros? Y no se da cuenta de que ya ha respondido, como en lo del caballo blanco… a no ser que las palabras no signifiquen nada, de tanto oírlas.

Cada cual habló de Dios; uno lo llamaba Papá; el otro, Juez supremo; uno, el Misericordioso; su compañero, el Eterno. Discípulos de ambos les preguntaron cómo debían orar. Pero también en ello diferían:

Jesús dijo:

Cristo les enseñó:
Habladle así a vuestro Padre:
Rezad a Dios de esta manera:
Padre nuestro…
Padre que estás en el cielo…
Venga a nosotros tu reino…
Santificado sea tu nombre…
Danos hoy nuestro pan de cada día…
Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo…
Que nosotros perdonemos a los que nos ofenden…
Perdona nuestras ofensas…
Y líbranos del mal.
No nos dejes caer en la tentación.

Un año y medio pasaron recorriendo Palestina –hasta tres como mucho, indican los estudiosos–, desde que se dieron a conocer al pueblo hasta que los ajusticiaron. En esto los datos son incuestionables: los latigazos, un casco de espinas, la cruz, los clavos, los brazos extendidos, alzarse arriba y abajo para respirar, la asfixia, el dolor, la agonía lenta, una hora, dos horas, más tiempo insufrible de ver. Jesús y Cristo padecieron uno al lado del otro; habían reunido varios patíbulos en el Gólgota, un montecillo bajo a las afueras de la capital, para ahorrarse gestiones y espacio. Al llegar la última hora, Jesús increpó al Padre, desesperado, o acaso recordaba una oración de auxilio que empieza con palabras brutales y cuyos últimos versos terminan en paz; Cristo, más sereno, alzó los ojos piadosos, invocó a Dios y se confió a sus manos. De un modo u otro, el final resultó idéntico: un cuerpo joven destrozado en lo mejor de su vida; sus sueños, arrancados de cuajo; sus amigos, perdidos; la soledad de los últimos momentos; el misterio de la extinción de un hombre; y luego ese pedazo de materia colgada, desagradable, que es preciso retirar de donde está porque el cuerpo ya no se mueve. Es decir, la muerte. Un viernes hacia las tres de la tarde, según se ha transmitido.

Cristo el Mesías tuvo que morir porque el hombre se enemistó con su Creador en su mismo origen y contra pronóstico por lo bien que estaba pensado todo a causa de una prohibición de nada que no supieron acatar nuestros primeros padres lo que corrompió a toda la especie ya que su pecado se heredó condenando así al género humano entero total y definitivamente por supuesto que Dios podía haber perdonado sin más pero de esa manera se manifestaría su amor no su justicia así que para obtener la redención debía sacrificarse a alguien como expiación ahora bien no podía tratarse de uno cualquiera dada la gravedad absoluta del delito puesto que el ofendido era Dios mismo de tal suerte ¿verdad? que solo al Padre le correspondía proponer

la víctima y esta no podía ser sino Su Propio Hijo que comparte su naturaleza divina pobrecito al que hizo nacer para que a continuación lo mataran de modo que por su sacrificio la deuda quedó saldada el Todopoderoso satisfecho y el hombre libre de pecado y rescatado aunque no por completo pues todavía se la juega en esta miserable vida que si lo piensas bien son unos pocos años de peregrinaje por este valle de lágrimas unas trazas una hojita que se lleva el viento antes de la eternidad el tiempo sin fin el juicio la recompensa o…

Nada de eso, Jesús el Nazareno murió porque en lugar de desistir de su proyecto loco, anduvo tocando los hue… a quienes no debía.

¡Y Dios resucitó a Cristo! ¡Cristo vive! Al tercer día ya estuvo resuelto el drama de la humanidad. Alegría, alegría, alegría, cantan los ángeles *in excelsis* y en la tierra se hacen eco los hombres de buen comportamiento. La gran amargura ha sido vencida, ¿dónde está, muerte, tu victoria? Desaparece, patético espantajo. Se han abierto las puertas del cielo para los que creen en el Omnipotente, los que confiesan a su Hijo por la fuerza del Espíritu (sin olvidar que han recibido el bautismo, llave de la Iglesia) y lo aman.

El Nazareno no resucitó tan rápido. Los ángeles del sepulcro pasaron de largo sin detenerse. La roca continuó en el mismo sitio para cerrar la cueva (como muestra la iconografía) y él se quedó sintiendo en sus miembros descarnados el peso de los tiempos, de la historia ciclópea que ejerce su presión lenta e implacable sin agotarse jamás. Por alguna razón no le resultaba tan sencillo ponerse de pie, o elevarse, o descender un momento a los infiernos para tomar impulso. De modo que sus discípulos, ya escépticos de por sí, aunque obstinados (lo digo en su favor), hubieron de empezar en su ausencia. Y él lloraba, cómo no; gruesas lágrimas salían de sus cuencas vacías corriendo por sus mejillas de cuero reseco y negro. Lloraba. Se acordaba de las viudas, de los presos, de la chiquillería insoportable, de los hambrientos, de los que no pueden pagar la luz, de los que sufren los recortes presupuestarios, de los desasistidos por las instituciones públicas y de tantísimo enfermo ilegal sin cartilla sanitaria ni nada. Siempre jodiendo con que tiene derechos esta chusma. No haber venido.

A Cristo no se puede decir que le fuera mal. Para ensalzarlo se le dedicaron monumentos, templos, ritos, recordatorios, libros de ensayo y novelas, canciones, musicales y hasta homenajes sin fin de papas, dictadores, premios Nobel de la paz, genocidas, animales políticos, simples funcionarios de toda laya. Quedó bien colocado en la Historia como el fiel de una balanza, erigido en su centro y nada menos que sosteniendo Occidente al lado de Aristóteles y el *Pandectas*. Retratos suyos se multiplicaron por todas las estancias en la era de la reproductibilidad técnica (incluso mucho antes). Ha sido alabado como Origen de la cultura triunfante, del concepto de persona, del monoteísmo más complejo y hasta del espíritu científico que convierte la creación en un objeto; lo proclaman Fundamento último de la ética, de la

Declaración Universal de los Derechos Humanos en sus dos versiones; lo llaman Corazón de Europa y de la bella Francia, la docta Alemania, la fiel España; y también de la energía invencible de Norteamérica. Cierto que no han faltado episodios oscuros entre sus seguidores, mas el balance es positivo. Por otro lado, si la fe cristiana no, entonces ¿qué?, ¿el budismo?, ¿lo decís en serio? ¿O pensáis en los conciertos, en el fútbol o el sexo como alternativa para dotar a la vida de sentido? Insensatos, de todo se cansa uno y a la vejez no se llega ni con las piernas ni con el oído intactos, no digamos con lo otro. Cristo inspira la idea cervical de nuestra civilización y sus aliados: la vida humana avanza siguiendo un tortuoso camino hacia el final feliz; de esa convicción vivimos; la repiten en las escuelas, en las películas, en la propaganda, en los discursos y en el lecho de muerte. Y, en su nombre, la Iglesia, que no es una ONG, instituida para no tocarse y salvar el alma.

Al Nazareno se le ve de vez en cuando, no se puede decir que no exista. De ninguna manera amargado; lúcido en sus cosas; siempre apasionado, siempre activo. Sigue igual con su misma gente; la mitad, unos pobrecillos y la otra, tan correosos como él. Una vez me lo encontré por la calle y le dije que a su primo le iba estupendamente. No parecía tan de acuerdo y creo que hasta se molestó un poco. Las grandes potestades que llenan el papel cuché al final pasan de moda, contestó. De ti también hablan, le repliqué. ¡Ah!, ¿sí?, me pareció que se interesaba. Sí, pero dicen que las utopías se han acabado y soñar lo imposible produce melancolía. Me escuchó, se quedó callado un momento y repuso: por eso aprecio la sonrisa que resiste en los melancólicos.

VI. Sequentia:
No descansan

VI. Sequentia.
No descansan

Dies irae. Caída y levitación

Como cae un árbol que dicen que cayó el Principito cae un mendigo en Madrid sobre el lomo de un banco en la calle o sobre la superficie dura de los soportes que apenas dejan sentarse en las estaciones del metropolitano. Hasta retiraron aquellos bancos que los turistas no deben usar en sus caminatas comerciales y quitaron también los soportes y hasta los muretes de piedra de la salida de Barajas y toda superficie que pueda ayudar a consolar o reponerse a un cuerpo humano con el fin de que absolutamente nadie absolutamente nunca descanse bajo ningún concepto y por nada del mundo en ningún sitio. Entonces ocurrió que los mendigos, en lugar de caerse como un árbol, se inclinaban y ocurrió que, en lugar de tocar el suelo, una fuerza asistente, como es lógico invisible, los levantaba y los colocaba en un margen de levitación a no más de un metro y medio o dos de altura.

Días después, o meses, luego de aquello en todo caso, cuando los que limpian la ciudad volvieron a rociarlos de gasolina mientras duermen o no –solo vigilando dentro de sus borracheras–, y cuando volvieron a abrir sus mecheros infalibles, se los veía ascender como globos aerostáticos, en llamas, o sin llamas y a salvo, hacia el cielo, hacia ninguna parte o hacia la salvación de la estratosfera.

Tuba mirum. Un sonido admirable

Un sonido admirable de trompeta declararon haber escuchado algunos testigos según registran los periódicos ingleses de 1916; aunque no todos, dado que en aquel entonces apenas se leían otras noticias que de la Gran Guerra. Antes de eso, cuentan, un fortísimo viento asoló durante dos (o tres) largos días la comarca de Swerton en la región de South East, no muy lejos de Londres. El viento se proyectaba únicamente sobre sus cementerios que, conforme el conteo que he podido hacer, no eran más que cuatro. Por efecto del vendaval se resquebrajaron y rompieron los panteones, cayeron las paredes de los nichos, se pulverizaron incluso los túmulos. Jamás se había visto y no volverá a verse una intención huracanada como aquella. Los vecinos del lugar debieron haber desconfiado, pero aquella guerra colosal quizá los había acostumbrado a toda clase de calamidades y prodigios. De modo que, si bien observaron el hecho como algo insólito, no provocó en ellos otra reacción que un ejercicio de paciencia y la espera de nuevos acontecimientos. Consta que los pocos que osaron acercarse durante esos días a los camposantos fueron repelidos por chorros de viento que parecían sólidos de tanta intensidad. Las tumbas quedaron al descubierto sin que nadie pudiera evitarlo. El ventarrón venía entreverado con el sonar de una inconcebible trompeta que entregaba una melodía de solo cuatro notas: sol, la, fa, mi, alternando tonos y figuras en variación constante. A ratos estruendosa, a ratos tenue, se mantuvo invariable al decir de la crónica y, al cabo, tan impredecible como había comenzado, cesó. Una mujer que se encontraba cepillando el lomo de su caballo de carga declaró haber visto en el cielo gris de noviembre el brillo de un disco que hizo varios giros como de los anillos olímpicos antes de extinguirse en la altura. Aquel sería el único testimonio que después serviría de explicación al hecho.

Lo que ocurrió a continuación no puede suscitar sino el asombro o el escepticismo. Si puedo afirmarlo como real se debe a lo que presentaré más abajo, caso de que tengan la paciencia de continuar leyendo. Un grupo de quince personas, ocho mujeres y siete hombres, los que habían fallecido hacía menos tiempo en los pueblos de la región, alzaron sus brazos y terminaron de romper sus ataúdes ya menoscabados por el viento musical, se incorporaron y, devueltos a alguna clase de vida, regresaron cada cual a su casa. Caminaban despacio, se movían con lentitud; miraban sin necesidad de pestañear; sus rostros no hacían gestos ni de gozo ni de pena, ni siquiera de sorpresa, tal que si volviesen a sus hogares después de cumplir un recado o dar un paseo. Quienes los vieron recorrer las calles no daban crédito, pero esas presencias eran indiscutibles: los fallecidos habían revivido y se exponían a las miradas de todos. No cabía llevarse a engaños, estaba sucediendo. Cuando llegaron a sus casas, golpearon en el marco de las puertas y esperaron a que les abriesen o se quedaron sentados allí mismo. Los familiares los recibieron, como es natural, con espanto, luego atónitos y, enseguida, despejadas las dudas sobre

su identidad y el hecho mismo de su reaparición, con una alegría indescriptible. El padre, la madre, el abuelo, la hermana, la tía… habían regresado. Cómo era esto posible, qué lo había producido, nadie podía entenderlo; pero ¿es que no otra cosa, sino que se mantuvieran vivos era lo que habían suplicado al cielo?, ¿no otra cosa les había provocado un dolor, en algunos casos, hasta la desesperación? ¡Cómo no celebrar y agradecer un acontecimiento así! Sus cuerpos no traían las huellas de la descomposición de la muerte, se mostraban sanos, liberados incluso de las trazas de la enfermedad o del accidente que los había matado. Sus familiares vencieron sus reparos y los abrazaron, los besaron, les hicieron pasar, sentarse, los acogieron en sus hogares. Estaban fríos; les ofrecieron té, bizcocho. Esperaban acaso una reacción de felicidad por su parte, su semblante apagado los desconcertaba; lo atribuirían a la dificultad para verse de nuevo entre los vivos, pues tampoco ellos sabían dar razón de su regreso. Se habían levantado sin otra idea que reincorporarse al lugar al que habían pertenecido, y allí estaban.

Cada caso ofrecía aspectos particulares. Había que poner al difunto al corriente de las novedades, consultar su parecer, ofrecerle disculpas… Una hija tuvo que justificar ante su padre la venta de unas tierras de las que ella le había prometido no deshacerse. Un hermano se sinceró con su hermana en relación a una herencia sobre la que disputaron. El marido le explicó a su esposa muerta que, por miedo a la soledad, le había pedido a una vecina que se fuese a vivir con él, y la tenía ya en casa. Una respuesta se repitió, a pesar de las diferentes circunstancias, en las actitudes de los redivivos; a ninguno parecían importarle demasiado las decisiones de sus parientes. No mostraban disgusto o contento. Sus caras expresaban la perfecta indiferencia o, acaso, una comprensión cabal como si aún vivieran en la distancia de un lugar indiscernible. No había juicios, reproches, lágrimas. Todo lo más, al escuchar esos razonamientos, una tenue sonrisa. Los vivos la tomaron como conformidad y pudieron explayarse en su alegría, libre ahora de trabas. Los sentaron a la mesa, les prepararon sus habitaciones, rescataron o adquirieron para ellos nuevas ropas, artículos de aseo, los objetos que precisaban, les entregaron la joya o el tabardo que se habían repartido. Los devueltos a la existencia lo agradecían, utilizaban cuanto les ofrecían y se quedaban quietos. Coincidían en la tendencia a sentarse junto a una ventana para contemplar en silencio durante largo rato caer la nieve o apagarse el sol al atardecer; daban tranquilos paseos; se internaban, solitarios, en los bosquecillos; a veces recogían la prensa y leían línea por línea acerca de la guerra; ayudaban a preparar la comida, cavaban o cortaban leña, remendaban una camisa. Eran amables y dóciles. Si habían poseído un carácter agrio, vehemente o extrovertido, ahora parecían más tímidos; aunque también serviciales, afectuosos incluso en su delicadeza rayana con el disgusto. Lo que hubiera promovido en otro tiempo, una discusión o una reacción furiosa, apenas si

despertaba silencios y miradas esquivas.

Nada parecía dolerles demasiado ni alegrarlos del todo. Se mostraban desafectos ante cuestiones de dinero, por cualquier decisión, por el futuro. Los hechos de la vida suya y de los que convivieron con ellos habían quedado interrumpidos, tratar de hacerlos avanzar en cualquier sentido no contaba con su interés. Al mismo tiempo, en las familias cundía cierta inmovilidad, se deshacían las urgencias y hasta los proyectos: una venta, un viaje, un préstamo, una celebración… solo estaban destinados a un porvenir que no iba a llegar nunca o que se consumiría en sí mismo, como sin efecto. En las conversaciones, tendían a ausentarse, pero no callaban si se les preguntaba. Esto, en lo que sus familiares y allegados tenían esperanzas, pronto se vio que tampoco los satisfacía. Los retornados repetían las mismas ideas, las mismas preferencias y gustos que tuvieron. Sus seres queridos terminaron creyendo que se encontraban ante una copia perfecta que suplantaba a la persona que habían conocido. Nadie diría que se sentían infelices por haberlos recuperado, no cabía pensar eso; sin embargo, tampoco les produjo la alegría que imaginaron. Tenían al padre, a la abuela allí con ellos, sí; o más bien la inercia de padre y de la abuela. Al preguntarles qué querían hacer, en especial a los de menor edad, respondían con un mohín de cansancio: trabajar, viajar, casarme… sin que apenas la ilusión les tintara los ojos. Les hablaban de la guerra y ellos suspiraban como frente a lo irremediable. Les presentaban a un nieto o un hijo que acaso había cambiado durante su ausencia, y los acogían con afecto, les acariciaban el cabello o las mejillas; se los quitaban de en medio, y volvían a mirar a la pared o al centro de la habitación. ¿En qué quedó tu ambición? ¿Dónde está el amor a tu familia? ¿Ya no te gustan la caza, el baile, el pub, la tertulia…? ¿Qué fue de todo eso? No sabían explicarlo, no dedicaban el menor esfuerzo por hacerse entender, quien formulaba esas cuestiones u otras parecidas debía hallar por sí mismo las respuestas. Pronto sucedió que sus presencias empezaron a sentirse en los hogares como un peso, una gravedad hacia la que convergían irremediablemente las energías de los que convivían con ellos. Acababan contagiados de esa pasividad sin nombre.

Una tarde, el señor Nobby Stiles le preguntó a su hermana, la señorita Elizabeth, si desearía volver a su tumba; le respondió que no había sido ella la que tomó la decisión de abandonarla. Al cabo de unas semanas, el señor Stiles le dio permiso para hacerlo; ella lo abrazó, dijo adiós también a sus sobrinos y a su cuñada, y regresó al cementerio de donde había salido para acostarse en su nicho. Al mes y medio lo tapiaron, en todo ese tiempo ella no hizo el menor movimiento. Antes de cerrar ese espacio, su hermano con lágrimas en los ojos le preguntó si no prefería volver con ellos; no hubo respuesta. Y el cemento completó el círculo. Fue el primero; otras trece personas, en diferentes lapsos de tiempo, volvieron a los lugares de donde regresaron, sin pesar, sin alegría, sin arrepentimiento. Eran los vivos quienes

revivían, en todo caso, el dolor de la primera despedida. Y de nuevo el vacío de entonces, la angustia, la pena, aumentada ahora por la convicción de que ya no habría esperanza. Para la Navidad de 1918, poco más de un mes de firmado el armisticio con Alemania, los fallecidos habían desaparecido de la vista pública. Más doloroso era su recuerdo ante la perspectiva de que, vuelta la paz, volvían también las posibilidades de vivir sin temor que los desaparecidos ya no compartirían. Todos regresaron a sus lechos de muerte. Todos, catorce, menos uno.

Entrevisté al señor George Trafford en julio de 2019. Este hombre había fallecido de unas fiebres poco después de cumplir la cincuentena; cuando lo conocí, sumando el tiempo de vida añadida, alcanzaba los ciento cincuenta y cuatro años. Me trasladé hasta su casa asistido por la hija de una compañera de trabajo, dado mi insuficiente conocimiento del inglés. Lo encontramos sentado en una banqueta en la cocina, esperando a que terminaran de hervir unas coles que emitían un olor nada agradable. El hombre aparentaba más o menos la edad con que había muerto; se le veía de buen humor; fumaba en una pipa nueva, vestía ropa cómoda, actual, y zapatillas de deporte. Sus bisnietos, dueños de la casa, nos dejaron con él a solas. Se excusó por no acomodarnos en el salón, adujo que no le gustaba interrumpir su cometido, que era un hombre fiel y estricto como buen británico. Hablamos de aquellos hechos y contó lo que acabo de referir. Quise saber cuál era su mayor deseo; contestó: «seguir viviendo». Como habíamos conversado mucho (en realidad, él con mi acompañante, quien lo interrogaba sobre lo que yo deseaba averiguar), tuve la audacia de preguntarle para qué. Él respondió impasible: «para resistir»: *to resist*, creo que se dice. Me hubiera gustado descubrir un guiño en sus ojos, una picardía, un matiz que transmitiera alguna emoción; pero no lo hubo, se nos quedó mirando con cara de pescado. ¿Y qué decirle? ¿Iba a reprochárselo? A fin de cuentas, era el único que había tomado esa decisión frente a sus compañeros; no merecía que nadie lo juzgase. Dio una bocanada a su pipa, y no sé por qué imaginé que guardaría un whisky escocés en la alacena.

Las coles estaban hechas, el señor Trafford las había escurrido; nos sentamos en el saloncito hasta terminar la entrevista bajo los toques de atención de un reloj de cuco que daba incluso los cuartos. Pasado un tiempo prudencial, no quisimos abusar de la hospitalidad de aquella familia, llegaba el momento de retirarse. Nos habíamos levantado e intercambiado incluso corteses frases de despedida en presencia de sus descendientes, cuando aún tuve otra cuestión para él. Le pregunté qué creía que había ocurrido. «Una vecina», contestó, «la señora Lineker, vio algo en el cielo». Nos sostuvo la mirada como si fuera suficiente explicación. Luego, quizá porque no nos movimos del sitio, y haciéndonos un favor, añadió. «Esa mujer contó que había pasado volando una nave con el aspecto de una sopera. Está claro que un vehículo extraterrestre había decidido visitarnos». Mi alumna tradujo su

respuesta. «¿Usted también lo cree así?» («*You think?*»), me atreví a preguntarle. «Por supuesto», respondió, «vinieron a gastarnos una broma».

Rex tremendae. El tiempo

Tremenda nevada, ten cuidado.

Yo corro porque me falta tiempo. Tú corres en la carrera que decide. Él corre por salvar su vida.

No vayas tan deprisa, por favor, Ignacio.

Tengo que llegar lo antes posible, ya lo sabes.

Quieres llegar antes de que se consuma, para ti no hay nada en el mundo más importante. Por eso habéis dejado atrás la calma de cada día que pasa y te has lanzado a la carretera.

Está nevando mucho.

No es para tanto, Mariela. Lo peor será el alto de Manzanal, a ver cómo lo cruzamos.

Vas a ciento cincuenta.

No hay radares por aquí.

Ignacio…

Controlo el coche y ella lo sabe; ¿es que no me entiende?, ¿para qué insiste? La carretera le parece que avanza contra él, el pavimento mojado, los arcenes estrechados por la nieve que cayó ayer mismo y apartaron las máquinas, su lengua negra se le opone, le hace frente veloz. El parabrisas se llena de esas manchas de blanco también esparcidas contra su coche. Vaya día apocalíptico ha venido a escoger.

Baja un poco, por favor.

Mi hermano se está muriendo, Mariela.

Ya lo sé, cariño.

Tengo que llegar a tiempo; si llego y ya ha muerto, ¿de qué me sirve?

Quieres darle un abrazo, sostener el cuerpo consumido de Charli antes de que se apague. Decirle lo que llevas pensando los últimos tres meses, desde que se agravó su enfermedad y lo desahuciaron. Ha tardado mucho en decidirse, ha esperado hasta el último momento y ahora esa indecisión no se la perdona.

Maldita sea, Mariela.

Vamos a llegar a tiempo.

No vamos a llegar, pero tenemos que llegar. No vamos a llegar… Es que no me comprendes. Es que no comprendes por qué es tan importante.

Sí, Ignacio.

Es que, si no le puedo decir nada, esta sensación se va a quedar conmigo siempre.

No tiene por qué, Ignacio.

Sí tiene por qué. Y se lo debo. Se lo debo… Él me tocaba el acordeón, te lo he contado alguna vez. Cuando tuve meningitis y casi me muero. Con quince años. Estaba en la cama solo en la habitación porque es muy contagiosa y él tocaba desde fuera con la puerta entreabierta; yo lo escuchaba. Me daba cuenta de que tenía un hermano y de lo que me quería. ¿Entiendes eso? Se preocupó de mí, aun siendo el pequeño.

Y luego lo engañé. Lo engañé como un gusano. Lo engañó porque siempre fue más listo para los asuntos de dinero; la herencia del taller de ballestas de su padre era un goloso botín. Yo sé que a él no le iba esa clase de negocios, Charli nació para la música, lo demás no le interesaba. Pero le mintió, y con ese dinero su hermano podría haber resuelto muchos problemas, sobre todo después del accidente que le impidió tocar. La traición pesa en el pecho de Ignacio, el remordimiento lo roe como una tarea inacabada. Ahora guías el coche desplazándote por la carretera negra mientras cae la nieve cada vez más abundante.

Él ha vivido su vida, Ignacio. Se ha dedicado a lo que le gustaba y no le fue mal, tuvo su grupo. Grabaron un disco.

Grabaron un disco cuando ya no formaba parte.

Le ofrecieron tocar, no quiso él.

Tendría sus razones. Además de que nunca se recuperó completamente de la herida.

Sus compañeros le dijeron que si ponía empeño…

Eso no me disculpa, Mariela; por favor, no me des explicaciones, ¡no me defiendas!

No te defiendo, cariño, quiero que seas realista.

Lo real es que lo engañé. Y mi madre a lo mejor hasta se dio cuenta, que tonta no era. Ignacio sentía que ya no le sonreía igual, y que dejó de confiar en él; a partir de un momento dado lo desplazó del centro de su vida como si hubiera conocido su traición. Y su relación con ella murió de la peor manera, con la frialdad y la hipocresía encajadas en su cara. Por eso, ahora muerde la última oportunidad que se le ofrece para rescatar esas dos vidas perdidas, con la decisión de acompañar a su hermano en el momento final, y contarle todo, y confesarle todo. Qué torpe ha sido, esperando al último aliento. Ignacio, llevas unas palabras que significan y condensan la vida entera, para que aflore la verdad y rehaga la unión que perdisteis.

Yo solo quiero abrazar a mi hermano. Para que salve tu vida con su perdón. El encuentro soñado por el que pretendes ganarle tiempo al tiempo.

Quiero abrazar a mi hermano y decirle que me perdone. Ya está.

No corras tanto.

¿Es tan difícil de entender? Por eso corro y voy a seguir corriendo. Voy a seguir corriendo, Mariela.

Si continúas así, me bajo.

Llegamos a La Bañeza dentro de un minuto y coges el tren de vuelta a Madrid.

Ignacio, por favor, no me obligues a eso.

Te bajas y continúo yo más tranquilo, te lo juro.

Sí, para ir como un loco. No me pienso bajar del coche, quiero que conduzcas más despacio, ¿lo entiendes? Ni una vez hemos parado, y son quinientos kilómetros.

Por eso, porque son quinientos kilómetros.

Ese arbusto oscuro en la mediana y me parece ver a mi hermano de pie, quieto como un fantasma. Piensa que es una señal, que ha muerto ya y se le manifiesta de esa manera. Todo su esfuerzo es inútil. No pienso aminorar, aunque sea lo último que haga. La locura de la velocidad, los motivos secretos de un hombre.

Si no llego a tiempo, no me importaría matarme, te lo juro.

¡¿Pero qué estás diciendo?!

Te dejo en La Bañeza y me voy yo solo. Si me estrello por lo menos ya está resuelto.

Estás loco, Ignacio; qué dices… Me estás haciendo llorar.

La ve llorar y retirarle la cara, se da cuenta de que no le importa. De pronto odia la mesura, la razón, el equilibrio de su mujer. ¿Estaría ella dispuesta a dar su vida por mí como hago yo por mi hermano? No le pagó a su hermano la parte de la empresa que le tocaba fingiendo la quiebra ¿y dice que le daría su vida? Qué mentiroso.

¿En qué estás pensando?

Estoy pensando en lo que ya sabes.

No te importa que nos matemos.

Dilo, dilo, Mariela, vamos, «no te importa que me mate yo»; vamos, es eso lo que ibas a decir, es lo que piensas. No me importa, en verdad, ahora mismo no me importa nada acabar estampado en una curva. ¿Tan grande es la culpa? ¿O se trata de otra cosa lo que siente? Lo que ha conseguido, su matrimonio, sus

dos hijos, la casa, el prestigio, el dinero, ¿no valen nada? ¿Es eso lo que cree de verdad?, un poco drástico parece, se le ha subido la ética a la cabeza. ¿O es todo un simulacro más de los suyos? Ignacio, puedes ahora comprender la sentencia: de qué le sirve a un hombre poseerlo todo si no salva su alma.

Yo lo único que quiero es que me perdone. Porque si su hermano muere sin hablarle ya nadie borrará la suciedad de su vida; un poco tarde. Nunca es tarde, Ignacio, has decidido poner tu vida en las manos de otro.

El puerto está muy peligroso.

Vamos más despacio, ¿no lo ves? Este coche es pesado y no tira bien en las cuestas, debimos cambiarlo el año pasado. Si cruzamos este puerto, lo demás está hecho, Piedrafita no es tan alto.

Pero está al norte.

¡Eso qué importa, mujer!

¿Quieres que ponga algo de música?

No… ¿Para qué?… Ponla.

No, si te molesta, no.

No me molesta, haz lo que quieras. Si quieres la pones y si no quieres no la pongas.

Pero por qué tengo que soportar que me diga todo eso que no tiene nada que ver con lo que me preocupa. No se entera de lo que estoy pasando. Y ahora a Ignacio se le humedecen los ojos, no sabe ni por qué motivo; bueno, sí, llora de vergüenza, son lágrimas de compasión por no haber dormido apenas esta noche, por madrugar, beber un café deprisa, apremiar a su esposa, darles explicaciones que no han entendido a sus hijos y echarse a la carretera a toda velocidad. Lo amarga su imprevisión, que la mañana del sábado no sea la habitual de quedarse en la cama hasta las once y perderse en la casa sin hacer nada. Lo humilla decidir las cosas de mala manera y no haber desayunado despacio el pan y la mantequilla. Tan quisquilloso con los pequeños detalles, el que se olvida de los grandes. Lo irrita esa sensación de fracaso, de desorden y quiebra bajo las apariencias que guarda. Y con Mariela a su lado quejándose porque no le ha dejado tiempo de ponerse rímel.

Ignacio, escúchame lo que voy a decirte, no te enfades.

Mejor no me hables.

Ignacio.

Habla, habla. Dime lo que sea, Mariela; por favor, pero no me repliques, por favor, me pones enfermo.

…

Bueno, perdona. Dime lo que quieres. Por favor, estoy muy

nervioso, ya lo sabes, entiéndeme.

Ignacio, piensa que Charli ha vivido su vida, nunca supo nada y en realidad es como si no hubiera sucedido nada. Es todo una tortura tuya. No tenía el menor interés por la mecánica ni el taller de tu padre, y ha hecho su carrera aparte. Ha sido lo feliz que ha podido.

Lo acuchillaron en un pub y no pudo tocar más, ¿no te acuerdas? Hablé una vez con él y nunca lo había visto tan hundido, aunque disimulaba por lo orgulloso que era, que es.

Ya lo sé, por eso. Se enfrentó a sus problemas. ¿No tenía un hijo y volvió con él y con su madre? Rehízo su pareja… bueno, luego no se entendieron. Lo que quiero decirte, Ignacio, que, si lo piensas un poco, que te perdone o no, en el fondo no cambia las cosas. El tiempo ha hecho su labor. Tú has ido por un camino, él por el suyo y ya está. Si no habéis tenido más comunicación no ha sido únicamente por ti, dos no hablan si uno no quiere. Habéis tomado ese rumbo y hay que asumirlo.

Iba a decírselo entonces, Mariela, aquellos días en que no tenía trabajo y se volvió con su ex; dejé escapar la ocasión. Fui un cobarde.

Las cosas se tuercen, Ignacio, no todo sale como a uno le gustaría; ¿entiendes lo que te digo? Claro que sé que quieres estar con él. Y vas como loco por la carretera. Para que te perdone tendrías que contarle primero toda la historia, y yo creo que ni va a acordarse.

Escucho a Mariela y siento que es razonable y a la vez que lo que dice está desenfocado por completo. Mariela no dice lo que él espera oír; pero sus palabras lo aplacan. Le gustaría que fuera cierto y la culpa se deshiciera como el cielo entre los copos de nieve; que no hubiera daño porque el perdón ya está concedido, como ella pretende, aunque sea implícito por efecto de la distancia. Eso lo alivia; corre y de pronto no sabe por qué corre. Ella lo deja sin la furia con su golpe maestro. Y, privado de la furia, no es más que un insensato peleando con una imagen que solo habita en su cabeza. A lo mejor esas mentiras de su mujer le sirven; ¿por qué no dejar de atormentarse?, ¿por qué no para en la próxima estación de servicio, echa gasolina, descansan, toman un café y se vuelve? El corazón humano, el corazón humano y sus razones más recónditas brillan en la verdad contra toda la racionalidad del mundo; es tu corazón, Ignacio, el que te mueve.

Tienes razón, Mariela. Pero hay una cosa. Yo le fallé, lo he traicionado y debo estar a su lado cuando se vaya. Me da igual si tengo que explicarle las cosas desde el principio; me da igual si no le importa, si no se acuerda o me escupe en la cara. Lo mismo ni me oye porque le han puesto de morfina hasta arriba. Yo voy a decírselo, aunque sea lo último que oiga mi hermano en su vida. Es lo que pienso hacer y no voy a cambiar de opinión. No sé si se encontrará su ex en el hospital… A lo mejor no han aparecido ni sus compañeros del grupo

y lo han dejado solo. Si hay alguien en la habitación le digo que salga un momento que para eso soy su hermano…

Tranquilo, cariño.

… Que para eso soy su hermano y tengo derecho. Es eso lo que pido, ¿es mucho? Estar pegado a su cama antes de que desaparezca.

No piensa si Charli tendrá ahora la cabeza ocupada en su propio final; entonces, ¿es a su hermano a quien quiere Ignacio o solo se quiere a sí mismo? Ignacio, has dejado todo lo que poseías y te entregas para reconciliarte con él en su trance de muerte.

Espero que lleguemos a tiempo, Ignacio. Pero supón que no fuera así.

No digas eso. No quiero ni imaginármelo, Mariela.

En tal caso; lo importante es que estás dispuesto a pedirle perdón y has hecho quinientos kilómetros para verlo… Has demostrado que lo querías. Puede que lo hayan sedado.

Quiero hablarle, Mariela. Gracias, quiero hablarle.

Lo que vale de verdad es tu gesto, Ignacio.

Un gesto no me sirve, quiero que me escuche.

Lo que importa es que en tu interior ya te has arreglado con Charli, Ignacio. ¿Me entiendes, cariño? Que ya estás en paz con él.

¿Y si no llega a saberlo?

Dejo el coche a la entrada y tú lo aparcas. No quiero perder ni un segundo.

Detiene el automóvil a la puerta del hospital, sube las escaleras a zancadas, entra en el vestíbulo, ¿dónde están los ascensores?, de pronto siente la necesidad invencible de orinar, busca el aseo de caballeros, la cabina, qué prosaico todo, qué menesteroso, qué ganas de llorar por la patética necesidad de un organismo, se lava las manos con un chorro de agua, ni se la seca, no ha querido verse en el espejo, vuelve a los ascensores, hay gente esperando, llega, tardan en entrar, son torpes, ya en el interior se consultan entre ellos a qué piso van, alguien esquiva un cuerpo, pone su dedo, da al botón, empieza a subir, alcanzan la segunda planta, salen, entran, la tercera, se bajan dos personas, la cuarta. Ya. Ignacio se abre camino, busca, ¿la habitación 402?

Su mujer aparcará, seguro que se retoca en el espejito. Después de cerrar, sus tacones sonarán firmes contra el pavimento. Será cortés como es ella siempre cuando pregunte por el enfermo, Carlos Seoane.

Tu llanto, Ignacio. Las lágrimas de un hombre junto al rostro sereno y la boca entreabierta. La ausencia real del hermano. La presencia indiscutible del hermano. El silencio respetuoso de una mujer y un amigo de Charli o de ella, ahora apartados a un lateral de la habitación. El ritual de los que se quedan de

este lado de lo inevitable. El hermano permaneciendo al lado del hermano, la mano izquierda un momento en el rostro frío. El miedo al juicio de los presentes. El respeto al cuerpo fallecido, lo que se ha quedado. Lo que resta, nada de él. Justamente lo no necesario, lo prescindible. Lo valioso un momento antes y, un momento después, ya nada. El llanto sobre el silencio impresionante de la falta, Ignacio, y tu mujer que acaba de llegar, en la puerta.

Yo quería pedir perdón a mi hermano. Tú reconoces tu verdad. Él quería salvar su propia imagen. Nosotros decidimos en el tiempo y nos equivocamos. Vosotros escondéis sin querer lo más sagrado. Ellos padecen por su fragilidad.

Recordare. Recuerda la música

Recuerda que me jodiste la vida. Mi vida partida por un accidente, qué hubiera sido si no yo, las manos de aquel álbum; tenía a Ruby mecida con mis síncopas nuevas, pero aquel corte, el corte de la sangre cuando iba a mecerme en el espíritu de calma y felicidad con los muchachos al lado. Pues no, el viejo sordo dio los cinco golpes de su destino, en cambio para mí fue suficiente la pareja del inicio que interrumpió la navaja, el camorrista borracho salido nadie sabe de dónde que pasó junto a mí, lo detuve, le dije oye. Sebas como Coltrane jugueteaba con el saxo, hubiera debido detenerse sin mí, aunque Ruby querida lo fascinaba con los ojos entornados. Se nos vino en la oscuridad de las luces rojas que iluminan al fondo los servicios del local, me acuerdo bien, cuando esperaba a Ruby en el momento de seducirla con mi solo, la batería suave-suave barriendo para sus adentros, estábamos gozando, la gente metida en lo nuestro y se cernió nada más que sobre mí, solo una nota en mis tendones y me regaló esta sarcástica Y griega que me adorna. No tuviste piedad, dejaste caer la desgracia contra mi mano derecha; ¿te gusta el trofeo que has robado? La mano partida, el hombre arrinconado, los dedos desobedientes, el final encima. Se acabó Charli. Y pocos meses después, el detalle de entregarme a una mujer que también salió, no sé de dónde, del pasado ruinoso esfumado tras de mí y dado por cumplido, o la llamé yo antes, pura debilidad mía maldita, no recuerdo, perdona si reconstruyo mal lo que has deshecho, no creo que te incordie mi desmemoria. Me ofreció su amor otra vez, con un único encargo: cuida de mi hijo; le respondí: me queda una mano, no supo advertir la ironía; jugamos desde entonces a que intentara tomármela, yo le dejaba acariciarla y se la negaba después; qué rabia, porque a quien quería de corazón era a Ruby mecida entre mis brazos, nacida de mis muñecas, tocada con mis dedos. El pobre Vicentito se sentaba a soplar el saxo tenor con detenimiento y lentitud, las gafitas le bailaban, poseía un sentido particular del ritmo y su madre me preguntaba por su futuro en la música, yo le mentía porque no quería saberlo. Se equivocaba y mentalmente le iba corrigiendo, rectificaba y pensaba las opciones de huida, imaginaba el espacio poblándose de la melodía hasta la carrerita final que me pertenecía solo a mí y el golpecito último de esa maravilla, mi Ruby. El crío se equivocaba porque no era bueno y su profesor, un vendido al dinero de los enamorados de que sus hijos triunfen, digo, no lo sé, erraba todas las veces mientras yo me agarraba a la espalda de mi furia para acabar de escucharlo pagando a su madre la gratitud de cobijarme. Él llevaba mi nombre, yo, el dolor, de tal palo tal pesadilla, se ve que has repartido las cartas con tu proverbial sabiduría, no había nada que hacer, ella había resuelto intentarlo de nuevo conmigo y yo por inercia me deslicé hasta vivir juntos, es un decir, hube de claudicar a su deseo, aunque el techo nunca fue un problema para el que pasó tantas noches de prestado con los amigos, perdona mi jactancia. Mi versión para *Ruby, My*

Dear era la joya de nuestro repertorio, hacíamos bises que nos pedían, acababa sonando menos celestial y más ruda, era increíble, a lo mejor por eso, Ruby se cansó de mis manos, por no ser caballeroso con sus notas que me atreví a retocar, luego ya sabes dónde aparecieron, la banda contrató a un chico de estudio, Ronaldo, un cubano elegante, vestido de blanco como en los anuncios y que gastaba unos dedos más rápidos que la luz eléctrica. Pero ¿no ponía yo la pausa maestra? ¿No me había ganado el derecho a disfrutar de mi protagonismo? Mi exmujer o mi mujer, ya quien fuera, insistía con sus plegarias idiotas en que me levantara, Charli, Charli, por favor, había un zumo en la mesa, improvisaba desayunos de isla paradisiaca con que recuperase fuerzas y el ánimo para rehabilitarme, sermoneaba, me hacía regalos de repente y colocaba flores en insospechados lugares. Me jodiste la vida y ella a mí también. Te ayudó en tu ensañamiento, no había otra disponible con garras, imagino, porque esta nunca supo echarme la culpa, no sabía decir nada ni siquiera cuando hablaba, tan sumisa, recordé que por eso me había hartado de sus encantos, actué de forma impía, ya sé que nadie resiste mi mal genio, no entendía la música, se hacía la aficionada cuando era incapaz de distinguir a Bill Evans de Thelonious, encendía su radio minúscula para fregar el suelo o los cacharros y me creía ausente; por eso nos separamos y ahora iba a cobrarse el cariño que yo le dejé a deber según sus cálculos, en su chaval. Con derecho, con amor, con la mayor paciencia, con el útero desgarrado, empujaba como un *bulldozer* queriendo sacarme de la cama, elegía discos que recomendaban en la red y me rogaba que los escuchase como si pudiera servirme de algo, cuando no hacían más que alimentar mi resentimiento, la bendita inútil. No nací Petrucciani, yo para qué nací, con el fin de hacerme sombra a mí mismo, un nombre que agradecer en los créditos del álbum que no pude grabar cuando apareció el señor Montoliu y dijo, eh chicos, realmente sois buenos, puedo recomendaros en un par de sitios. La frase partida que dejaste a medias por tu gracia inescrutable. Venían los pobres diablos del grupo, uno a uno, Sebastián el primero, Cummings, y Jota Dé, un poco para disculparse y otro para animarme cuando sabían que nunca, Charli, que tú puedes, Charli, los ejercicios, insiste, ¿y con la izquierda?, ¿por qué no intentas…? ¡Que no!; esa mano que Dios te ha dado; no Dios, Satán me la puso para que llorase sobre ella y llevarla arrastrando, no iba a dejar una huella en ninguna parte, ni en la noche ni en la soledad de los que escuchan ni en la admiración del público. Pero con esa mano tampoco iba a ralearle el pelo a Vicente: iba a empujarlo con mi cruel desinterés, me lo dijo ella cuando no sabía que habías dispuesto destruirme, gracias. De un mal sale un bien, no; de un mal salen más males que infectan a inocentes como ese chico; de un mal salió que el cubano pudo tocar, que lo hacía a la perfección, se fue de gira con los chicos, estuvo en las reuniones de la productora, llegó el día soñado, habían incluido a mi Ruby, nunca pude escucharla, me salto esa parte, grabó el disco, la policía nunca visitó su casa para examinar su piel, le dieron el

permiso de residencia, seguro que se ha casado con una española y se lo rifan cuando terminan a la madrugada. De un mal sacaste un peor mal, te bastó una baba de tu aliento para apagarme las teclas, esta mano que mantengo lejos de ti escalaba una partitura brillante cada velada, distinta, que se acababa a capricho al margen de tu sombra, de tu dominio, de tu obsceno poder, ¿fue por eso? Esta mano volaba donde quería y te vengaste, olvidaba que eres avieso, cuando algo no te gusta, escupes sobre nosotros. Ya lo sé, su madre llora, se me aparece en sueños, llora y se lamenta de que su hijo se desvió, no hace más que protestar como si valiera de algo, como me sirvió a mí para destruir mañanas y noches escuchando la nada, el silencio forzado, la caída de un mundo. De un soberano golpe has matado dos vidas y dejas a la otra desorientada, estarás satisfecho. Tenía las notas bajo mi mando, poseídas para sentarme a la diestra de Monk, me lo dijo Mancebo, el mismo Kingsy, que no es dado a cumplidos, se quitaba el sombrero, que no había oído cosa igual, bueno, quizás exageraba un poco, a ti no te engaño, así nos animamos en la profesión. Pero ¿por qué? ¿Mi repertorio no te gustaba? ¿Te has vuelto crítico musical? Esos angelotes rascando cuerdas a todas horas a tu alrededor te han estropeado el oído, seguro que sus liras suenan más tristes porque el chico, sí, mi hijo, se ha derrumbado. Nos arrojas a la vida, luego se hace tarde y nos perdemos. Mi banda tocaba una noche, fui a verlos y sufrí más de impotencia que de pena, me pregunté si yo me había merecido lo ocurrido, quise revisar dónde estuvo mi error, qué ridículo examen, antes de comprender que a ti te dan igual nuestros juicios; su señoría no se baja de su opinión, emites la sentencia y no hay vuelta atrás, qué miserable mundo has creado. ¿Iba a luchar yo? ¿Tenía que ser *yo* el que me esforzara para remontar este daño? ¿Es lo que esperabas de mí, como creían los otros? Era incapaz de levantarme después de recibir tu puñalada, así que arrastré a los que pude en mi caída y multipliqué el castigo, como tenía que pasar, pasó, cumplí lo que mandaste o lo que habías improvisado, genio. Nadie más que esa mujer se ha puesto de pie, ella lo ha logrado, es admirable, acude cada día al trabajo en la lavandería, le hierven las manos, se le empapa la frente; vaya dama ejemplar y eso que nunca valió mucho; es verdad que nos quisimos, hacíamos el amor tras una sesión buena casi al amanecer, cuando estábamos los dos solos; ocurrió antes de que me fuera sin saber que se había quedado embarazada. Yo fui el rey del mundo de los garitos, en el tiempo de los intervalos y los meandros de la improvisación mi música se alzaba hasta el cielo, lo celebraban los auditorios, lo sabían los entendidos, era la mejor promesa, está claro que nunca te agradó, haberlo dicho, hombre, te habría escuchado, qué vas a juzgar ahora, cómo se procesa a un cadáver. Porque ya estoy muerto. Diles algo a los que seguirán aquí, cuéntale algo a Vicente que pretendía tocar conmigo, su madre anunciaba los progresos como una representante, yo sabía que el niño no era feliz, aconséjale algo, ahora que vive rondando los callejones como un gato y sus ojos se han vuelto amarillos, consuela a su

madre que no sabe dónde está, o a él, que me odia, se desprecia a sí mismo y se esconde. Tal vez sea útil que tomes la iniciativa, resuelve algún problema, actúa, haz algo que de verdad sepas con los que dejas enteros, a lo mejor te atienden al ver la piltrafa en que me he convertido. Haz que la flor de la música brille y se extienda por tu reino, porque a mí ya no me verás, desaparezco en la noche más oscura, en mi tímpano sonará solo el silencio antes de decir adiós. Pórtate bien con el chaval y con su madre, deja en paz a los muchachos de la banda; ya me tienes a mí, aunque no valgo mucho, recuerda que podía tocar con las dos manos, cuando el viejo Thleonious me habría mirado con respeto porque usé mi talento en mi *Ruby dear* querida.

Ingemisco. Muere una europea

I. Preámbulo

En 2017, Javier Sáez de Ibarra publicó *Fantasía lumpen*. Respondía a la crisis económica iniciada en 2008, provocada por las especulaciones financieras norteamericana y europea, y agravada por las políticas que se aplicaron y que produjeron la degradación de los servicios públicos, el aumento del paro, la reducción de los salarios y el deterioro en las condiciones laborales; todo lo cual causó un empobrecimiento generalizado de la población frente a los beneficios de una minoría ya privilegiada.

En ese libro se incluía el relato «El discurso sostenible» donde se cuenta que, cuando una joven pierde el conocimiento en plena calle y su novio avisa a urgencias, se presenta un hombre para llevarla al hospital que, sin embargo, no es un sanitario y conduce una furgoneta para el reparto de fruta a la que llama ambulancia cuya puerta trasera se abre –el chico tiene que ir sujetándola–. Este se queja, pero el hombre zanja la discusión diciendo que su furgoneta es «la ambulancia *sostenible*» y «*posible*», y no existe ninguna otra.

Sucedió que, en 2021, trece años después del comienzo de la crisis, el delegado sindical I. J. del Hospital 12 de Octubre (Madrid) denunciaba como, al carecer de mantas, tapaban a los enfermos con sábanas o colchas, y añadía que «a falta de almohadas lo que hacemos es enrollar algunas sábanas y utilizarlas como tal»[1]. Y el 5 de noviembre de 2022, tras la reestructuración médica de la Comunidad de Madrid, de los 78 «Puntos de Atención Continuada» solo 17 disponían del equipo completo: médico, enfermero y celador (eran realmente Puntos de Atención Continuada), 39 no tenían médico (eran Puntos Continuados) y 22 estaban cerrados (ni siquiera eran Puntos).

Las autoridades económico-políticas, a fuerza de restricciones, exhibían su facultad para redefinir conceptos. Fue abusivo el empleo de los adjetivos «sostenible» y «posible», para reemplazar múltiples bienes o servicios por otros deficitarios o, sin más, inexistentes; la sábana se convertía en manta y un edificio sin facultativos en un centro médico, de igual modo que en el relato la furgoneta se había transformado en ambulancia. El poder no solo detentaba el monopolio de la fuerza, también el de la semántica. Así que el ciudadano debía hablar su neolengua desde el momento en que las anteriores mantas, almohadas y servicios médicos desaparecían por insostenibles, imposibles e irreales; aceptarlo así era la actitud que se consideraba «responsable», tercer adjetivo con que justificaba ese cambio y se aducía de continuo junto a los dos anteriores. Mediante la imposición de este procedimiento, aturdido y resignado el pueblo en su conjunto, han alcanzado las estrategias económicas sus últimos objetivos neoliberales. El bienestar ha terminado.

En 2020, la pandemia de covid-19 asoló el mundo entero causando millones de víctimas. En España fallecieron 28 336 personas solo en los primeros tres meses y medio (a fecha de 27 de junio de 2020). [El cálculo es incierto; comparando con la mortalidad del año anterior el número crecía hasta 44 000]. De ese total, 19 572 eran ancianos muertos en geriátricos, nada menos que el 69% de los residentes. Luego aparecieron cifras que hablaban de 27 000 o 32 000; este baile de cadáveres o danza macabra es algo habitual en la estadística.

En el caso de la Comunidad de Madrid, donde vivo, durante los meses más duros de la pandemia perecieron 9 468 ancianas y ancianos que se encontraban en las residencias públicas de la Comunidad; de los que 7 291 fallecieron en sus habitaciones[2].

La causa de esa enorme tasa de muertes de mayores se explica por su mayor vulnerabilidad frente al virus; pero también porque, ante la saturación de pacientes en los hospitales, en particular en las Unidades de Cuidados Intensivos (uci) y la falta de medios para atenderlos, los protocolos de actuación determinaron que los enfermos de edades avanzadas con algún problema de movilidad, capacidad cognitiva o dependencia no fueran trasladados a ellos[3]. Miles de ancianos permanecieron aislados en sus habitaciones a la fuerza, evitando el contacto con el personal del centro y con la prohibición absoluta de visitas, a sabiendas de que la falta de atención médica los conduciría a la muerte y, además, en muchos casos tras una agonía larga sufrida en soledad. En cambio, los que poseían un seguro médico privado tuvieron la opción de que una ambulancia los recogiera en sus residencias y los llevara a los hospitales de sus compañías, de manera que estos sí pudieron salvarse[4].

Muchos familiares de los ancianos encerrados no conocieron esa situación hasta que se les comunicó su muerte; otros fueron informados por teléfono de lo que ocurría bien por los médicos o, de modo clandestino, por algún compañero de habitación o de pasillo. Los internos iban entendiendo que, a causa del estado de alarma, ninguno de sus familiares podía acceder hasta ellos, tampoco llevárselos para tratar de atenderlos en otro lugar, ni siquiera acompañarlos, aunque se vieran en sus últimos momentos[5].

La llamada de una médica a la hija de una residente enferma se reproduce a continuación. El audio de esa conversación fue publicado por *El Periódico* en su edición digital el 25 de junio de 2020 [Elperiodi.co/6ldpt1], también difundido por algún otro medio. La grabación y la noticia desaparecieron al día siguiente. Los nombres de la paciente, su hija y la doctora han sido ocultados.

II. La conversación

Lunes, 23 de marzo de 2020.

Residencia geriátrica privada,
G. (Comunidad de Madrid).

–¿Sí, dígame? – Hola, M2, te llamo de la residencia. – Dime. – Mira, te voy a pasar con D [la doctora], ¿vale? – Vale, gracias.

…

–¿Sí? – Hola, doctora, buenas tardes. – Hola, buenas tardes. Este… – Dígame. – M1 – Sí, ¿qué pasa? – M1 no está bien. – ¿No está bien? – No. M1, el pulmón derecho, su pulmón derecho está lleno de líquido hasta la mitad. – Madre mía. – ¿Oyó? Ella ahora mismo tiene saturaciones, vamos a decir, que aceptables. Están bajas, pero… no obtiene trabajo respiratorio, ¿sabe? – Sí. – Tiene ahora 87. Yo le voy a colocar ahora una bolsa con reservorio que es para enriquecer un poco más la mezcla que ella vaya a respirar. Tengo los resultados de la analítica. – Sí. – Y… aunque ella… ya te digo, los… la hemoglobina está bien, la función renal está un poco baja. Pero… moderada, vamos a decir. Un descenso de la función renal moderada. Lo que no me gusta de la analítica de M1 es que… Yo… usted recuerda que le dije que había una sustancia que se elevaba cuando había procesos infecciosos agudos. – Sí.

–Bueno, ella la tiene altísima. – Ay. – El valor normal es de 5, y M1 tiene 152. – ¡Pufff! – Es mal pronóstico. – Mal pronóstico. – Sí. Mal pronóstico. Yo hablé con el hospital esta mañana. – Sí. – Y bueno, M1 fue una de las primeras personas que he tenido con… con síntomas respiratorios y ganchos [picos] febriles que estuvo seis días bien y luego, siete días después, empezó nuevamente la fiebre a subir. – Sí.

–Terminamos un ciclo de antibióticos con cefixima, hicimos un ciclo de levofloxacino, que ya lo terminamos. – Sí. – Y esta mañana me dijo la doctora: «Bueno, vamos a iniciar otro ciclo con otro antibiótico». – Ya. – «A ver si podemos hacer algo». – Ya.

–El resto quedará al cuerpo de M1, su organismo. – Mmmm… – ¿Me entiendes? Porque… no tenemos pruebas ahora para hacer la prueba, ¿verdad? Pero bueno… Sospechosa, altamente sospechosa [de estar contagiada de covid-19].

–Altamente. Porque… de llevarla al hospital nada, ¿no? – Nada. No. Mira, yo hablé con ellos desde el inicio. – Sí. – Desde que empezó M1… Creo que fue el… el 16. – Mm. – M1 empezó por ahí. Déjeme ver la fecha, estamos a… 23. M1 empezó, creo que fue, el 11 de marzo. – Sí, el 11. Sí. – 11 de marzo. Este… de una vez se planteó… en un inicio era la derivación y luego claro, en el hospital, cuando tú llamas a pedir la ambulancia, ellos te dicen: «¿tiene síntomas respiratorios?». Va a consultar con el geriatra del hospital. Y con el geriatra del hospital es con quien hemos manejado a M1 y no tiene criterios para derivación. – ¿Y qué criterios serían? ¿La falta de oxígeno…?

–La Comunidad de Madrid tiene unos criterios para los residentes,

que son: Puede ser trasladado a urgencias todo aquel paciente que tenga infección respiratoria o insuficiencia respiratoria: Uno. Dos: que no tenga deterioro cognitivo, ¿sí? Tres, que tenga un parte que sea una persona independiente. – Sí. – Cuatro, que no tenga patologías asociadas: que no sea hipertenso, que no sea diabético, que no tenga antecedentes… de, de… nada. Entonces eso es algo que es ilógico, ¿verdad? Porque lo que no puede esperar uno.

–Pues sí.

–Es que una persona mayor de 80 años no tenga…

–No tenga alguna cosa, exacto.

–No tenga nada.

–Es que es increíble, vamos.

–Sí. Y ese es el comunicado que recibí el sábado. Porque, el día viernes, habían pasado uno peor.

–¿Todavía más?

–Que era, que si la persona no caminaba… Si era independiente para la marcha, iba al hospital; si no, no.

–Qué bien. Así estamos, entonces.

–Duro, duro. Comunicado de la Comunidad de Madrid. Para todos los médicos, las residencias, para los directores, para el personal de enfermería.

–Luego dicen aquí en la televisión que sí, que se están centrando mucho en las residencias. Pues no sé de qué manera se están centrando. Porque luego lo que, lo que… la realidad es otra.

–Sí, es muy complicado. Entonces, claro, llamas a la ambulancia y te preguntan: «¿Tiene síntomas respiratorios?» «Sí». – Ya. – «Entonces, ¿pudiera ser [covid-19]?». «Pudiera ser». «¿Tiene pruebas hechas?». «No». «Bueno, comuníquese con el geriatra de guardia, geriatra de guardia es la doctora ****». – Ya. – Y con ella… es la que lleva el caso M1. – Suponiendo que empeorase el sistema respiratorio, ¿entonces, sí?, ¿accederían?, ¿accederían o no? ¿O tampoco?

–No.

–Tampoco.

–No.

–Quiere decirse que…

–Que cuando ella empeora, ¿verdad?… Cuando una persona de este tipo con una patología respiratoria empeora, la conducta es conectarla a una ventilación mecánica. – Ya. – ¿Sabe? A un respirador.

–¿Y ustedes tienen?

–¡No! Es que eso se hace en terapia intensiva, en la uci.

–Ya, ya, ya; que es el problema que está habiendo, que no hay respiradores.

–Exactamente. Ella… estas personas… que hay personas más

jóvenes ahora que están… también. – Afectadas. – Teniendo síntomas y están afectadas… No hay ventiladores, no hay respiradores y no hay personal para que maneje la ventilación mecánica.

–Ya.

–Porque eso lo maneja o el intensivista o el anestesista.

–Ya, ya, ya.

–Y ya está. Entonces, claro, este… cuando hay una insuficiencia respiratoria aguda… y hay disnea, y fatiga, entonces lo que se indica es un paliativo. Lamentándolo mucho.

–Ya.

–Lo que no es el caso ahora de M1, ahora no. – ¡Ahora no! – En este momento no, porque tiene todavía 87 de saturación.

–Ujum.

–Si a pesar de la bolsa y todo eso, la saturación empieza a bajar progresivamente, que llega a niveles que son incompatibles, en donde hay una hipoxemia generalizada, es decir, por debajo de 60.

–Ujum.

–Entonces…

–¿Entonces?

–Se la considera. Uno ya considera un paliativo con morfina. Ese es el protocolo.

–Y así hasta que se acaba, ¿no? Porque de ahí ya no, no sale.

–Ya de ahí no sale, efectivamente.

–Ya. Tenemos un familiar directo que hay, que le ha ocurrido lo mismo… ¡Bueno!, pues… malas noticias.

–Malo, sí. Mal pronóstico. Este… Y eso de que ella tenga la proteína C reactiva tan alta y que tenga tomado medio pulmón derecho es malo.

–Ya.

–Es malo.

–Si ya lo viene diciendo ella. Y claro, ella se da cuenta porque su cabeza está bien.

–Sí, exactamente. Este… y yo, yo no puedo decirle lo que le estoy diciendo a usted.

–Ya.

–¿Me entiende?

–Ya, ya.

–Pero lo que le dije: «Mira, M1, te voy a poner una mascarita para ver si puedes respirar un poco mejor y, si sientes mucha fatiga, te voy a poner un poquito de calmante. – Ujum. – Y te quedas en la cama para que…». «Doctora, es que yo quisiera que esto se me quitara». «Sí, M1, pero vamos tirando poco a poco», le dije; o sea, yo no puedo decirle esto que le estoy diciendo.

–Ya, ya, ya… Porque… Y… tampoco podemos verla y… tampoco podemos hacer nada, ¿no?

–Sí, nada, no. Exacto.

–Ya… … … Madre mía.

–Bueno…

–Muchas gracias, doctora y…

–Seguiremos hablando.

–Seguiremos hablando, sí… Muchas gracias… gracias.

–De nada, adiós.

–Adiós.

M1 falleció el 17 de abril de 2020.

III. Obsérvese la dignidad de una europea

No habría mucho más que decir.

Sin embargo.

Obsérvese que, siguiendo la lógica del relato de Sáez de Ibarra: furgoneta de frutas por ambulancia y, después, la sustitución de mantas por sábanas, etcétera, cabría imaginar alguna clase de hospital *posible* o *sostenible* menos convencional, pero *existente*, en el que atender a esa mujer (una nave industrial, un hangar, un pabellón deportivo). Obsérvese que para ella no hubo ninguno posible-sostenible-financiable-moral y políticamente responsable.

Obsérvese el comportamiento de la hija en el diálogo, que discurre por el cauce civilizado de la constatación de los hechos y sus consecuencias. Obsérvese esa admirable actitud europea de querer saber y no arredrarse ante los peligros que implique (espíritu de indagación que es origen de la filosofía y de la ciencia que han conducido a esta civilización hasta la cima del mundo).

Obsérvese el deseo en boca de la anciana: «Doctora, es que yo quisiera que esto se me quitara». Deseo que la médico acoge con palabras que ya no son ciertas: «Sí, M1, pero vamos tirando poco a poco». Inevitable citar aquí el dicho de Franz Kafka: «Hay salvación, pero no para nosotros». El único respirador que existe para ti es el que no te vamos a poner, el hospital adonde te llevaremos es el que se ha disuelto en el aire. «Haber» y «no haber» coinciden; entre «existir» y «no existir» no hay oposición; «ser» y «no ser» ya no son alternativas. «Pero vamos tirando, poco a poco», responde la doctora, una frase que habría escrito Samuel Beckett.

Obsérvese la entereza de la hija al recibir malas noticias, la manera en que la muerte ha dejado de ser el mal definitivo. Obsérvese la mirada de piedra ante lo inexorable, la lucidez ante la lógica de la resta: dos menos dos son cero.

Obsérvese la paciencia de una europea ante su destino económico.

Obsérvese la resignación de una europea ante las autoridades.
Obsérvese la dignidad de una europea ante la muerte.

---

1. *Diario Público*. Guillermo Martínez [9 de febrero de 2021].

2. https://www.elsaltodiario.com/residencias-mayores/madrid-comunidad-donde-mayores-murieron-covid-dentro-residencias. O también: https://www.publico.es/sociedad/agonicas-ultimas-horas-7291-fallecidos-covid-residencias-madrid.html# md=modulo-portada-bloque:4col-t5;mm=mobile-big

3. Decisión ordenada mediante 4 «Protocolos» establecidos por la Comunidad de Madrid los días 18, 20, 24 y 25 de marzo de 2020 (*InfoLibre*. Manuel Rico. 20 de enero de 2021. 6:00 h).

4. (*El País*. Fernando Peinado, Juan José Mateo. 11 de junio de 2020. 9:46 h), donde se ofrecen además algunos testimonios personales.

5. Amnistía Internacional realizaría un informe bajo el título «Abandonadas a su suerte. La discriminación y desprotección de las personas mayores en residencias durante la pandemia covid-19 en España» donde se contemplaba la violación de cinco derechos humanos fundamentales: a la salud, a la vida, a la no discriminación, a la vida privada y familiar y a una muerte digna:

Todavía 3 años después esta ONG mantenía una campaña de recogida de firmas para obligar a las autoridades a realizar una investigación por las más de 35 000 personas mayores muertas.

https://doc.es.amnesty.org/ms-opac/search?fq=msstored_fld99&fv=*&doc-return=search&advanced=true&mandatoryTerms=&mandatoryPhrase=&optionalTerms=&prohibitedTerms=&fq=mssearch_geographi

Confutatis. La Moraleja

Nadie me obliga a escribir este texto. Es una conquista, la libertad. Abre un mar de posibilidades, aunque nos ahoguen la frivolidad, el interés y el deseo de encantar a la gente.

Me llamó el jefe para cubrir un accidente en el barrio de La Moraleja, un estallido subterráneo había producido un socavón de cinco metros de largo; el asfalto de la calle había reventado y la tierra alcanzó las casas más próximas; pude ver una buena cantidad de agua en su fondo. Saqué varias fotos y publiqué la noticia, alguien habló de responsabilizar a la compañía de gas. Un detalle, sin embargo, no encajaba: los restos de un proyectil del tamaño de un hombre localizados allí mismo. No hice mención de ello, pensé si sería una bomba de la guerra civil que no llegó a explotar. Mi jefe no mostró mucho interés por mi artículo; su único comentario fue: alguna vez les tenía que ocurrir a los ricos.

El lunes de la semana siguiente, una nueva explosión allí. ¿Otra vez las tuberías? Mala suerte tienen estos, me dice; acércate y lo sacamos, añade algún testimonio. Veo un agujero muy parecido al anterior a doscientos metros en la misma calle, paseo del Conde de los Gaitanes, en dirección al Club de tenis; dos o tres chalets presentaban desperfectos importantes en las fachadas. Un testigo afirmó que el suelo ascendió hecho pedazos con un estruendo, los bloques desprendidos se estampaban contra la marquesina del autobús y los coches aparcados. Su relato algo fantasioso se sobreponía al aullido desesperado de las alarmas que nadie había desconectado. No se puede vivir con sobresaltos, me dice llorando una chica que salía a correr por la colonia.

Pienso en los contratiempos, en el azar, que de pronto la vida corriente se interrumpa y se apague alrededor de un suceso imprevisto. Un acontecimiento que nos perturba, que también promueve nuestra sociedad del espectáculo y necesitamos para salir de nuestra vida de calendario.

El viernes surge la noticia, ha saltado por los aires una casa a la hora del desayuno con una familia dentro. Cuando llego se encuentran aún las ambulancias, un coche de bomberos que corrió desde el parque de Alcobendas, la policía; cada servicio con su juego de luces como un señuelo. ¿Hay damnificados?, pregunta alguien; nadie contesta, pero yo distingo un cuerpo tapado sobre una camilla. Los vecinos se quedan lejos, prudentes, apenas hablan. Consternación, pienso, saber que podía haberte ocurrido a ti, a los tuyos, en vez de a esos otros. Fotografío la casa desmantelada, sus paredes de colores al aire, un armario y un espejo absurdamente indemnes, el tejado apenas sostenido por muros de carga que podrían derrumbarse ahora mismo. Me atrae el deseo mórbido de la destrucción, la violencia contra lo que se cuidaba tanto. ¿Soy una insensible? No es por eso, me justifico, sino por conocer esa posibilidad real que ocultan las cosas.

Esto ya no es casualidad, dice el jefe como si yo no lo supiera, y me observa pensando que tendría que haber averiguado algo más. Me encojo de hombros. No se interesa por mi opinión. Redacto la noticia. La envío, con tres imágenes para que elijan ellos.

Estamos Eduardo y yo en el sofá esa noche. Me he tumbado de espaldas sobre él, me tiene abrazada y me acaricia el pelo. Alguien los odia, dice. Pienso si comparte un rencor de clase. Se lo pregunto. Yo no, responde, a mí esa gente me da igual. A ti te da igual, hago el eco. Habrá personas inocentes viviendo allí, le digo. Se calla. Siento el roce de sus dedos en mi nuca, un masaje que me tranquiliza.

Cuatro chalets esta vez, nos hemos enterado por la radio, la televisión da paso a un informativo especial; súbete al coche y corre para allá, me ordena el jefe. Cruzo la ciudad pensando en ese barrio al norte de Madrid al que se califica de selecto, privilegiado, exclusivo… los adjetivos recurrentes, casi tópicos para La Moraleja, una isla rodeada por autopistas, la M-12, la A-1, la R-2, con forma de tumor en la que se ha cebado, ya no hay duda, algún tipo de persecución.

Con el trasfondo de la maravilla de sus árboles de ramaje pardo, verde, anaranjado, coloreado por el atardecer, veo la aniquilación de las mansiones, de la vivienda y del jardín donde se colocan la barbacoa, el columpio o la canasta de baloncesto según la edad de los críos. El estruendo tuvo que ser increíble. La columna de humo y las llamas parecen un símbolo mudo. Me quedo alelada, siento una mezcla de irrealidad y concreción que me sujetan. ¿Cómo es posible? Las luces de los vehículos que han acudido parpadean, más brillantes en la noche que acaba de venir; la gente llora y se escandaliza. ¿Por qué nos hacen esto a nosotros? ¿Quién está detrás? Se desesperan por encontrar la causa, la razón, es decir, al culpable. Eran vecinos míos, grita una mujer. Un hombre alto con porte de militar habla para quien le interese. Esto solo puede ser obra de un misil. A nadie parece importarle.

Rodeo el lugar de la deflagración, no me dejan aproximarme mucho y aumento el zoom de mi móvil para precisar las fotos y que no parezcan de aficionada. Las casas han desaparecido; las más cercanas a ellas tienen los frentes destrozados como cuando un punzón pica una hoja de papel. Las farolas no funcionan y hay partes en penumbra que no permiten ver lo ocurrido, borran el hecho de la vista; pasa un perro husmeando que tira por la cinta de su dueño, y siguen adelante por en medio de la calle. Pienso, es una pequeña parte de lo que supone una guerra, las heridas de esa violencia que no afecta a todos; al otro lado, apenas una veintena de metros más allá, se distinguen las casas que se han librado.

Vuelvo a donde estaba y busco al militar. ¿Un misil lanzado desde un avión?, lo abordo, ¿y cómo es que nadie lo ha escuchado volar? Me mira con desdén mal disimulado. Aviones silenciosos, invisibles, me responde, no necesitan dejar huella. Luego se marcha como si guardara un secreto.

Una guerra. ¿Contra nosotros?, ¿por parte de quién? Son terroristas. Nadie ha reivindicado los atentados. Han tomado ese barrio como conejillo de indias. ¿Con qué objetivo? Probar sus armas. ¿Qué armas? Cada vez los golpes son más contundentes. Allí hay varias embajadas: de Qatar, Arabia Saudí y Emiratos Árabes. Y Senegal. Sin embargo, no han sufrido daños. Todavía. Se discute en la cafetería. Arden los medios, se exigen explicaciones al gobierno, ¿qué hace el Ministerio de Defensa? ¿Es que Inteligencia no sabe nada? ¿Por qué no actúa ya el Ejército? ¿Quién manda aquí?

La gente tiene miedo, una treintena larga de familias bajan las persianas, se montan en sus coches y abandonan sus hogares. En la misma puerta, los reporteros de las televisiones los entrevistan; el país entero ve sus lágrimas al tratar de hacer entender qué sienten, su necesidad de librarse del peligro y la sensación de abandono.

Tendrías que verlo, le digo a Eduardo. Ya lo he visto, me responde. No, en persona. Imagina que te ocurriera a ti. Bueno, mujer, protesta. No sé la manera de continuar la conversación. Qué frío eres, le digo. Me enfado.

Un técnico afirma que, en efecto, en el lugar del último ataque han hallado restos de bombas que solo han podido ser arrojadas desde el aire. Lo sorprendente es que esa clase no se fabrica en la actualidad; se trata de un *blockbuster* de dos toneladas semejante a los cientos que lanzaron norteamericanos y británicos sobre Dresde en 1945. Me quedo estupefacta. La presentadora del matinal da paso a los tertulianos y el técnico desaparece.

Como un rastrillo gigantesco que hubiera sido arrastrado sobre el Club de Golf de un lado a otro y vuelta a pasar con un ensañamiento inexplicable, así lo han destrozado. Eso al día siguiente. Y, en menos de veinticuatro horas, la catástrofe del parque comercial de Encinar de los Reyes, sus zonas de restauración, las casas anejas, los setos, los arriates, los vehículos, la calzada abierta tal que una herida. Y en la madrugada, cientos de fogonazos como una siembra de proyectiles graneados caen no se sabe de dónde. La gente huye despavorida, los coches recorren las calles practicables tocando las bocinas, saltan las aceras, alguno choca y continúa como puede. Hay zonas que aún no han sido atacadas; pero ya nadie duda de que les sucederá tarde o temprano. No hay modo de saber a quién le va a tocar a continuación; pero ¿por qué no pasa esto en otros barrios de Madrid? ¿Qué explicación hay? ¿Por qué nos martirizan?

Encuentro también a los que no están dispuestos a abandonar sus casas y reclaman del gobierno una solución; una vecina dice haber escuchado unas declaraciones del presidente, otros lo insultan. Alguien pregunta por qué no han bombardeado las embajadas, o culpan a las embajadas; se discute a voces. ¿Cómo voy a irme?, pregunta a quien quiera escucharla una señora mayor. Entre los chalets destruidos, el de una exministra, el de dos futbolistas, una modelo y un fotógrafo muy conocido; tuvieron suerte, se encontraban fuera en ese momento. En las redes la gente recuerda que La Moraleja hace

unos años quiso «independizarse» de Alcobendas para no pagar impuestos más que en su propio beneficio. Para colmo, aparece diseminada entre las casas abundante metralla proveniente de munición que no se utilizaba desde la guerra contra el Egipto de Nasser. Todo el mundo se vuelve loco y nadie entiende nada.

Paseo entre las casas; hay un olor extraño en el ambiente, recuerdo lo que escribieron excombatientes sobre el napalm y la película de Coppola; pero no sé identificarlo. Supongo que es dinamita, aunque nunca la he visto. Lo que sí puedo asegurar es que no se escucha el viento. Me doy cuenta ahora. Ante esa falta me siento como metida en un siniestro escenario. Somos seres humanos perdidos entre construcciones que van una a una cayendo por una devastación que únicamente nosotros hemos producido. Qué otra cosa cabe pensar.

Un chico joven me dice con lágrimas en los ojos que su perro ha desaparecido y no sé qué contestarle.

Justo al día siguiente, el jefe me releva. A partir de hoy, el asunto de La Moraleja lo lleva Mariano. Es lógico, soy la última en el escalafón, él trabaja desde hace diez años en el medio y tiene una trayectoria; que me lo haya anunciado debería considerarlo un cumplido. Pero quiero quejarme, me puede la rabia. ¿Te parece que no soy capaz de seguir yo las noticias?, me atrevo a preguntarle. Claudia, bonita, no lo pongas difícil. Me marcho al baño y lloro de impotencia. Recapacito si los artículos que he escrito eran malos; claro que no, me enfado conmigo misma por recapacitar. Es una decisión injusta y no debo verla desde su lado. Me enfurece su poder.

A la mañana siguiente, veo que mi competidor ha colocado sobre un corcho un mapa ampliado de La Moraleja que habrá sacado de Internet, unas chinchetas de color rojo marcan los puntos de los ataques. El imbécil busca un patrón como en las películas, creyendo que así podrá entender algo.

Eduardo procura calmarme. No lo consigue. Cuando le cuento que sufro pesadillas y me despierto de noche, alaba mi entrega, mi profesionalidad. Me suena paternalista y falso pese a su buena intención; le digo que ha decidido esconderse en su propio pozo para no sentir nada; entonces él evita que discutamos.

Cubro la gira de un grupo de rock, los preparativos navideños que cada año se adelantan más, las recetas tradicionales de esas fiestas, entrevisto a un vendedor de artículos de broma y a una castañera. Me aburro. Redacto sin ganas cada vez, nadie lo nota, solo yo porque reconozco cuando mi falta de voluntad me aplana el estilo. He dejado de mantenerme al tanto de la noticia. No sé si se han suspendido los ataques o es solo mi desatención lo que me produce esa sensación de que se ha llegado al final. Un día ya no estoy pensando en La Moraleja ni en sus misteriosos proyectiles del pasado, ni en las preguntas sin responder, ni en las casas devastadas. Hay una experiencia por la que todos tendremos que pasar; a mí me ocurrió con mi padre.

Acabábamos de enterrarlo y alguien encendió la radio; sonaba la alegría de unos locutores jóvenes anunciando un evento. Experimenté el choque brutal de que, mientras la congoja nos desbordaba a mi familia y a mí, para ellos y sus oyentes, para todo el mundo, nada había cambiado. Y comprendí, sin querer aceptarlo, que una tarde cualquiera prestaríamos nosotros también atención a esos anuncios que ahora parecían fuera de la realidad, y serían otros los que no podrían soportarlos. Le dije a mi novio que las cosas no están siempre a nuestro alcance, aparecen, desaparecen al margen de nuestra voluntad. Sé que se ríe un poco de mí cuando hago frases, me llama romántica, intelectual; dice que su misión es bajarme a la tierra, yo le respondo que acabará hundido en el barro.

Otra noche se ha venido a cenar y saca el tema. Me informa de las hipótesis que circulan por ahí. El sabotaje de un loco de la propia Moraleja que odia el mundo en que vive. Una conspiración internacional contra España por su pertenencia a la otan, o una teoría aún más increíble, que un núcleo de la propia organización atlántica sea la responsable. Siento que la gente no inventa sino disparates. No hay indicios de la autoría, me cuenta, no hay la menor pista, que se sepa, no constan maniobras de aviones ni rastro de lanzamientos desde un cohete, una nave o un barco. Nada. Yo creo que son extraterrestres. Me río, te valoraba en más, ¡extraterrestres! ¿Y para qué? Reflexiona un poco antes de contestarme. Para conocer las reacciones de los que sufren los atentados y del resto de nosotros. No hace falta hacer experimentos para saber eso, replico. Me incorporo: Los países matan por interés económico, por ganar territorios, por expulsar a quien haga falta para unificar su etnia, su lengua o su religión. (Son las conclusiones del *think tank* de mi mesita de trabajo, le digo). La gente mata por sus ideas. Por sentimientos, añado.

A la tarde busco información sobre lo que sucede. La Moraleja ha seguido recibiendo ataques indiscriminados, casi la totalidad de los vecinos ha huido. Más de cuarenta chalets, veintitantas calles y paseos, cuatro restaurantes, las instalaciones de pádel, el campo de golf, arrasados; las embajadas se mantienen en pie y allí resisten algunos trabajadores, el personal diplomático se ha trasladado al centro de la ciudad. Solo quedan los recalcitrantes o los que no tienen un lugar mejor adonde dirigirse, o los que exhiben una dignidad temeraria. Veo por la televisión a un anciano decir que a él lo sacarán con los pies por delante y gritarle al gobierno. Además, hay que considerar lo insólito de la balística: entre los escombros y la tierra reventada, bombas que se utilizaron en los Balcanes por los aviones estadounidenses, incluso por los artilleros nazis nada menos que en el frente de Stalingrado. Eduardo me pregunta si esas armas de otra época, empleadas ahora sobre un pequeño barrio de nuestro país, no me parecen una metáfora. Y le contesto que no, que en una metáfora no hay muertos.

La Moraleja destruida, me quedo pensando en mi cama, gente de

aquí son las víctimas, personas indefensas, tranquilas. Se me figuran en el techo espirales de humo con cuerpos que luego desaparecen, y los trazados rectilíneos de proyectiles que después se rizan. Qué locura. La destrucción de otras partes del mundo y de Europa por la propia Europa. Y pienso en el libro de Julián Casanova que me recomendó una amiga donde registra las matanzas, hambrunas y crímenes provocados en nuestro continente, las violaciones, los presos que se dejaron morir de frío. Abandoné asqueada en la página cuarenta y una, lo guardo en un cajón para no verlo antes de devolvérselo.

Me quedo mirando la luz casi acabada que se despide en la ventana de mi habitación como para recordarme que el ocaso es la clave de esta tierra del confín del mundo llamada Occidente. Y me acuerdo de un hombre con las ropas destrozadas, vivo de milagro, que alzaba su puño contra el cielo para lanzar maldiciones. De otro que se le unió, y una mujer, y hasta un niño que levantaban los ojos a lo alto y gritaban. Malditos seáis, malditos, que recibáis vuestro castigo, malditos, que os pase a vosotros lo mismo que nos estáis haciendo. No tenéis perdón, miserables.

Había más de un colegio allí, calles y viviendas, parques, y centros cívicos donde reunirse, jugar y conversar, había hermosos árboles desperdigados por doquier, y hasta un bosquecillo en el que incluso podían anidar diversas clases de aves, yo lo he visto, como también su fuga repentina y unánime en bandadas para no volver nunca el día en que entendieron instintivamente que no había solución. La Moraleja brillaba elegante sobre un promontorio, no era un lugar malo para vivir. Nadie podía imaginar su destrucción. En los aledaños al Camino Viejo de La Moraleja fueron asesinados 15 niñas y niños: los hermanos Carlos Fuensalida Martínez, de dos años, Marina Fuensalida Martínez, de siete, Pablo Fuensalida Martínez, de 10, y Ángeles Fuensalida Martínez, de 11. Otros cuatro hermanos, Borja Muradiel Peña, de tres años, Ángel Muradiel Peña, de cuatro, Guadalupe Muradiel Peña, de cinco, e Isabel Muradiel Peña, de seis, también perdieron la vida en los ataques. David Sánchez Perroso, de 11 años, Lourdes Jiménez Sanz, de 16, Estela Koreander Binéfar, de cinco, José Carlos Arrieta Belchi, de 11, Isidro Sánchez Castilla, de 13, Efrén Miroslav Bene, de 17, y Javier Tortella Pinarés, de 17. Junto al Parque El Encinar Sur Miguel Mesanza Fanetti, de tan solo cinco meses, murió junto con sus hermanos Enzo, de cinco años, y María, de seis. En el Soto de La Moraleja también murieron: Felipe Castillo Lara, de cinco años, Mari Carmen Perlado Huela, de 12, Estefanía Alegre Brocal, de 14, Mario Diéguez Latuna, de 14, Estanislao Vendrell Calvé, de 16, Fátima Pérez de Cuenca Beltrán, de 17, Lina Huéscar González, de 16 años, Jacinto Menéndez Alpardo, de 16 años, Miguel Ángel Yanis Stovicz, de 12, y Claudia Llanero Pimentel, de 11. También murieron a causa de una sola explosión cuatro hermanos: Susana, Guadalupe, Óscar y Ricardo, de la familia Apellániz Lacasa, y tres hermanos de la familia López Custodio:

Eduardo, Francisco Javier, Alejandro y Sara. Murieron también Estrella Monteamor Fuente, de 13 años, y Refif Abu Diar, de 11. Y allí, al lado mismo de aquel barrio humeando, la formidable A-1 de tres carriles por sentido con su tránsito incesante de vehículos de Madrid en dirección Burgos y de Burgos en dirección Madrid.

Lacrimosa. Pleberio

Pleberio se asoma a la ventana de la torre y contempla el marcharse suave de la tarde sobre el mar. A lo lejos adivina una de las naves que ha construido y que están probando en una singladura de cabotaje. Conoce perfectamente el nombre, las dimensiones y la carga que es capaz de contener; se trata de un barco mercante que, enseguida, partirá hacia el estrecho de Panamá, al de Ormuz o a China… de eso ya se desentiende. Conoce las ganancias que ha obtenido, las que declara y las que oculta. No es dinero en realidad, son números que añadir a otros números; no es un montante que necesite para comprar nada, no hará una transacción por objetos o servicios. Su valor culmina y acaba en el hecho de conformar la nueva cifra. Agita con una vibración de la muñeca el vaso de whisky en que se golpean los hielos apenas, levanta el brazo, toma un sorbo y vuelve a dejar caer con cuidado el brazo cuan largo es.

Su mujer entra de golpe sin llamar, como tantas veces. Oye que perora mientras no deja de moverse, de agitarse más bien; aunque se dirigía a él, se ha detenido, traza un semicírculo, y ha vuelto a detenerse delante de unas carpetas o unos adornos, quizá los corrige al mismo tiempo que expone su idea o se queja o le propone un cambio. De pronto cesa en su discurso, ¿qué te parece? Él ni siquiera ha configurado la opción de responder cuando ella retoma sus razonamientos. La voz se alza y desciende, se distrae o precipita; por las alteraciones del ritmo intuye que ha pasado a otro tema; no cuando ha terminado cabalmente el anterior, sino a golpes de su espíritu. Mientras Pleberio contempla el paisaje sin la menor variación, y da un nuevo trago, sabe que su mujer, Alisa, acabará apoyándose en su hombro, le susurrará alguna decisión al oído y, acaso, lleve su mano hasta la suya y se apodere del vaso. Te gustaban los de color carmesí, oye que le dice. Sí, le contesta sin preocuparse de entender. Alisa ha sonreído y explica algo de compras, o de un estilo diferente y de lo que se está llevando en Nueva York según cualquier revista. Él adivina que ella se ha contemplado en el espejo, que rectifica un detalle que considera imperfecto en algún mueble y ya se impacienta; conque escucha el final de una frase, «ando», que reconoce como la protesta de una afirmación a menudo repetida: «No me estás escuchando». Carraspea y calcula que falta poco menos de una hora para la puesta de sol, los tonos del mar adquirirán su aspecto vinoso, los naranjas y rojizos irán conquistando los azules y claros, las nubes se habrán disuelto y el cuadrado negro caerá engullido por la superficie del agua. Su mujer ha resuelto su problema a su manera y ahora se allega hasta él, le apoya las dos manos en el hombro, las entrelaza; quiere ser cariñosa. «¿Qué miras?», dice junto a su oído.

Luego se aparta sin esperar la respuesta, da unos pasos a su espalda; cree que nombra a alguien, a una amiga, a un asistente, escucha esos tacones

teclear el suelo; hay un punto nervioso o de entusiasmo que ni siquiera se atenúa cuando cierra la puerta.

Pleberio bebe un trago no sin antes considerar la marca de carmín con que ella le ha ensuciado el borde y evitarlo con una mueca de asco.

El mar está tranquilo a esta hora. Es posible.

Bebe otra vez.

Piensa que no se parecía a ninguno de los dos.

VII. Ofertorio

VII. Ofertorio

La gota

Estando en el abismo, en medio de los tormentos, levantó los ojos […] y gritó: «Padre Abraham, ten piedad de mí; manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, que me atormentan estas llamas».
Lucas 16, 23-24

Ocurre con la gota como con el efecto de una luz intermitente: entre un sonido de su caída y otro, entre un parpadeo y el siguiente, hay un tiempo vacío –de silencio, de oscuridad– hasta que vuelve a oírse o a verse. A veces, no sé por qué, ese tiempo intermedio se siente tan grande que se cree que el fenómeno de la gota o de la luz que destella ha desaparecido. Un tiempo extraño, angustioso quizá.

Dejo el libro sobre la mesilla. ¿A dónde vas ahora? ¿Es que a ti no te molesta? Tanteo por el suelo para encontrar mis zapatillas; evito tropezarme, me trastabillo; mediocalzadas salgo de la habitación. La puerta. Ya.

Me dirijo a la cocina sin vacilar. Cierro los grifos, primero el del agua caliente –se habrá quedado mal después de fregar, otro descuido–; a continuación, el del agua fría, por si acaso, me da igual cuál sea. Hago el camino de vuelta, entro en la habitación, dejo las zapatillas, me acuesto, constato que no hay preguntas, abro el libro. Una frase larga, larga, su artificio va recogiendo ideas, matices, un poco de cada cosa, empezó hablando de una habitación en medio de un recuerdo que luego ha asociado con los colores coincidentes de un vestido… Hay que estar atento con los escritores de esta corriente –a veces me devano los sesos pensando qué tipo de lecturas conviene para las noches, si algo ligero, si el periódico del día que acaba, si los últimos clásicos; casi nunca decido nada para alternar con todo–. Apenas he conseguido acabar un párrafo porque la dichosa gota reaparece.

Ahora qué pasa. Pero es que no lo oyes (pareces sorda). Repito la operación de antes. Va a entrar frío. (No respondo).

Solo hay agua en la cocina y en el baño. La cocina está lista: es el baño. En la memoria guardo que a ella le molestaba la caída precisa de la gota en el agujero del desagüe y que, durante un tiempo, colocaba la bayeta encima para que el sonido se amortiguara. Observo el extremo del grifo: no se ve una gota ni un temblor haciéndose. Cierro la llave con determinación.

En el pasillo de nuevo, me detengo a escuchar. No oigo nada. ¿Es el intervalo engañoso? Espero un tiempo, pendiente de la gota que no comparece. Asunto resuelto; cuando he vuelto a la habitación, ella me repite: ¿qué hacías tanto rato? ¿Es que no te molesta la gota? ¿Qué gota? Ninguna. ¿Qué gota? Oía una gota.

No estoy loco, se oía una gota. Me molesta ese ruido, me irrita. Hay

otros que también: cuando vacío mis bolsillos y alguna moneda cae al suelo o sobre la mesa lacada y empieza a girar y sonar y suena y gira muchas veces que parece que no se va a cansar nunca y pienso si le da la gana a la moneda girar así, tanto rato, solo por molestarme. (Antes de que lo digan, ya lo sé: pensamientos como este de dar vida a seres inanimados es típicamente infantil; lo reconozco, tal vez yo sea una persona algo obsesiva). Me molestan los ruidos que hacen los objetos por sí mismos, me da la impresión de que se burlaran: ese es mi análisis. El agua, escapándose en pequeños perdigones, vale de ejemplo, debería mantenerse bien sujeta, por decirlo de algún modo, en su tubería. No tolero su rebeldía absurda.

En cuanto levanto la capa de las sábanas y el edredón, vuelvo a escuchar la gota. Suspiro de disgusto. Ahora qué pasa. Antes de que lo piense, ella ha indagado en mis reacciones. Aún no sé si mi lamento tiene algún sentido y ya me pide cuentas. Por qué suspiras. Suspiro porque otra vez oigo la gota. Mi explicación es un exabrupto y un reproche: ¡esa maldita gota, ¿no la sientes todo el tiempo?! Se reacomoda en su lectura, molesta: ¿te puedes quedar quieto? ¿Tú no la oyes?, insisto. En su silencio va un no. Ahora yo también estoy furioso, retomo el mismo camino. Recuerdo mis operaciones anteriores, intento razonar; pero un problema tan sencillo solo requiere repetir los mismos gestos salvo que empleando más violencia: entro en la cocina, cierro el grifo del agua caliente, cierro el grifo del agua fría, las dos veces hasta el tope, y me pongo a mirar el resultado.

No cae la maldita gota. No cae nada. Espero un poco y vuelvo a apretar, a toparme con el tope, lo fuerzo, examino la boca de cada grifo: nada y nada. En orden. Voy al baño, idéntico resultado. El lavabo, la ducha; todo correcto. Y ahora qué.

Me siento un idiota.

Ya sé por qué. Otra de las cosas que me molestan es no resolver los problemas al primer intento; no ejecutar nunca una acción con la seguridad de que ha surtido efecto. Ignoro el motivo por el que casi siempre tengo que realizar dos operaciones. No porque sea un inseguro compulsivo (como los que comprueban insistentemente las puertas y ventanas, o que la luz no quede encendida antes de salir); sino debido a que la primera vez nunca termina de salir bien: ante mis propios ojos yerro el intento. Eso me pasa. Y aunque lo remedie luego –como en este caso de los grifos–, no me abandona la sensación de molestia y perplejidad, de estupidez, porque no consigo rematar algo como quería.

Continúo en el pasillo. No pienso volver al numerito de la habitación sin estar completamente seguro de que la gota ha dejado de sonar. Me quedo muy quieto, como un espía de mi propia casa. El intervalo de la gota con mucho ha sido superado. No debería oírse ya (porque, eso sí, los sonidos mecánicos como el del agua o las monedas resultan de una racionalidad absoluta: suenan con la regularidad que deben) y, sin embargo,

continúo esperando, con lo que la gota demuestra su poder para mantener a un hombre durante más de un minuto con la atención puesta en que lo sobresalte el ruidito fastidioso.

He oído la gota, no obstante, desafiando la lógica: es decir, mostrando de nuevo mis limitaciones prácticas.

Un sonido redondo, preciso, instantáneo, sin eco. Una esfera de agua sobre algún lecho de agua. Y otra vez el silencio. Ya no está la gota. No hay gota. No habría por qué molestarse. Sin embargo, persiste la irritación, rondándonos, la certeza de que otra igual se acerca, de que su leve golpe brotará de improviso. No se oye, pero sabemos de su inminencia, podemos calcular el intervalo, si le prestamos atención acertaremos en decir cuándo vuelve. Y viene con su sonido, en efecto, inanimada y exacta, a su cita, la gota.

Llega a mis oídos, que soy el único habitante de la casa en vilo por ella. La gota será egoísta, por supuesto, actúa movida por sí y para sí… con todo, resulta innegable que el hecho de que su sonido al caer me soliviante hace que establezca una relación conmigo, que exista para mí, que me concierna.

¿No puedo evitarla?, entonces quiero medir la gota: la ato a mi conocimiento. Mido los intervalos y calculo cada vez su retorno. Enseguida me acostumbro a su regularidad. Ahora sé que llega y cuándo llega. Triunfo. Veo que podemos acertar y consolarnos con ese acierto. Pírrico triunfo. Al final, no nos engañemos, vence la terquedad de la gota.

Estoy agotado, solo cuando estoy agotado se me ocurren ideas absurdas. Hoy es jueves, son más de las doce. ¿Qué hago en medio de este pasillo a oscuras y en pijama escuchando una gota? *Esta* gota que acaba de repetirse.

¿Para qué ir otra vez a la cocina y al cuarto de baño? ¿Vuelvo a apretar los grifos? Sí, vuelvo a hacerlo. Los examino, no pierden nada; aunque así fuera, ese ruido de agua contra agua no es posible porque la pila está vacía. ¡El bidet! ¡Qué tonto no pensar en él! Nada. Los cierro de todas formas, a conciencia, cada uno, apretando. El ruido de gotas no viene de ahí… Y no hay agua en otro sitio… ¡El radiador! Regreso al lugar de mi observación. Intento localizar la procedencia del sonido. La gota. Es verdad, tiene que ser un radiador. Sigo esperando. La gota. El del estudio, quizás… Sí… La gota. No. La gota. Por un momento debo recapacitar más a fondo. ¿Seguro que es un sonido de agua? ¿Sí? La gota. No sé qué pasa. ¿Cuánto tiempo llevo con esto? La gota. Sí, es el radiador, el radiador del estudio. Hemos apagado la calefacción, pero tendrá aire y por eso hace ruido, los pequeños estallidos de las burbujas comprimidas que por azar suenan como si fueran agua. La gota. El radiador, seguro.

Entro en el estudio. Aplico mi oído junto al radiador. Parece un organismo, su cuerpo todavía expele un calor reconfortante; es agradable

pegarse a él; ofrece un aroma a hogar, a un sitio amable, se está a gusto a su lado… Han cesado todos los ruidos.

Pienso en el estudio: ella se encierra aquí cada tarde, prepara sus artículos para las revistas de coleccionista y los suplementos; envía uno o dos al mes y se los pagan. Yo casi nunca entro, no me gusta su desorden. Dice que el caos es inspirador, a mí me parece que se justifica. Le molesta que en la casa haya objetos fuera de lugar, sufre arrebatos repentinos de impaciencia –algo parecido me ocurre a mí cada tanto–; pero el estudio no, es su reino inviolable, la desorganización ahí no importa. Yo no entro y en paz. Además, huele raro, a papel, eso dice ella; no sabía que el papel oliese tanto, o el cuché. No me gusta mucho; aunque ahora sí, el radiador calentito como el cuerpo de un animal me irradia en el pecho.

Me incorporo y siento un escalofrío que me serpentea por la espalda y baja casi hasta las pantorrillas. Mucho calor, por un lado, nada por otro, dicen que es catarro seguro. Un resentimiento me araña los lumbares a causa de estas ideas, por verme fuera del dormitorio o del sueño; al salir de su cuarto se me recompone la tristeza.

Estoy en el medio del pasillo en medio de casa y suena la gota.

No sé de dónde viene. A ratos parece que de la cocina, a ratos que del aseo, o de su estudio, o incluso del piso de abajo. Es desconcertante, ya no sé dónde buscar, en qué fijarme. Como si fuese un mensaje, un juego o una broma organizada para volver loco a un tipo en el interior de su propio domicilio, un escondite de gotas, un juego de pistas sin pistas que perseguir; algo imbécil. La gota misma a veces parece que no es una gota, pero luego sí que lo es, se comporta como una gota –con sus intervalos– y como tal repiquetea. Solo que no viene de ningún lado ni cae en ninguna parte. No se puede evitar, ni taponar, ni cerrar. (En medio de tal encadenamiento de ideas he vuelto a los mismos sitios de antes, he repetido o desestimado después de amagarlas, las mismas operaciones; me he convencido de que estaba todo bien, me he desesperado, un poco, más, todavía).

Llego a la conclusión de que la gota sucede en mi casa, pero no procede de ningún lugar reconocible. O eso, o estoy rendido, o soy demasiado tonto y tendré que pedirle a ella que investigue mañana por mí.

Barajo mis opciones. No me queda más recurso que volver a la cama… Ahora ya no suena, no. No suena. Ya digo, o el intervalo vuelve a ser engañoso.

Al entrar en nuestra alcoba descubro que ha apagado su lamparilla y duerme.

En el medio del sueño, o justo en el momento de despertarme, he tenido la siguiente revelación que, sin embargo, he recordado: la gota ha estado sonando hasta que te has convencido de que no procede de la casa.

No es de día. Miro el reloj: las tres y diez. Duerme. Puede verse

como un mensaje cifrado: a primera vista, el signo es absurdo; pero su sinsentido, a fuerza de rondarlo, acaba mostrando una dirección. Escucha la gota, indaga en su origen, constata que no puedes localizarlo, sigue escuchando la gota, admite que es real –esto es importante: no serle infiel–, la gota es verdadera, verdadera aunque inexplicable: ¿ya te has dado cuenta? Suficiente por hoy. Y la gota cesa. El mecanismo que mueve esas gotas no es un mecanismo ciego, su pedagogía es extraña, burda, quizá tan extravagante que hace peligrar su objetivo. Esta idea de la pedagogía hace que me sienta como un niño: peor: como un pelele a quien le enseñaran tirándole de los pelos, quiero decir, de los hilos.

Siempre me ha angustiado despertarme en medio de la noche: como si una voz secreta me llamase para una cita imprevista. ¿Qué pasa? Y no pasa nada. O sí pasa. Lo he sabido más tarde, de adulto (y no por eso la angustia ha cesado): la cita es conmigo. ¿Qué falta? Hay algo pendiente de la vida diurna; algo que reclama un derecho, que pide atención, o justicia, o una recompensa. Me despierto en la noche y me encuentro culpable. ¿Qué es lo que debo y a quién, puesto que no estoy dormido?

Mi amigo Juan Carlos dice que hay un argumento para probar el misterio de la existencia de Dios, el del sueño. ¿Cómo entender que los seres vivos necesiten el sueño? ¡Es una idea increíble! Si se da una vida y su innumerable riqueza, ¿para qué existe todo ese largo tiempo vacío acumulado? Imagino campos enormes en mi ciudad, sembrados de camas en las que duermen personas; pienso en esa inconcebible semejanza de millones de seres unidos en no hacer nada: en ese tiempo indispensable (para profesores de universidad, para tiranos y políticos, para periodistas con estrés, para trabajadores, para ávidos especuladores, para criminales y asesinos, para sus carceleros…) e inútil. Tan unánime y absurdo.

No estoy dormido; a la fuerza se debe a que he violado una ley que me lo impide. ¿Qué ley es esa? Si lo supiera… Tengo que empeñarme en indagarlo; pero es el malestar, y el cansancio, y ella a mi lado descansando y esos campos a oscuras de mi fantasía los que no me permiten descubrirlo en la extraña verde lucidez de la madrugada. Me revuelvo, reniego, me obceco, me insulto, me entristezco como un muchacho sorprendido por primera vez robando; me justifico, razono, tomo nimias e impracticables decisiones de adulto, me contradigo. Vuelvo al principio.

Y, entonces, la gota… la gota… la gota… la gota… la gota...

Es la gota de un fantasma (aunque yo descreo de los fantasmas); es la lágrima de un espíritu. Se oye caer a un océano de llantos, la que no viene de ningún ojo ni desemboca ni se enjuga. No arrecia, no acaba. No me disgusta esta idea tan falsa. Si hubiera fantasmas no podrían comportarse como si estuvieran vivos, o no habría diferencia con nuestra carne. Los que viven fuera del tiempo, ¿cómo van a reír o llorar? No tiene sentido, no hay ya solución para ellos. Ante la perspectiva de la eternidad, solo pueden

imaginarse dominados por una resignación infinita.

La gota es para mí. La gota es mía.

¡Ahora no suena! Es que he adivinado. ¿He descubierto algún secreto?

La gota existe para que yo la oiga. ¿Suena? ¿No suena? Ha cesado, no; pasó el intervalo. Me he detenido a pensar en que dejo poco espacio entre la lamparilla, el despertador y el libro; y cuando quiero apagarlo a las seis de la mañana, me tropiezo, hago ruido y puede despertarse (además de que a mí también me molesta golpearme, aunque sea un leve roce, con el borde de la tulipa). Me he distraído en eso y ha vuelto a sonar la gota.

Ha vuelto a sonar, es bueno. Significa algo.

Mi chica duerme tranquila. Siempre tan tranquila. Su mundo goza de un orden organizado. Hay que decirlo así para ser precisos. Tiene cada intención en su sitio; y eso es mucho, es casi todo, podría decir. También yo, acaso, tengo mi lugar en su orden.

Hace mucho tiempo que no llora.

Igual que yo. Qué curioso. Hace mucho tiempo que no lloramos, ni por separado ni juntos. A veces se enfada y suelta algún taco: con las noticias, porque discutimos acerca de mis padres y mis numerosos hermanos, a causa de la ineptitud de sus jefes –tiene cuatro repartidos por el escalafón– que ellos hacen valer con su varonilidad. Ya no se queja de mí. Aparte de los incidentes cotidianos, claro, de su criterio específico…

Ella no tiene los oídos vueltos a la gota. Y eso que no es torpe en absoluto, al contrario; me aventaja en inteligencia, en cálculo, en capacidad de relaciones. Quizá por eso. Quizá sabe incluso lo que ignora. Quiero decir, ella es una mano muy blanda y cerrada. La gota no penetra. No deja la palma desnuda para comprobar si llueve, tal vez ni le hace falta porque lo ha visto a través de la ventana. No tengo ni idea.

La gota. Es travieso el sonido de la gota, bien mirado. En medio de la noche dispone de su momento, aparece, se descubre simple y constante, casi no quiere molestar, aunque fastidia –seguramente lo sabe–; satisface su capricho. Estoy oyendo la gota en un sinsueño que ya está empapado. Cuando mis pensamientos bajan a lo profundo, dejo de oírla; en cuanto me distraigo, suena de nuevo su campanilla mojada.

Ahora ya no me importa que el mundo se duerma. Esa gota es la mía.

Quiero de pronto llamarla, interrumpir su descanso. (Estoy casi a punto de cometer la torpeza). Me siento dichoso con esa caída implacable. Con el regalo de esa sílaba que me está convocando y me mantiene alerta.

¡Voy a llamarla! Hay cosas sobre las que hablar. Que hace mucho que no lloramos juntos, que cuál es mi lugar en nuestro futuro, que si quiere que busque un trabajo distinto o que nos traslademos a otra ciudad. Pensará que he visto un espectro. Y no ha sido un espectro, ha sido una gota, un

rosario de gotas, unas palabras juntas que van formando frases; ha sido un oráculo.

Me estiro en la cama y estoy satisfecho. Tengo prisa por que amanezca. Deseo.

Mi felicidad consiste en que no todo está perdido.

De algún sitio proviene este don que me despierta.

VIII. Santo

VIII. Santo

Cuento sobre el destino

En enero de 2001 comenzábamos el nuevo milenio con aquella moda de entonces, las alegrías de siempre de las copas, sin teléfonos móviles a nuestro alcance todavía, los roces buscados y yo pendiendo de un hilo. Si una mirada se adivinaba decisiva, había que seguirla con las palabras dichas al aire de la cara, y escrutar en la risa y los guiños las reacciones, o en el juego del cabello entre las luces de color. Me dejarás seguirte, luego una llamada posible, el día de mañana. Resultó. Iba a salvarme, iba a empezarme y la fruta de la vida se abriría para mí. ¡Dios, qué hermosa era! Desaparecía la amargura de aquella otra mujer sobre el envés del tiempo de atrás, malsano, burdo, culpable, que me exasperaba y me había llevado a las monstruosidades. Ya no. Ya me había liberado, me encontraba del otro lado de la sombra, con otra piel, otro corazón y otra meninge.

Algunos achacan todo cuanto sucede al destino; yo le di gracias a Dios.

Nos veíamos y se rizaban las palabras, llegábamos al cruce y nos cedíamos el paso, chocábamos, nos reíamos, emprendimos dos o tres paseos por el laberinto y al final nos quedamos serios uno enfrente del otro; casi no hizo falta el pensamiento, le extendí la mano, la mantuvo y nos besamos. Con los ojos cerrados olía su perfume. Nos besábamos. Nos estábamos besando allí, en un sitio recogido del barrio de Villalara, en el espacio que nos veía nacer.

Andaba borracho aquellos días, ebrio de lo inesperado; intuía lo que iba a ocurrir, las inseguridades desvanecidas de pronto, una desconfianza propia que esa mujer había arrancado de mi alma podrida. Todo era luz. Había encontrado el inicio. Era un querer tan intenso que ni siquiera se terminaba en ella.

Recorrí parques, me quedaba hasta la madrugada insomne, en medio de la noche me despertaba para beber agua, llenaba el vaso y no lo bebía. Sentía emociones repentinas a causa de encuentros efímeros o de una imagen vista en televisión. Me costaba esfuerzo leer. Caminé por calles nuevas. Y fui a una iglesia. Sí. Confieso que entré en una. No creo en el destino. No. No creo en el destino, ni en la vida en otras galaxias ni en el tarot; no creo en nada. Me senté al fondo oscuro en un banco donde nadie me viera, estaba nervioso, no conseguía la tranquilidad suficiente. Al cabo de unos minutos, me puse de rodillas, eso hice; pero me sentí ridículo. Imposible concentrarme o decir una palabra, ni de las aprendidas cuando niño; me manchaba aquella posición mía sin autenticidad, no sabría explicarlo; era un mentiroso cogido en falta. Y no toleraba mentir ahora que la fuente se había abierto. ¿Pero qué

estaba intentando? La gratitud no necesitaba ir a buscarla, crecía en mi interior antes incluso de haberla imaginado. La gratitud.

No se requiere definir esa palabra, no se puede inventar; tampoco construir una teoría del karma u otras supersticiones para la ocasión; eran absurdas las especulaciones. La felicidad se siente o no existe. Y para mí estaba ahí dispuesta, entregada sin que yo hubiera podido arrastrarla por el cabello hasta mis pies.

Ya estábamos viviendo juntos. Amantes reunidos en un piso, hablando de proyectos, de sueños y fantasmas; hacíamos el amor, la conocía en sus pequeños detalles, jugábamos, nos vencía la pereza, hacíamos el amor; me quedaba mirando por la ventana, no pensaba en nada, no existía la prisa; ella silbaba a veces un poquito, cantaba en su cuarto con los cascos en la cabeza y la cabeza loca; me arrojaba sobre ella, le tapaba la boca, me la tapaba ella a mí y los oídos, mis dedos sobre sus labios, su lengua en la mía, me quitaba la ropa, hacíamos el amor; han salido mal las lentejas, los amigos nos visitaban, ¿qué vino prefieres?; gozábamos de la vida, para qué explicarlo.

Yo empleaba lo que sabía de informática en una empresa nacional y nos fue bien. Ella se examinó para enfermera. Yo salía cada mañana a la oficina, todo me daba lo mismo, cualquier contratiempo me divertía. Trabajaba mis horas, no hacía mucho caso al jefe; en el desayuno escuchaba los embustes y las ganas de vanidad de un compañero, yo no contaba nada de lo importante, qué les incumbía. Me tomaban el pelo, pagaba mi ronda y seguía de buen humor. Pero ¿conoce la constancia el tiempo?

Un año y medio más tarde, sucedieron los rumores. Llegó el día temido: apareció un especialista de los que contratan para reducir el personal y echaron a siete ni mejores ni menos competentes que los demás; a los supervivientes nos bajaron el sueldo. Vi las caras largas de la injusticia; nos dieron como argumento algo de que no sé cómo qué, se aludió al término beneficio o la eficacia de la empresa: resultaban equivalentes. El hecho era simple: ahí se encontraba la puerta, antes de los ascensores, con su corazón de lobo. Los compañeros habían caído despeñados nada más atravesarla y no volvían; no se habla tampoco de esas cosas, es de mal gusto. Yo regresaba a casa donde mi compañera se había quedado; apartaba sus libros y su ordenador, ¿y esa carita? Se quejaba: fatal, no me entran la mitad de los temas. Hay pollo, ¿te apetece? Claro.

La vida íntima. Existe la vida íntima. En el plazo regular que se cuela entre los quehaceres. Cuando el amor nos deja respirar, se reúne con su amiga, el mío ha ido al gimnasio. No ha llovido, decían que sí. Las calles nos sorprenden como si tuvieran prolongaciones que fueran otras que antes no comparecían, los pies nos engañan por ellas. Allí había una iglesia más bien pequeña que se ha tragado el tiempo. No importa. Entré y dije: Hola, gracias. Qué tal te va. Ya ves. Esta vida tan buena. No podía ser mejor la que me has

dado. No sé. Qué estoy diciendo, qué palabras son estas. Yo dudo de que alguien me escuche. Un domingo estábamos ella y yo en una terraza de la plaza con la cerveza al trasluz, las familias acudían a su templo, serían las doce, muchos hombres y mujeres mayores que se habían arreglado se veían alegres, algunas viudas también, supongo. Míralos, le dije. Ella volteó su melenita. ¿El qué? Nada. ¿El qué? Si no te has dado cuenta. ¿De qué tengo que…? La gente que va a la iglesia. Ah. Puso cara de fastidio. ¿Hay algo interesante en esa recua de endomingados y sus dos mil años de servidumbre?, me dije que debía de decir. Su brillo engañado. Aunque verdadero brillo, le habría replicado yo. Sin embargo, no hablamos de ello. Nunca hablamos del tema. ¿De verdad tú…? Empezó una vez, No, no, qué va. Pero ¿no piensas? No era burla la suya, sino incredulidad, un cansancio irreductible, y yo me quedaba reconociéndolo. Entonces, «el tema» se hundía como la moneda en la ciénaga.

Iba a ver a mi madre más o menos cada quince días, por lo general sin mi chica. Le hacía compañía a su soledad irremediable, tomaba un descafeinado o una cerveza, pastas o aceitunas según la ocasión. Una tarde, al despedirse, me dijo que rezaría por mí; lo dijo bajito, para no molestarme. Y después de un abrazo, sin renunciar al cariño, apostilló que se me estaba endureciendo el carácter. A las madres hay que darles la razón siempre y en cada cosa, cualquiera otra postura es un error; el amor hay que allanarlo, como pasa casi con todo. Me fui sabiendo que tenía mi hogar en otro lado, resguardándome de complicaciones y con un sabor de cobardía.

Mi pareja estudiaba su oposición sin pensar en más fracasos. Lo había conseguido una amiga, y sé que para ella era un dolor inconfesado. Había asistido a su alegría, además. Aprobar no es solo pasar un examen, suspender te arranca la piel si no tienes cuidado; esta vez se veía en peligro. Me angustiaba qué pudiera ocurrir; no por el dinero, sino que algo en ella se desmoronase y me arrastrara también a mí.

Por mi parte, en mi empresa menos personas hacíamos el trabajo de antes por un sueldo que apenas se estiraba al día 30 y, a cambio, acrecentaba más aún los dividendos de los socios. Los salvados continuamos igual que de costumbre. Me entregaba a mi labor como un perro, azuzado por el miedo que he referido. Pasaban las semanas, idénticas. Donde no parecía que hubiera variaciones, sin embargo, las repeticiones hacían su mella. El agotamiento se asume, en efecto; la repetición es sobre todo una causa que transforma la vida. Por extraño que resulte, trabajar en peores condiciones fue un descubrimiento. Embrutecido en mi despachito ante el ordenador durante largas horas, intuía –nunca llegaba a pensarlo– que estaba recibiendo mi merecido; y que eso desvelaba quién era yo realmente, quiero decir, en el fondo de la verdad de mí mismo. No se puede resistir durante mucho tiempo la fuerza de los hechos. Nos desarman los números y aquello de lo que somos obligados a prescindir: el arreglo de una muela, la salida en el puente, el capricho de un regalo. No

existe el destino, no existen las casualidades; el sufrimiento, lejos de ser gratuito, esconde una raíz. A todo esto, ella ya había explotado; se sucedieron semanas aciagas; luego meses de fragilidad, temores, desamparo. Yo no podía hacer nada por mejorar su vida. Y vivía mi propio drama. Me empujaba una cadena de pensamientos, se caían las raquíticas construcciones con que uno interpreta lo que hay; me fue cercando la impía fe en la fatalidad.

Era incapaz de pensar en ella más allá de la tristeza y la impotencia. A la vez, sentía quebrarse mi firmeza. Una simple frase puede resumir lo que me sucedía entonces: «Tengo lo que merezco». Me había ido desgastando hasta reconocer esta idea: «el destino actúa con lógica: nos coloca a cada uno en el lugar que nos corresponde». Nos toca *lo que nos debe tocar*. ¿No hay una verdad inocultable que aflora en los hechos? ¿Y qué se hace ahí? ¿Puede alguien rebelarse porque el cielo es azul en vez de amarillo? Me exasperaba con estas reflexiones; me quedaba fumando en el balconcito de mi casa por las noches y me mordía las uñas. Ahora que, me decía, si el destino es ciego, entonces es cierto también que ni escoge a sus víctimas ni tiene favoritos. El destino no reside en un exterior, no lo envía un poder fatídico. Aunque uno puede sufrir un accidente o al otro tocarle la lotería, serán siempre excepciones. El destino habita en uno mismo, más íntimo que el código genético. En realidad, concluí, el destino *es* uno mismo. Mi mérito y mi debilidad son los que deciden; mi propio esfuerzo, mi mediocridad. Y yo no puedo hacer otra cosa que admitirlo, que admitirme. Me guste o no.

La vida se fue enredando y el asunto del trabajo se volvió menor, contra pronóstico. Para entonces nos habíamos casado. Sus oposiciones se aplazaron por dos veces, el tiempo se estiraba hacia la indeterminación. Y, en esa larga espera de lo por venir y porque el reloj no se detiene, decidimos tener un hijo. Lo deseábamos los dos. Sin embargo, como en paralelo con nuestras expectativas, el hijo imaginado no vino. El ansia de recibirlo se resquebrajaba con los plazos regulares de su demostración, cada mes nos llegaba la pésima noticia. Concebir, qué espantosa palabra; no concebir, qué desgracia; nos vimos sin lugar, sin horizonte, sin un camino por el que adentrarnos. Uno sentía que ese núcleo de dos se había cerrado sobre sí. Éramos los capaces y los incapaces al mismo tiempo, los únicos responsables y los maldecidos sin nadie a quien condenar. De nuevo, mis cavilaciones rompían contra mí. Apostamos a un juego de fronteras tan invisibles como ciertas, que nos recluían y nos revolvieron uno contra el otro, uno contra su verdad, uno contra la nada.

Gracias a un par de cursos que había hecho, ella consiguió un empleo en una farmacia. Se puso contenta, dijo, quizás. Yo me habitué a la inseguridad del mío. Lo esencial, pensé, no había cambiado.

Y entonces, ¿por qué había empezado a discutir con ella, un día de repente, otro también y era raro, un tercero, una continuidad, algo que ocurre, como la pérdida del cabello, sin que te des cuenta hasta que…? ¿Por la razón,

no consciente, de que ya no dependía de mí? ¿A causa de *nuestra* –a saber– infertilidad? (Y, entre otras cosas, cuando ella insistía en que visitáramos a algún especialista y yo me encerraba en la convicción de que no debíamos forzar la naturaleza… ¡qué mala excusa!). De ninguna manera: peleábamos debido a mi carácter. Yo siempre he sido una persona de gustos indefinidos, un tipo inhábil para correr riesgos. Me reconocí envidioso –y rencoroso, que es una envidia tendida a lo largo–. ¿Cuántos amigos tenía?, ¿cuántos me quedaban aún, por mejor decir? ¿Tres?; pero ¿lo eran de verdad?… uno… y cómo me fastidiaba su modo tajante de señalar los errores. Yo nunca fui una persona confiable abierta a los demás, sino un timorato a la hora de expresarme. ¿Y el no hablar a qué conduce? A que los otros no saben nada de ti; incluso a que uno deja de elaborar su pensamiento, y termina por no entender en qué cree ni quién es; todo el rato pendiente de lo que dice este, el de al lado o el de arriba. ¿Qué opino yo? ¿Cuáles son mis convicciones? Mi padre murió cuando yo tenía diez años, ¿qué había recibido de él?, ¿qué enseñanza? ¿No había recogido más que la manía suya de rascarse la barbilla si algo lo incomodaba? Y mi madre, con sus sospechas y su santurronería… ¿no me había dejado una triste herencia? Así había salido. Además, carecía de hermanos con quienes hacer comparaciones.

¿Qué te pasa últimam…? ¡Nada me pasa!

Ni siquiera éramos felices. Ni siquiera había sabido hacerla feliz. Ante esa ineptitud mía, ¿adónde iba a esconderme? ¿Con qué podía compensarla? Con nada. Leí en un artículo de periódico que el hombre posmoderno va a la deriva en una existencia inconsciente, estúpida si se quiere, aunque sin grandes preocupaciones ni sobresaltos, sin emociones ni batallas… como transportado en una canoa, creo que decía su autor, que lo mece mientras lo conduce hacia adelante o hacia las bandas de un círculo enorme cuyas dimensiones no sospecha…

Yo era una especie de posmoderno desgraciado.

Un día le solté a ella una parte nada más de todos aquellos negros pensamientos que había ido acumulando sobre mí y, por derivación, sobre nosotros. No me dejó seguir; que si otra vez lo mismo –y yo que estaba orgulloso de haberle hablado con franqueza–, que mucho quejarse pero ni un esfuerzo por cambiar, que era un hombre lleno de posibilidades echado a perder por los sentimientos de culpa y la amargura de fondo… Con lo que detestaba yo esa palabra, amargura, que me arrojaba a la cara para aplastar mis esfuerzos por explicarle lo que entendía de mí. Me propuso que fuera a un psicólogo.

Los desayunos de los fines de semana y las cenas se volvieron insoportables; por el resto pasábamos cada vez hablando menos. Hicimos el amor un lunes, no sé si para pagar alguna deuda o como mutuo homenaje de despedida, y el sábado me marché de casa. Tengo que decir que ni siquiera establecimos un plan; me iba, simplemente, y ella no trató de retenerme, la

cosa ya no daba de sí.

(Apenas unas semanas antes, unos holandeses habían comprado la empresa en la que trabajaba y nos habían aumentado el sueldo; lo que me colocaba en una posición más favorable).

Me encontré solo, no más perdido. De pronto, me caía encima el tiempo abrumador. ¿Y qué me daba? La minuciosidad de cada tarea. Los cristales sucios. Las tardes de porcelana. Los zapatos por cualquier lado y el suelo sin barrer. Las canciones que no avanzaban. Maneras de hacer preguntas. La esquina de mi colegio, revisitada en busca de qué. Líneas de asfalto. Esa guitarra que nunca aprendí a tocar dentro de un armario. La paternidad ausente. Mi madre alejada. La huella larguísima de los días. Algunas colecciones que guardé. Mi desprecio. Mis caminos torcidos de entonces. La falta de alegría. Su excabello. Sus excaricias. Su don extraviado. Mi amigo único me palmeó la espalda diciéndome que vivir sin ella despejaba el panorama y me ayudaría a ver con claridad. Me hubiera gustado que su mujer lo traicionara a él, verlo derrumbarse sobre las copas y ser yo el que le tocara el hombro. ¡Era así de nuevo el rencoroso! Me eché a llorar en aquel mismo instante; pensó que por efecto de sus palabras de ánimo; no, por lástima de mi propia vida.

Gané un tiempo que se desbarataba solo. Las horas se espaciaban. Amanecía mal. Anochecía peor. Me enredaba en nada. La soledad me traspasó. Odiaba la compañía. Me negué a protagonizar escenas de angustia donde yo fuese a la vez inquisidor e interrogado. No quería emprender algo parecido a un análisis del que saldría herido, nada de una revisión o la escritura de un diario. Me convencí de que las ideas irían llegando por inercia, darían con su acomodo hasta que sucediera un paisaje correcto en mi cabeza. En mi cabeza. Las tardes libres se me escapaban; me aburrí delante de la tele, jugué los infinitos juegos del ordenador, padecí los irreversibles daños de los juegos del ordenador. Las horas se duplicaban como pantallas. Los días como horas. Las noches como días. Mi situación se repetía diseñada por multiplicaciones. Una larga carrera de espejos. Charlé con mis compañeros del trabajo; recibí su conmiseración, escuché su forma hábil de quitarle importancia a mi acontecimiento. Nadie sabía nada. Y yo tampoco. Los espejos nunca intervienen.

La llamé, le dije cómo me sentía. La segunda vez, después de treinta días. La conversación fue íntima y desagradable. Sonaba todo embarullado. Como dos hilos que buscan por separado la salida. Le contesté que sí estaba reflexionando. Reflexionando. No acertaba a entender si quería decirme algo que nos sirviera. Colgamos el teléfono, me parece que al mismo tiempo.

Entonces ya no quedaba nada por esperar. Nada, sino el mayor desconsuelo de no saber qué hacer. Errar sin tener adónde ir por fuera de las obligaciones.

Al cabo volví a ver, qué remedio, a mi madre. Se produjo una situación cruda. Todo tenía yo que hacerlo intencional. Me tomé el café, mordí una pasta. El saloncito se mantenía cuidado y las plantas perfectas en su lugar mejor, entraba la luz sin obstáculos, apacible. Mi madre me dio conversación; hablaba, guardaba silencio, cambiaba de tema, volvía a llenar el silencio para los dos. Y sucedía algo semejante a un descanso. Luego, de alguna manera se tuvo que quebrar; ella me dijo con su voz característica: «estoy para lo que necesites» y también: «hijo mío»… Me propuso que dejase la habitación en que vivía de alquiler y regresara a su lado. Con mi madre no valen nunca las justificaciones. Le contestaba con mi cara de perfil y sobreentendidos que no iba a explicar. Me confesó que acudía a la iglesia cada viernes para interceder por mí. Bajé las escaleras librándome enconadamente de algo espeso que dejaba pendiente arriba.

El resumen sería: niebla. La náusea en el aire. Yo era un trozo de trapo cambiante moldeado por las situaciones diversas que adopta el ritmo de los quehaceres. Y lo peor, yo sabía que nunca sucedería nada si no tomaba decisiones.

Caminaba algunas tardes. Caminaba. Me perdía por ahí aposta, regresaba sin voluntad. Y caminando al fin por una calle lejos de mi casa frente a las luces y las prisas de la ciudad, aprendí de súbito que no era diferente a nadie, pues en definitiva a todos nos ocurre más o menos lo mismo. No existían un único hombre extraño, o desgraciado, no existe el título de la mujer más feliz o la menos lograda; nuestras vidas resultaban en cierta medida intercambiables. También yo experimenté la energía del joven satisfecho que sale de su automóvil; también yo creí que mi cuerpo era hermoso como el de la chica que se miró al pasar en un escaparate; también yo caminé como aquella otra cargado de abatimiento; también detuve un taxi con un brazo; también equivoqué la mejor frase en medio de una conversación; y desistí de una cita por el retraso de una casi novia ya dudando de si quería verla…

No existe el destino. No hay *un* destino para cada cual porque no hay *un* sentido para cada uno. Nadie recibe el don de ser pensado por una única y magnífica inteligencia superior. Nos movemos en cangilones por el sinfín de una espiral que nos hace pasar a todos por los mismos lugares, idénticas posiciones separadas apenas por fragmentos de espacio y tiempo. Y si sufrimos, es el mismo sufrimiento que ya se dio, en un tiempo distinto, en otro cuerpo y en otra sintonía emocional semejante a la que llamamos propia. Lo mismo la alegría, lo mismo el amor, el compromiso, la muerte. ¿No es en realidad mi yo particular uno de los muchos ejemplares de un único yo que a través del tiempo no varía en lo esencial? Más aún, ¿no seremos todos los seres humanos en lo remoto una sola y misma persona? Porque estamos cada vez asistiendo a una réplica. A una réplica de una cadena multiplicada sin origen ni final que se ha ido dando. Nada más. La realidad consiste en un

ritmo, me dije, de edades y de encuentros o de trompazos fortuitos cuyo término desconocemos.

Miré hacia lo alto; empezaba a lloviznar, una bendición después de siete meses de sequía. ¿Había algo al margen de toda repetición?, ¿era posible mirar desde la altura?

Me metí por calles y callejones; lo cierto es que buscaba una iglesia con ansiedad repentina. Sabía que, si entraba en una, sentiría enseguida el pleno poder de una revelación. Me sabía convocado a esa cita. Maldita sea, transeúntes bajo el creciente aguacero, coches que cruzan, atasco y farolas, buzones, carteles, vallas, obras, obstáculos, ninguna parroquia que yo no sabía si existiría. Pisé una baldosa rota y me hice daño en el tobillo; temí que se me diluyese la fuerza que seguía acuciándome. No se veían las cruces en lo alto de las cúpulas, como si una ley las hubiera borrado. Y nadie a quien preguntarle. ¿Por qué las cosas se volvían difíciles?

Llevaba casi veinte minutos, lo juro, cuando desistí. Había terminado empapado, agotado, triste; reduje el paso, me sacudió un ataque de estornudos, no supe dar con lo que buscaba aun cuando dos personas me aseguraron que por ahí cerca por lo menos antes… El frío se había alojado en mi interior, hecho una fiera que podía estallar de pronto, o devorarme, o dejarme por imposible.

Elegí la única opción a mi alcance, busqué sin demasiado interés y me decidí por uno cualquiera, entré en un bar de copas. Era semejante a miles. Oscuro, musicado, anónimo. Me acomodé en la barra, pedí un coñac y me lo sirvieron de inmediato. Mientras me secaba el pelo y la cara con las servilletas, noté que algunos me observaban con malicia. De un mal movimiento tiré el plato de saladitos, tuve rabia y ganas de romperlo ahora adrede contra el suelo. Me pusieron otro, más lleno aún que el anterior; di las gracias. Como he oído decir que ocurre, sentí deseos de abrazar al camarero, a aquel chico inmigrante que había tenido el detalle de reponérmelo; le habría abierto mi corazón y nos hubiéramos hecho amigos. Le dediqué una lágrima sola que se desplazó rodante por mi mejilla hasta perderse, y localicé un asiento en la penumbra de un ángulo donde ocultarme.

Ya me había terminado la copa. Demasiado aprisa. Y me había comido los saladitos, también con ansia. Miraba embobado hacia otras ausencias sin nada en qué pensar. Mi cabeza no existía. Ni siquiera percibía la música ambiente. Entonces sonó el móvil. Era ella, mi ex.

Tras las palabras de protocolo, me dijo, con una voz que no sabría definir, que estaba embarazada. De mí.

Su voz era larga como el hilo de una pregunta, se adelgazaba, se enroscó, viró con su dato de que estaba encinta y aterrizó en mi blandura.

Hablamos tartamudeando, un tartamudeo a dos, si puede decirse. Hice las averiguaciones con la mayor serenidad posible, con mi mejor tacto. Sus detalles y sus silencios me conmovían. Quedamos en vernos la tarde

siguiente. Cuando colgué, claro, me hallaba delante de un paisaje inmenso.

Entonces, en aquella semioscuridad tan acogedora de los bares de copas, sentí que era un hombre digno y que no lo era en absoluto. Que iba a llorar y que no podía parar de sonreír, de reír, de enloquecer. Que todo quedaba resuelto y nada lo estaba. Que me hallaba solo y perdido en la tierra, cuando los extraños que me rodeaban podían comprenderme. Sentí que una sombra benéfica descendía a mi corazón. O que el destino se burlaba de mí.

Quería volar como un ángel, aunque no podía hacerlo. No deseaba encontrarme allí y, sin embargo, era mi sitio. ¿Quién era yo? ¿Quién se atrevería a decírmelo? Podía enamorarme de la vida o arrojarme de un quinto. Ah, y con la copa vacía y la gratitud golpeándome.

En la calle cada personaje representaba su papel. El rastro de la lluvia era la alfombra fresca de luces y huellas instantáneas; el alto cielo negro más allá de la lumbre de las farolas se retiraba hacia su refugio. Imaginé que los puntos de estrellas de las constelaciones aparecían de pronto en él, y las hilachas de luz que los unían se colocaban esplendorosamente en una bandeja para escoger la que nos apeteciese. Los viandantes, ignorando tantas maravillas, continuaban sus pasos con fidelidad. Ninguno cantaba. Ninguno reía. Ninguno se había emocionado.

Me acordé de Job, que lo perdió todo, su familia, su riqueza, su salud, sus amigos; y todo lo recuperó. Pudo haber muerto en medio de su desgracia; sin embargo, vivió lo suficiente para que la suerte maldita que lo tenía sujeto cambiase de dirección. Eso lo había salvado.

«Todo depende de cuándo cuentes la historia», pensé. «Qué increíble injusticia». «Todo depende de en qué momento te detengas a narrarla».

Qué me importaba a mí no saber nada, no entender lo ocurrido, no prevenir el futuro; el runda runda de mi corazón era mi alimento. Íbamos a estar juntos, por supuesto; la vida otra vez, el regalo de pronto.

Lo importante es la generosidad, me dije. Fui generoso de joven, ofrecí mi tienda para las acampadas a unos compañeros, presté mi coche, le dejé a una exnovia un dinero al que no era prudente renunciar. Me devolvieron todo; también me engañaron en algo, que resultó menor, y qué, a quién le importa eso.

IX. Agnus Dei

IX. Agnus Dei

La carne humana

Parece un buen chico.

Todos lo parecen.

Se ve a la hija contenta.

Tras aquel novio que mejor no recordar. Han pasado meses de un vacío de afectos, la casa, los estudios, esas horas en el taller, esas tardes con su amiga Sara. Ratos espaciados con el té entre los padres. Ese domingo en que se la ve salir de casa y uno sabe que paseará y paseará, y esos paseos duelen y uno espera que al volver todo haya cambiado, y no, el paisaje continúa. Uno se da cuenta de que no bastan ni el dinero, ni los horarios, ni el reconocimiento social. Ni los padres. Que la vida tiene que discurrir, pero no discurre y en los ojos deja esa pequeña laguna.

Parece un buen chico. Cuando han salido.

No sé, dice él sabiendo dudar. Y la madre mientras se sienta en el sofá, se acuerda del test que él decía iba a hacerles a los pretendientes. ¿Te acuerdas…? Para cuando llega a la mitad de la pregunta, él ha adivinado. Sí. Dice. La prueba; todos los padres varones ponen una prueba a los que quieren robarle a su hija, como en los cuentos. Este la pasaría. O no…

Isa se desenvuelve con otro aire. Puede decir «mi novio» ante las demás. Eres un clásico, le recrimina la madre. Las jóvenes de hoy ya no hablan así. Hacen mal, «novio» es una palabra que tiene mucho sentido. Ya estás con tus sermones. No me entiendes. Y se calla. Al rato, ella lo sabe, él va a volver a sus pensamientos. El noviazgo tiene su importancia. ¿Cómo te metes en una casa con alguien a quien no conoces…? No hace falta llamarlo de esa manera. No, escucha, quiero decir, un tiempo, para saber lo que quiere y no quiere el otro; para conocer sus aspiraciones, sus valores, su sentido de la vida. Me lo enseñó mi padre. ¡Ay!, el abuelo, suspira ella. Sí, responde él librando una batalla de reivindicaciones. Se enfurruña, acaso. Lo que te digo es que los chicos saben todo eso de sus parejas, sin tener que darle un término tan formal. Di la verdad, a ti lo que te preocupa realmente es el momento en que nos diga que se van a vivir juntos. Me tratas de anticuado.

Isabel está brillando. El amor es el rey de la creación. Dan igual las toneladas de cursilería que se le quieran poner encima, que se malgaste la palabra con la música que emite la radio o que se oculte por pudor o ignorancia entre las conversaciones. El amor se sobrepone y su dominio arrastra los cuerpos. Isa

resplandece en el centro de una nueva constelación. O en la atmósfera viciada de los errores. Isa respira.

Vive con él. Los padres quisieron ayudar con los cambios, el traslado de la ropa, la maleta, los libros, el ordenador. El padre sabe-puede poner enchufes. No. Vicente se ocupa. No. La casa ya está montada, no le falta de nada. Van a ver el piso, el hogar (la palabra cuesta, pese a todo), el hogar nuevo de su hija. El que sustituye al que ellos le proporcionaban. Hasta ayer mismo. El padre examina qué puede mejorar y no encuentra más que muebles, todos bien colocados, de estilo sencillo y a la vez medido, confortables, sin excesos. Cuadros que aprecia más o menos. Aparatos electrónicos. La cama. Una marina en la pared que verán cuando se levanten. Recuerda el tiempo en que en el dormitorio no podía faltar un crucifijo. Borra sus ideas como un desliz que no comparte con nadie. La madre propone a la hija y por lo bajo un estor para una de las habitaciones, la más pequeña, con aspecto de estudio aún inacabado, pero cuidado en su provisionalidad. Ya veremos, mamá, le dice ella. Todavía es pronto.

Pasa el tiempo. No la ven tanto como quisieran. Existen los otros, los padres de él. Algo serios, por lo que se ve, exigentes. Hay rapiña de domingos, competencia inevitable; sienten que han salido perdiendo la mayor parte de las veces. Reprimen sus deseos de quejarse, dejan de reprimirse, hablan entre los dos, se reprimen juntos, guardan silencio para no aventar el avispero. Cuando la ven alguna tarde en que sale del trabajo, la marimorena, los cafés, el dulce que no falta, el minucioso examen. Isa está espléndida. La ropa, el perfume, me lo ha regalado él, ¿te gusta? ¿Y a ti, papá? Mucho. Esa arruga en el gesto. ¿Qué pasa? El trabajo, mamá. ¿Te llega con cinco horas?, interroga el padre. Cinco horas en el contrato, que son siete, ocho, las que hagan falta. Ya. No me quejo, resuelve ella. La madre imagina un castillo para su hija que se llama futuro, y consideración. El padre no abre la boca. Isa tampoco. Entre los dos, sacamos; no nos falta de nada, declara para que ese horizonte se despeje entre ellos.

Los jóvenes de hoy lo tienen difícil, reflexiona la madre. También nosotros pasamos lo nuestro. No es lo mismo, prosigue. Nosotros vivíamos con expectativas; sabías que tarde o temprano, por mal que estuviera todo, la situación iba a mejorar. Pero los chicos… no tienen ni idea de cuándo podrán ser felices. No hables así, ¿por qué usas esa palabra?, lo reconviene él, felices ya son. ¿O no? La mujer no rectifica. Sabe lo que dice y el motivo de por qué lo dice. Al final se queda flotando en el aire, empujando la realidad hacia el suelo. Isa es una luchadora, se felicita el padre, y es joven.

Ser joven antes era una ventaja; ahora es una moneda girando sobre una superficie donde dará la cara o la cruz. Es un signo del cambio epocal que

anuncian los filósofos. Los padres no llegan a este razonamiento. Su interés se centra en su hija, como aislada del mundo.

La arruga del gesto sigue cayendo en las tardes y en los domingos en que, a lo mejor, viene sola a comer, una ligera crispación que ellos acusan. No se dice nada.

Cada cual por su lado, inquiere hábilmente la madre. Ella se cierra como la puerta de un ascensor. No deja ver, no deja pasar. Solo un testimonio estrecho, Vicente está bien. Estamos bien los dos. ¿Si nos vamos de puente? Él tiene mucho trabajo, a lo mejor en Semana Santa. Bien, dice. Bien, repite. Al padre le gustaría extirpar esa palabra con que ella insiste. Y que fuera obligado sustituirla por un discurso largo, entretenido.

Isa se sincera con su amiga Sara. No lo entiendo. Dice que tiene dudas. Lo mismo está muy cariñoso conmigo que se olvida de mirarme. No me cuenta las cosas, se las tengo que sacar yo. Me molesta que no confíe en mí. Él lo niega, pero no cambia de actitud. Resulta que les han rebajado el sueldo; me he enterado por casualidad porque se le escapó a un compañero con el que quedamos un día. Y con el dinero es un hombre obsesivo. No piensa más que en ahorrar. No quiere que gastemos nada. Y me gustaría viajar con él. No conozco Almería, ¿te lo puedes creer? Pero a él no le gusta el sur, tiene prejuicios absurdos. Dice que hace calor, que hay mosquitos y que la gente. ¿Pero qué es lo que de verdad te preocupa? Todo… Nada de eso… No sé si me quiere o no me quiere. Y rompe a llorar.

¿Tú crees que tendrán hijos…, le pregunta el padre, algún día…? ¿Hijos?, la madre alza los ojos sobre los lentes, ¿que si tendrán hijos? Casi le da un ataque de risa. ¿Qué tiene de malo la pregunta?, protesta. ¡Ay!, ¿eso es lo que te preocupa? Pues claro, no sé qué te extraña. Si quieres saberlo, habla con ella.

Hoy viene feliz. Están los dos. Es el cumpleaños de ella. Irradia alegría; les enseña los pendientes y la pulsera que le ha comprado. Está activa; ayuda a la madre en los trajines de la cocina; escucha que su padre charla con Vicente, llevan un rato y esa es la mejor señal. Mira qué bien se entienden, la anima su madre. Sí, sonríe ella.

Acaso piensa que una conversación larga entre su padre y su novio obrará el prodigio de una transformación, de un ensanchamiento que lo sane, que le demuestre que cabe un espacio para realizarse entre las imperfecciones de la vida; quizás en virtud de esa charla, ella podría salvarse. Y cuando pasa por detrás de su padre sentado, le acaricia el brazo y le da un beso como lo que es, como al santo protector que necesita.

Vuelve a llorar y Sara le alcanza un clínex. Pasa un minuto, pasan dos. No tocan las copas.

Y, además, creo que cuando se queda trabajando por la noche, mira películas porno.

Eso no tiene nada que ver contigo. Los tíos no pueden pasarse sin eso, dice Sara. Yo no le daría importancia.

No la veo bien, dice la madre. ¿Por qué no? Lo noto. ¿En qué lo notas? No sonríe. ¿Cómo que no? El otro día… No, no sonríe. Está muy seria. Ella dice que es por el trabajo, pero no es por el trabajo. Del trabajo habla; de él, en cambio, no. ¿No te has fijado? ¿Y qué pretendes que te cuente? La madre se engancha en sus reflexiones, dilucida, calla. Me parece un chico normal. Viene poco. Sus padres dirán lo mismo de nuestra hija. No es pereza del padre, quiere ser objetivo. Ella no se convence. Mi hija no está bien, repite.

Le pregunta un día la madre. Ella responde con evasivas. Vuelve a preguntar otra tarde; están solas, ha pensado que la presencia de su padre le privaría de libertad. Le vuelve a preguntar. Ahora ya la indiscreción se nota. Isa responde ofendida; solo es una protesta de apariencia.

No sé qué le pasa a Vicente. Está desatento. De vez en cuando me suelta una frase que no sé interpretar, que si las expectativas de una persona tienen que ser modificadas porque no se cumplen tal como uno las sueña. Así habla. No sé si está filosofando o cuestionándome a mí, sin atreverse a confesarlo. No sé si está arrepentido o es porque no encuentra aliciente en lo que hace… En su empresa se han portado mal con él. Lo típico; le dan cada vez más trabajo y más responsabilidades que ni se lo pagan ni se lo reconocen, a lo mejor bastaba con una palmadita en la espalda de su jefe… La verdad es que no sé si yo le doy lo que necesita.

Esas, otras palabras. Y ahora sí, el llanto. La madre la abraza. Ella la rechaza con delicadeza; no quiere herirla, no quiere ser objeto de conmiseración. ¿Cómo se está así, físicamente, cuando se le revela la verdad a una madre?

De pronto se escucha la llave en la puerta, todo cesa de inmediato.

La madre termina por contarle al padre lo sucedido; seleccionando las palabras y los significados, sobre todo estos. El padre le pide una descripción desde su punto de vista con la que sustituir la visión falseada que él se formó la última vez. Ella sabe que no es conveniente e insiste, por el contrario, en explicar las actuaciones del novio. Él se ve contrariado, aunque termina por aceptar la exposición.

Hay una nueva visita de ambos. Se mueven las piezas con el mayor disimulo. Los padres calculan. Es algo rápido; traen alguna cosa, se llevan unos libros,

un diploma, unas carpetas siempre pendientes. Se constatan sonrisas. No hay emociones que mostrar, únicamente convencionalismos. Ya está. Podían haber sido dos extraños. Los hijos se vuelven extraños. Antes de irse. Luego siguen siéndolo durante un tiempo. Más adelante, regresan para rehacer una familiaridad perdida. Hay algo así como una rendición o como un segundo encuentro en que se abren posibilidades diferentes. La extrañeza ha de ser vencida como en todos los casos.

En la siguiente visita aparece la verdadera Isabel. Llora delante de su padre. No lo deseaba, no lo creyó siquiera posible; no ha podido evitarlo. No ha querido evitarlo con la suficiente firmeza. Ha sido la astucia de la madre, su amor.

Se produce un hiato de silencio. Largo. Que no hay manera de disolver.

Cariño, ¿quieres que hable yo con él?

Mi padre quiere que hablen, le dice a Sara. Tu padre me cae muy bien, le contesta. Ya, capaz es. ¿Tú estarías dispuesta? ¿Cómo voy a dejar que hable con él? Es absurdo. ¿Qué va a hacer? ¿Protegerme? Solo puede empeorarlo. Además, que es mi vida.

Si Vicente fuera más claro consigo mismo. Más claro o más sincero, tercia la amiga. Es que se lía, está nervioso, insatisfecho. Yo creo que no sabe adónde quiere ir.

Vicente es un egoísta.

No digas eso.

Y tú, una tonta. Vicente, Vicente, no hablas más que de él, no piensas más que en él. No dejas de culparte a ti misma de lo que le pasa cuando el problema es él; no tú… No llores. No se puede mantener una relación con un tío que de repente se raja. Tiene que poner de su parte. ¿Qué pasa contigo? ¿Tu felicidad no importa? ¿Tu profesión tampoco vale nada? ¿Te pregunta él alguna vez qué quieres tú? ¿Y qué es lo que tú quieres de los dos?

Él está tan seguro…

¿Seguro? ¿Vicente, seguro? ¿De qué? Es incapaz de comprender lo que sientes. ¡Ah, no!… Seguro de una cosa, de que vas a seguir a su lado como un perrito faldero. Te tiene agarrada y él no se dedica más que a cultivar sus dudas.

Hablan los padres. Todos los días, a todas horas. Despiertos y dormidos.

Yo iría a hablar con él.

No puedes intervenir.

¿Por qué no?

Pues porque no, porque no conoces la situación en todos los

detalles, y porque lo tiene que resolver ella.

¿Y si no lo resuelve?

No te puedes entrometer.

¿Por qué no me puedo entrometer si está sufriendo mi hija?

Porque en las cosas de pareja no se entra, por favor, no seas pesado; parece que no lo entiendes.

Es que no lo entiendo.

¿Y qué le vas a decir que no le haya dicho ella? ¿Y de qué crees que va a servir?

Le doy un mamporro y lo arreglo.

Cállate, anda. Un mamporro.

La carne de los padres es débil. Con nada se les puede herir; basta un suspiro, una risa que no llega a manifestarse, una llamada no atendida, un silencio, una excusa; una mentira. Cualquier incidente los acerca a la amargura. Pensaban inevitablemente que, para ellos, con la hija, el mundo amanecería de nuevo como un estreno de luz. Sin embargo, deben aprender la lección; miran atrás y recuerdan lo que ellos también fueron, el desencanto que trajeron a sus propios padres; la revisión que ellos también les obligaron a hacer, como estos a los suyos y así hasta el principio de los tiempos.

Pero ¿por qué tiene que caer mi hija? Y esa pregunta es como una roca al borde del cantil, que amenaza desde el sitio.

De la nueva visita, esa manera suya de negar, de mover el cabello de un lado a otro. No quiero hablar, no quiero contar, no quiero pensar. No voy a sentir. Es todo tan duro como verla llorando. Ha fumado un cigarrillo, antes no fumaba. No se atreven a insistir con eso, más allá de una observación blanda. Se ha tomado un par de botellines. Reparan en el detalle. Cada gesto ahora es un mapa a falta de palabras que les revele qué ocurre. Podría enfadarse, se enfada. No quieren verla así; se retiran como se abandona el frente, caminando de espaldas para que los ojos sean lo último que se recoge, que se deja pendiente.

A Sara lleva un tiempo sin verla. A ella también le pone excusas. Sara le dice que le gustaría charlar un rato; que ha conocido a un hombre. La palabra «hombre» en lugar de «chico» debería ponerla sobre aviso; pero no puede reaccionar y corta, no contesta a los mensajes; sabe que actúa mal. Le disgusta ser así, le pica el remordimiento. Otra vez llora, se decepciona a sí misma. Una rueda que rueda inmóvil, entrando en la tierra que frota debajo, hundiéndose.

Reciben una llamada; es ella, son más de la una o las dos de la madrugada de un sábado. Se escucha un balbuceo, silencios, una risa, la palabra «respeto».

Isa, cielo, ¿qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Has bebido? ¿Estás bien? Se cierra la comunicación. Quieren devolverle la llamada. Sale el contestador; le escriben de inmediato. No hay respuesta.

Pasan varios días. Y claro que vuelven a hablar. La madre le pregunta; sin embargo, no se hila un argumento. Las cosas que suceden son como islotes en el mar, visibles pero alejados entre sí, no hay manera de cruzar de uno a otro, no es posible discurrir; inútil empeñarse en forzar a su hija a que aclare las cosas. Es su hija y deja de serlo; parece que la lejanía tiene la última palabra, resulta la fuerza decisiva que la succiona con un viento poderoso.

Otro día llega y llora con su madre, y se aparece el padre y es testigo. Se contiene.

Y otro día llega, tarde. Se queda a dormir porque han discutido y le duele la cabeza; olvida un cigarrillo sin acabar cuando encendía otro. Se miraba las uñas todo el tiempo, cambiaba de tema, se tocaba el pelo, no lo tenía hermoso, comió apenas. Está delgada, comenta el padre. A la mañana temprano los dos la escuchan sigilosamente; él se queda expectante en la cama; ella se pone la bata y va hasta la cocina a susurrarle algo como en una habitación de hospital antes de que cierre la puerta y se marche.

Pasan cuatro semanas sin verla.

Otra vez regresa, las escenas se repiten casi idénticas. La rueda es un símbolo generoso para el dolor de cada repetición. La hija, los padres. La llegada inesperada, las lágrimas, las explicaciones entreveradas de justificaciones de él, de ella. Nadie es culpable; las cosas ocurren. La madre y el padre descubren sus opiniones ya sin miedo. Aunque no saben cómo desempeñarse en los nuevos papeles. Ni ellos ni ella. Todo es lamentable, confuso, espeso, impracticable. Triste, y sin fin.

Voy a hablar con ese Vicente. No aguanto la situación.

Que no, por favor, insiste la madre. Empeoras las cosas.

¿Por qué voy a empeorar las cosas? ¿Es que pueden estar peor de lo que ya están? ¿Tú ves a nuestra hija?

… Sí… Claro que la veo.

Hablo con él, puedo ayudar.

¿Ayudar?… No puedes hacer nada. ¿Crees que vas a convencerlo? Además, convencerlo de qué.

De que no sea tan ruin y tan canalla. Se lo voy a decir yo. Y que deje en paz a mi hija.

No es cuestión de paz o no paz.

Ella está prisionera, ¿no te das cuenta? La tiene dominada; eso no es vida.

… En los casos de pareja, tienen que arreglarse ellos.

El padre le dice que ella no lo envía. Él exhibe su desconfianza.

Quiere ser amable, aunque no le sale bien. Trata de aclararle que siente afecto por él; si no fuera así, no lo habría llamado.

Le dice que su hija está sufriendo. Le contesta que ya lo sabe, que no pasan por una buena racha.

No ha venido a escuchar evasivas. Que no está bien por la relación entre ellos. Se da cuenta de que el otro ha establecido sus defensas. Piensa como un relámpago en el reproche de su mujer. Pero ya no hay vuelta atrás. Sin embargo, recapacita que debe procurar no embestirlo.

No sabe qué es lo que quieres, le dice.

Lo sabe muy bien. ¿Crees que no hablamos? ¿Qué dice ella? Ya te he reconocido que estamos en una temporada regular.

Estaba contenta cuando te conoció.

Y yo también.

¿Entonces qué pasa?

Lo primero que no tengo por qué darte ninguna explicación. Yo no me meto en los asuntos tuyos y de tu mujer. Cada pareja es diferente, y no sé qué os habrá contado tu hija de mí.

Nada malo, por eso no te preocupes.

Entonces no entiendo por qué vienes a interrogarme.

Quiero ayudar a buscar una solución; podemos hablar en confianza, que no va a salir de aquí. Puedes contar conmigo.

Isabel es estupenda, eso te lo puedo decir… Pero uno tiene que hacer su vida, en la vida no todo es la pareja.

No te entiendo.

¿No me entiende? Te habrá contado que quiere comprar una casa y dejar el alquiler. Y que anda pensando en tener un hijo y yo no lo veo. No me apetece verme atrapado ya en una casa propia con un mocoso antes de tiempo. Tengo cosas que hacer todavía, ¿me entiendes? No comparto esa prisa suya, además que hay mucho margen para eso, no sé a cuento de qué tanta urgencia.

Mi hija no nos ha dicho nada de comprar una casa.

Pues se lo oculta, está pesadísima. No tiene otro tema en su boca. Y lo otro.

No lo sé.

Las cosas no se deciden así, y menos una persona sola. ¿Una casa?

Me parece normal.

A mí no, no es mi estilo. ¿Para qué queremos una propiedad que nos ate? ¡Si ni siquiera sé lo que voy a durar en la empresa! Meternos a pagar un crédito a veinticinco años; de locos.

Todos esos proyectos suyos se deben a que está ilusionada contigo, dice el padre. Las decisiones se basan en eso, sean las que sean; en el amor mutuo.

Vicente hace un gesto como si esa palabra tuviera un peso monstruoso, piensa el padre. Como si esa palabra maltratada pudiera todavía hacer daño.

… Sé sincero conmigo, ¿tú de verdad la quieres?

¿Qué le ha dicho su hija?, ¿que no la quiero?

Isabel nos ha dejado claro lo que te ama.

Otra vez su gesto adusto.

Se le subleva la sangre al padre. Le gustaría estamparle el puño en la cara. Entonces comprende lo que su mujer ha venido repitiéndole hace semanas, es inútil toda intervención, no arreglará nada, al contrario, lo estropeará. Piensa en insultarlo, en despreciarlo; comprende que solo lo convertiría a él en el ofendido. Ese hombre joven que tiene delante es la insolencia de muchos otros, piensa de pronto, es el enemigo que siempre ha temido, el inevitable-enemigo que estaba ahí afuera merodeando, esperando, siendo. El invencible. No hay nada que añadir. No le interesan sus explicaciones, son cháchara. Ahora se reprocha a sí mismo y a su mujer no haber sido capaces de fortalecer mejor a su hija para cuando se encontrara en una situación como esta. Ya no está escuchando, ha replegado su tristeza y la ha guardado como si hubiera un bolsillo. Ahora tendría que levantarse y dejarlo hablando solo, colocar un billete sobre la mesa, uno con el que abonar las consumiciones multiplicadas por cuatro para significar que no habrá reclamaciones de su parte. Por extraño que parezca, en este momento solo está calibrando con qué billete pagar, de qué colores habrá en su cartera, y si ponerse su abrigo antes o después de dejárselo.

Seis días más tarde, ciento cuarenta y cuatro horas después, golpea Isabel la puerta. Abre la madre y ve a una mujer con el cabello alborotado, sin pintar y la ropa desarreglada, que trae una bolsa grande en bandolera y una maleta. Pasa diciendo puedo pasar, se desprende de los bultos, llega hasta el sofá donde se encuentra el padre y se deja caer, se tumba, enmudece.

La madre le acaricia el cabello. Es domingo. La acompañan mientras se aseguran de que desayuna algo además de café. Han hablado muy poco. Ella ha dicho que se terminó esa relación. Sin remedio. No han hecho falta explicaciones. No se sabe por qué, o sí, de pronto la luz del domingo se ha vuelto más luminosa, la mañana de descanso se esponja. Todos los días previos a este día han desaparecido, no pertenecen ni pesan a nadie. Se han vuelto humo, hasta el humo se ha esfumado. Habrá sido el viento. Sencillamente, ya no existe el pasado que parecía tan sólido. Se han dado cuenta al unísono. Y ha sucedido un cruce de sonrisas. Por fin, el padre piensa una idea cursi y resabida que se calla. A Isabel casi le da un acceso de risa por una menudencia que, encima, no viene a cuento. La madre entonces saca a relucir una anécdota, con cuidado; el padre la continua porque siente también

esa liberación.

Yo iba a hacerles un test a tus novios, ¿te acuerdas?

Sí, papá, dice ella.

¿Cómo se te ocurre hablar de eso ahora?

Déjale, lo autoriza la hija.

Iba a hacerle una sola pregunta: si come palomitas en el cine.

Ya, recuerda ella. Pues te habría salido mal, porque Vicente no come palomitas.

Vaya.

¿Ves?, dice la madre, falla.

El padre se queda pensativo.

X. Communio

X. Communio

Los tesoros

Han hecho una suave deriva hacia una luz penumbrosa, o ya estaba, y se han limitado a subrayarla un poco.

Sus perfiles, tornasolados, al doblarse apenas testimonian que han acomodado los volúmenes de sus cuerpos sobre otras figuras no tan evanescentes que representan sofás y sillones, dispuestos como en un clásico salón occidental de una familia corriente. De entre todas esas sensaciones, dado que no hay sonido, la evidencia más física resulta ser el olor: huele bien, un perfume casi no sintético, casi vegetal que inunda el ámbito.

Él, que sabe que está sentado o recostado en una materia invisible que ni siquiera por el roce le convencería de que su cuerpo perdura consigo, que admite su corporalidad perdida como tras una amputación completa con la misma evidencia de los recuerdos en él habidos; él, que se ha acostumbrado a no hacer preguntas, aun cuando pensaba que no otra cosa podría desearse, supuesto que alguna vez se hallase allí, porque la ansiedad y la pretensión de conocimiento han ido desapareciendo sin violencia alguna con la experiencia creciente que ha ido penetrándolo; él, que ni siquiera se sostiene en la expectación por ser la primera vez que pide algo, que les pide algo –ya que cuanto saber recibió no ha podido contenerlo más que al cabo de un indefinido proceso de dulcificación y tiempo–; él, el hombre, pues conserva para sí ese término antiguo, ha aparecido ahí en medio de ellos en cuanto de verdad lo ha deseado, más aún, y en la Tierra se llamaría un prodigio demoníaco, simultáneo con su deseo, él entre ellos se ha encontrado.

Aquí, o ahora, pues no hay diferencia, ocurre. Es igual cerrar los ojos o mantenerlos abiertos. Es igual pensar que una distracción. Es igual recordar que encontrar una presencia. No se puede distinguir ser de no ser. Puesto que la lucha, la protensión que constituye la esencia de lo humano han desaparecido desde el instante –irreversible– en que el deseo y la realización coinciden igual que las dos caras de una hoja y, en consecuencia, esa identidad que se reconoce como sujeto está llena de sí misma, como lo está un mineral del que decimos que lo hay, pero no que vive. Ahora no se distancian pedir y recibir, el hallazgo y la búsqueda. Ahora no podría siquiera contárselo a sí mismo por la inexistencia de esa distancia entre el relato enunciado y su audición, y porque contarlo es lo mismo que recordarlo al instante y se anula. Sin embargo, no es un objeto. Él sabe. Él lo sabe todo. Y conserva de sabor humano la estrechísima e impracticable distancia de llamarlos y que hayan aparecido, ese istmo de silencio borrado a la velocidad de la luz, y, no obstante, imposible de cancelar, porque todavía entre un lado y otro de la hoja se da una fisura.

De manera que entre el pensar y el saber circula una corriente dichosa. Esto no dice que en la flotación perpetua no exista felicidad, puesto que esta fosforece en cuanto empieza a quererse reanimar, como si se alimentara sin fin, volara, se gozase en su propio seno creciendo y cumpliéndose por toda parte. Dice que esa intensidad lumínica ahí incide, más semejante a aquella mezcla de placer-dolor que también hubo en los otros días de vida en la Tierra.

Ahí y también ahora. Quiere saber le dicen. Habla escuchan responden entiende. Acepta le dicen. Lo comprenden habla les expone lo admiten. Termina su sabe la respuesta pregunta.

Y hay que pensar centellas. Cometas vértigo de placer que el tiempo devora y deja flotando el gozo manso como en la imagen de un globo aerostático que asciende por su inocencia… Un hombre, lo que fuera un hombre, lo que ya no es un hombre, lo que no se importa, su resumen. Recibido entre ellos. Nada se han reservado, aunque su fondo será inescrutable; no porque veden ninguna respuesta, ya que se aprestan, ya que han acudido, ¿no es cierto? Ellos, que se disipan también, que no se reconocen como cuerpos tampoco, pero ¿y qué?, que aun sin esas señas que entonces se considerarían imprescindibles, se han hecho para él, son ya, pura comunicación. Pura comunicación. Entrega voluntaria. Donación.

Hace mucho tiempo… Hubo una cesura que no pudimos salvar… Hasta nuestro desarrollo…

La tecnología…

Donación en la que no existe apasionamiento, que también es arrostrarse, pugnar, superar un hiato, aproximarse para coincidir con el otro. Si ya hay coincidencia. Si casi desapareciendo las palabras en instantes fugaces, explosiones infinitesimales que se deshacen en paz no hay más historia que el sumergirse arriba y abajo de la beatitud. Pues se ha alcanzado el límite de la semejanza y de la comunión. Y, sin embargo, el afecto reside ahí, de algún modo se refuerza en esa brevedad de intercambios, en el goce posible del diálogo que se quisiera –pero no– quebrar en su rapidez. En su inocencia.

Nos hemos hecho de técnica…

Resiste el afecto, sin abundancia, inane, no necesariamente paralizado, más nacido *de la piel* que no puede verse. ¿Cómo se ha podido suplir la captación

por medio de la evidencia misma, que se suponía la otorgaban… los sentidos?

¿Cómo no echo de menos la vista cuando ver ya es comprender… de mis ojos?

Querer no es un esfuerzo, una volición, un mérito. Querer es la atmósfera. Un querer sin sombras. Es un ya estar ahí, como se decía del ombligo; un haber estado, un futuro, una calidad.

En cierto modo somos uno… También muchos… Como también tú…

Una variedad del amor, indefinible. Como del recuerdo de una hazaña deportiva por parte de un grupo de veteranos años después… entre ellos y compartida con el amigo muerto. O parecida a lo que un tallo de hierba sentiría por otro tallo junto a él, bajo idéntico destino y sin poder abrazarse. Una variedad de amor sentida, no pensada, semejante a la casa sin paredes de un sueño…

En la levitación el hombre quisiera acercarse aún más hacia ese lugar de ellos inaccesible, que aun no ocupando un punto preciso orienta algo así como el norte de su pensamiento, como la actividad de la lengua bajo donde tuvo la luz de su vista. Todavía en la actividad del músculo que quiere algo y se dirige a agarrarlo sin saber que no hay músculo ni ese objeto apetecido ni ya tampoco la distancia que hubiera debido colmar.

Y no solo por la ausencia del cuerpo… sino también o más por el exceso de conocimiento, por la inmediatez de cualquier novedad en el espíritu del otro, por la imposibilidad de ocultar nada… no ya de mentir, ni siquiera de distraerse… por la luz cruda del ya saber del ya estar de la presencia que no se evalúa, sino que actúa… se impone… triunfa… sin doblez… evidencia de evidencia…

Solo la Ciencia que nos hemos dado…
Solo aquí…

Hay otra existencia humana… no obstante… Otras almas distintas flotan… No recompuestas…

En la retención… Deshechas… Sin saber… No sufren… Viajando… Ignorantes… No saben del deseo y no pueden realizarlo… No saben en verdad del deseo y no pueden realizarlo… No saben de su pensamiento y no pueden realizarlo…

¿Qué significa *piedad*? Es la única palabra sin sentido, por injusta, por ilógica, por falsa, por inútil. Si se prefiere llamar piedad a los esfuerzos por reconstituir esos restos, ellos se afanan por hacerlo todavía, no se desalientan. Aunque no es piedad, el significado se aproximaría más a juego, gratuidad, potencia.

Nuestra tecnología sirve.
Se divierte en el exceso, en ir más allá y recomponer a los perdidos.
Podría ser tuya… Tu herencia si la aceptas…

Pero él, el humano, no la desea. Demasiado lamentable. ¿Otro ejercicio?
Prefiere el afecto que sabe descender a las profundidades de otrora. A las personas que vio y conoció, a las que creyó poderosas y decididas, hambrientas.

Son iguales a lo que fueron en sus vidas. Las rescataremos alguna vez… Cuando se conecte en ellas, y no haya partes, cuando la limpieza del miedo…
Solo es Física…

Entonces él, fruto de la generación, tampoco ha podido salvaguardar a nadie. Tampoco su esposa ha conseguido la unidad… Entonces… ¿quién se reunirá con él? No es la soledad. ¿Dónde está mi amor…? Concentrado en una espera fría diseminado en esta conversación hecha todas las acciones simultáneas que me ocupan por entero. No regresa el dolor de la muerte.

La muerte… El paso a este orden que hemos establecido. La recepción de vuestra naturaleza… La naturaleza es ella misma la profundidad.
Nada añadimos ni quitamos… Recolección de las almas en su verdadero estado… Una y otra sin caos, sin pérdida…
Pues son inconfundibles…
No lo recordamos…

No todas las almas humanas… No todas están entre nosotros. Escaparon cientos de millones… Volaron…
¿Cuándo…? No recordamos eso. No teníamos los medios técnicos para retenerlas, y custodiarlas. No éramos nosotros mismos… Otros lo hicieron. Antes, antes del ahora en que permanecemos…
Nadie se ha ido… de los nuestros.
Nadie puede irse ya.

La penumbra regresa por sus oídos, entre el olor casi no sintético de plantas que accede por las inexistentes elipses de sus ojos ocupándolo todo en él que no es infinito ni limitado. El humano, que sabe flotar a otro tiempo para volver de inmediato forzado por la irrebasable fuerza de su momento. Nadie se va, porque todo es presente. Nada se aparta porque todo es también. No hay rincones de afuera ni rincones de dentro, porque no hay ya ni lo exterior ni lo íntimo, solo esta forma lábil de proceso que se inicia y se acaba como hacía la brisa indecisa.
Estamos. Aquí. Todos. Para siempre.

Y en aquel tiempo, ¿adónde fueron las que no retuvisteis…? A *lo alto*…

A *lo alto*…

Un nombre de lugar para la ausencia… No se entiende la ausencia…

¿Quién las recibe…? Nadie… Solo un Nombre para un destino perdido…

No creemos aquí. No dejamos de creer… No tenemos la fe. No podemos tener la fe. Solo el conocimiento… Como no hay opiniones ni sospechas en lo que sabemos hacer. Porque cuanto sabemos es acción. Y cuanta acción, realidad.

Es real lo visible. Es real lo invisible. Es real lo que se ha retenido. La quimera se da más allá de la conservación. Las máquinas guardan toda forma de vida, e impiden que se esfume hacia lo imaginario.

Las máquinas. Una visión descuidada los llamaría objetos. Entonces también se hicieron invisibles como el pensamiento del alma, contenidas infinitamente en sí mismas, dotadas de la inercia todo-pudiente de aquel empujón de una común conciencia que decidió para siempre y decidió por todos. Las máquinas son ellos. Son el deseo, son la verdad. Son la realización. Son la conciencia liberada de decisión, de duda, de arrepentimiento, de sospecha, de juicio, de emoción. Son la fuerza. Son la felicidad. Y lo eterno.

Las máquinas son ellas, y nosotros, y tú.

La técnica nos ha dado su regalo extremo, el fin de la muerte, la transparencia absoluta, la continuidad sin interrupciones en la amabilidad del cielo construido del ciberespacio.

No hay nada prohibido, como no hay otra A más que la A…

Si piensas en algo así como ese Nombre, más allá, puedes hacerlo. Ocupa el mismo lugar que la nada, en la fantasía…

Por detrás de nuestro orbe, que nunca hemos negado.

Pero si Él hubiera… Nosotros le hemos arrebatado su presa más querida… Nosotros… Vosotros… Las almas que compartimos nuestro deseo de un dominio…

Desde donde Él queda esperando, entonces y para siempre… En la pura impotencia de sus manos vacías.

Conforme a la fuerza con lo que ya le dejamos escapar en aquel tiempo inhóspito y triste. En la era indigna de nuestra impotencia…

Él, retenido también… Es posible que te lo imagines sentado sobre su cielo falso de emociones feroces… o en su beatitud exclusiva igual a cero… en su omnipotencia sin fuerza… en su egoísmo animal… en su absoluta falta de importancia.

El alma del humano se ha llenado; solo así resume la percepción de sus

extremos que sabe como si hubieran sido definidos por el alcance de un movimiento o la turgencia de una desconocida gravidez. Sabia; por los dones de ellos que ahora empiezan a retirarse o se han ido del todo o se han envuelto en el rebozo de su misma penumbra. Querida; no obstante, la iluminación sobre una ilusión equívoca que no tuvo nunca. Su antiguo corazón se abre y de él brota como una semilla un pliegue del tiempo terso de las vidas extraterrestres, su deseo nuevo que explora otra posibilidad que confirma su existencia cumpliéndose al instante. Autosuficiente.

Cómo ha llegado no sabe. Quizá atravesó como las capas de basura de esas turbaciones de ondas de aquellos que por no haberse unido durante la vida vagan ignorando su condición acaso como de espasmos de memoria y deseo y capricho y temor y esperanza y negaciones, epilepsia de sus instantes de entre nada y solidez. Por los que, como le dijeron, no halla piedad tampoco, que sería sobre su libertad de fantasmas un exceso turbio y, por sobre todo, estéril. Cómo ha llegado no sabe. Pero ahora puede verlos, no entiende si aún los vivos o a los ya vagantes, creyendo que la mezcla impensable los confunde como en un magma, frente a la radical diferencia que ellos mismos osan establecer: entre el organismo y lo inerte. Desea sospechar sus voces y vienen entreveradas, demasiado parecidas a una monodia, un runrún indescriptible; prefiere revisar sus colores, y la turbiedad de sus señales conforma una mancha indiferenciada; azuza la huella de los deseos de todos aquellos seres y entonces oye la especie de lejanos aullidos que se elevan apenas como si entre las voces de mando los suspiros no lograran reconocerse; no podría estrechar esas madejas ni aunque poseyera mil brazos, demasiado desdibujadas entre los objetos.

Hay una puesta de sol. Unos árboles amarilleando conforme a esa estación del planeta. En la lejanía los montes, y cerca las edificaciones de una ciudad que no conoció. La temperatura ha empezado a bajar, los sonidos a amortiguarse; pronto se encenderán las luces, harán un rápido recorrido desde la central hasta el último confín, entregando la vida eléctrica; un fenómeno que ninguno habrá advertido. Escucha los sonidos de las radios, de los televisores, de los aparatos, el saludar de las inteligencias domésticas, ondas sobre ondas cruzando su invisibilidad por los espacios del aire. Imagina los lentos regresos al hogar, como los que él tuvo también, fatigado y deseoso de encontrarse de nuevo a su lado. Todos y cada uno en sus distantes cubículos. Ignorantes ya, pletóricos de impresiones que se les escurren. Lentos en su tibieza de carne reunida.

Se le ocurre que alguien lo imagina a él, aun incapaz de adjudicarle un nombre, como el cabo de un sueño que da mucho más de sí, que lo retiene en la fragilidad de un vidrio en el que apoya su frente, cierra los ojos y vive, antes de darse la vuelta.

XI. Bendición

XI. Bendición

Eva. Cuatro momentos

El instante de melancolía

«Sabe Dios que, en cuanto comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal». Entonces la mujer cayó en la cuenta de que el árbol tentaba el apetito, era una delicia de ver y deseable para adquirir sabiduría. Cogió fruta del árbol, comió y se la alargó a su marido, que comió con ella.
Génesis 3, 4-6

La hembra no soporta el deseo y muerde el fruto prohibido. En ese instante, súbito, la sacude un estremecimiento de locura, un vértigo de horror: el pensamiento brota, adquiere el conocimiento, la distinción de cada cosa, el concepto, la clasificación inmediata, una cadena de preguntas, la posibilidad de juzgar, la conciencia de sí, el gusto, las palabras. Una felicidad divina corrompiendo su naturaleza descubre sus ojos.

A su lado el macho la mira sin entender nada. Le hace un gesto para que le alcance de eso que ella ha comido. La mujer se vuelve hacia el ser que la acompañaba, y sabe que ha de tomar una decisión. La primera. Imagina su dominio sobre esa fiera, las posibilidades de su cautiverio; también comprende la soledad que se le avecina, ve las largas horas de espera bajo el sol, las impotentes tardes. Debe elegir casi sin tiempo ante ese bruto que agita sus brazos poderosos, se impacienta, insiste. Teme la violencia que desatarán las ansias de él por afirmarse sobre ella, y su propia angustia por tener que combatirlo. El pobre quiere morder también. Ignora el destino que acompaña a ese bocado.

Para tomarse unos minutos en que deliberar, lo distrae con una estratagema: le arroja una corteza de rama y la bestezuela busca el manjar algo más lejos. Ella mira cómo husmea por entre los arbustos, cada vez más inquieto, el don inalcanzable. Da vueltas, persiste, se distrae, se cansa, se enfurece; no saca conclusiones. Regresa adonde se encuentra ella de pie, la golpea en las piernas con el dorso de la mano; pero vuelve a enviarlo con un truco, y él repite su intento inútil. Ese animalillo inofensivo, estúpido, de dientes fuertes y aspecto saludable. Una compañía imposible. Tendrá que sufrir los dolores nuevos que a ella ya la conmueven: la conciencia de que un día va a morir o va a perderlo.

La primera lágrima cae por su rostro, la primera sonrisa la recoge. Entonces lo llama con el primer nombre que inventa; abre su mano y, mientras con la otra acaricia su cabeza, le permite que se haga con la fruta.

La risa íntima

Se les abrieron los ojos a los dos, y descubrieron que estaban desnudos; entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron.
Génesis 3, 7

Me dijo que los bultos de mi pecho lo soliviantaban y sentía ganas de golpearse contra mí. Metido en una charca, cubierto de lodo, sus palabras salían entre salivazos. Me dio miedo de él; comprobé que podía volverse peligroso y yo, que nunca había pensado en defenderme, me lancé a un escondrijo tras una higuera y busqué algo con que golpearlo.

Culebras me recorrían, suaves escamas se deslizaban por mis brazos, mi cuello, mi pecho, mi vientre, sus colmillos sibilinos me tironeaban el rostro; de pronto mi cuerpo entero tembló para romperse. Debí de quedarme dormida porque no lo oí llegar; no sé cómo las serpientes eran sus manos y sus labios; me trastornaban su calor, su suavidad. A él le ardían los ojos de ansia, sin la furia de antes. Por entre las piernas como por magia nos enredamos; nos unieron, nos unimos; y ya no quisimos desligarnos. En los abrazos, nos entregamos lamentos que ignorábamos. Un animal rompió a volar, otro se espantó. Asomado por entre las hojas negras de la higuera brillaba un astro.

Por la mañana, nuestros cuerpos seguían anudados; supe que no era el frío. Me separé de él y me alejé. Luego me detuve para observarlo mejor. Con una rama larga lo empujé varias veces hasta que se despertó; dio un grito y lo primero que hizo fue buscarme. Yo distinguí el espanto en su faz. Cuando se puso de pie descubrí cuán hermoso era su cuerpo; entonces yo también me dejé ver, no pudo resistirlo, señalando mi vientre se cubrió el rostro. Me indicó que aquello donde nos habíamos unido, a la luz del día, le producía angustia. Yo lo miré a él también y vi su miembro alzado como un palito. Nos cubrimos cada uno lo que al otro le provocaba esa turbación. Sin embargo, a mediodía estábamos juntos pelando unos frutos, empezó a sonreírme y me contagió; nos reímos sin parar, la primera vez. No sé quién de los dos lo solicitó antes, y acordamos: «Esta noche».

El vuelo de las avispas

El Señor Dios le replicó: […] «¿Es que has comido del árbol prohibido?». El hombre respondió: «La mujer que me diste por compañera me alargó el fruto y comí». El Señor dijo a la mujer: «¿Qué has hecho?». […] A la mujer le dijo: «Mucho te haré sufrir en tu preñez, parirás hijos con dolor, desearás a tu marido, y él te dominará».
Génesis 3,11-13. 16

El agua golpeó con rabia durante toda la mañana, la tarde y la noche, contra los árboles y contra el suelo; los animales habían huido; ellos dos parecían aislados en el mundo bajo el aguacero y la enramada. Cada uno sabía del otro que no dormía, rumiando aquellas palabras que la lluvia fue repitiendo.

Ella juzgaba que él no la había defendido, intentando salvarse a sí mismo cuando la Voz le preguntó. Pero, si la hubiese expulsado nada más a ella, ¿no suspiraría y gemiría al verse solo y del otro lado?

Sintió una extraña amargura.

Y después miedo por las palabras que había escuchado: preñez, hijos. ¿Qué significaban? ¿Qué eran *hijos*?, ¿qué le importarían, precisamente a ella? ¿Dónde los encontraría?

Del cielo caían las gotas como piedras de un alto risco. Ojalá pudiera dormir, escaparía de esos dolores con que se le había llenado la imaginación. ¿Sería eso el conocimiento que la serpiente predijo?: ¿una fatiga sin reposo? Por su sueño ya no cruzaban reptiles, sino las manos de su compañero multiplicadas y sinuosas que iban buscándola, atrayéndola. ¿En verdad la dominaría? ¿Y cómo? ¿No había sido él precisamente quien le pidió que se cubriera?, ¿no corrieron ambos a unirse con alegría?, ¡si de él había aprendido a buscar su rostro en la mañana! ¡Cuánta confusión! ¿Por qué todas esas avispas zumbando en su cabeza? ¿Cómo las alejaría?

Al despertar con la luz y las aves, vio el cuerpo del hombre junto al suyo, el brazo de su amigo descansando sobre su pecho. Entonces empezó a pasarle una mano por la cara, por su cabello enmarañado de barro y pedacitos de hoja; los párpados cerrados y sus labios distendidos por donde exhalaba el aire la entretuvieron durante mucho rato. Si pudiera quedarse así siempre, contemplándolo; recordó cómo lo descubrió cuando ella probó la fruta, tan débil y ciego. Sin embargo, se había vuelto otro recorriendo nuevos caminos entre los árboles, haciendo y diciendo cosas maravillosas.

Las avispas zumbonas de sus preocupaciones habían volado al amanecer; se había retirado la lluvia, a su alrededor aparecía todo fresco y tranquilo, propicio al solaz. Solo le importaba quién sería ese ser caliente a su lado cuando despertase.

Las distancias

A Oriente del jardín de Edén colocó a los querubines y la espada llameante que oscilaba,
para cerrar el camino del árbol de la vida.
Génesis 3, 24

El dolor me desgarró, la roja sangre fluyó de mi cuerpo y se vertió en la tierra; creí que no volvería a levantarme. Sin embargo, hace de eso tres años, parece que se ha ido como un sueño. El que salió de mí ya corre y se sube a lomos de su padre, juega a esconderse de nosotros y aprende muy deprisa cuanto le enseñamos; no hay chispas de preocupación en su cabeza, siempre está riendo. Yo lo observo en todo lo que hace, me da miedo que se pierda; me gusta tenerlo abrazado y ponerlo sobre mi vientre como para volver a meterlo ahí; a él le gusta, apoya su cara en la mía igual que ve hacer a su padre, y se duerme.

Me asusta que tenga sueños, significa que llegará al conocimiento igual que nosotros. Por otro lado, tampoco quisiera que fuese estúpido como un cerdo o triste como una cabra. Quizá sea bueno que su vida se parezca a la nuestra.

Mi compañero y yo hablamos mucho, no tanto del pasado, sino sobre nuestra situación de ahora. Él se queja a menudo de los trabajos que hace; se cansa demasiado pronto, me parece. También me ocurre a mí. En cambio, yo pienso más en el futuro, en sombras que no quiero nombrar aún. Nuestra conversación se detiene en lo que no entendemos, en lo que vivimos: cómo de un dolor ha surgido el que tanto amamos; que del cansancio de la jornada viene la delicia de reposar juntos. De cualquier problema nacen las palabras; el pequeño no nos deja en paz, sin él no sabríamos vivir; sentimos el placer de unirnos y el de separarnos para volvernos a unir; podemos permanecer despiertos durante la noche sin acatar la oscuridad. Disfrutamos la dicha de ser únicos.

A veces me acuerdo de la Voz; pienso si no lo tramó todo desde el principio. Si bien nos prohibió comer, nos entregó el árbol; dejó deslizarse a la serpiente que me sedujo; abrió nuestros ojos a nuestros cuerpos para que nos amáramos, y ha permitido que brote una criatura de mi vientre. Yo no me cambiaría por la que fui en aquel entonces; menos aún por los terribles ángeles inmóviles que vigilan si se nos ocurre la absurda idea de regresar. Alguna noche medito en el enigma de la Voz, que trazó este plan y renunció a tocarnos, pero no nos ha abandonado.

Réquiem aeternam dona eis, Domine.
Et lux perpetuae luceat eis. […]
Exaudi orationem meam,
Ad te omnis caro veniet.

Introito, Misa de Réquiem

Danos descanso en la vida, Señor,
Y que la luz nos ilumine siempre […]
Escucha mi oración,
Hacia ti van todos los cuerpos.

Table of Contents